



COLECCIÓN empero

Nº. 6

Cuentos
feroces
LÉON BLOY

CERMI
COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

S
ediciones
cinca



COLECCIÓN **empero**

Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno

PRIMERA EDICIÓN:

Enero, 2015

© DE ESTA EDICIÓN:

CERMI

Ediciones Cinca, S.A.

TÍTULO ORIGINAL:

Sueur de Sang

© De la edición, selección y traducción: Luis Cayo Pérez Bueno, 2014.

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

L'oublié, après la bataille (1872), de Emile Betsellère,
óleo sobre tela, Museo Bonnat-Helleu, Bayona, Francia.

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección Empero editadas por Ediciones Cinca, S.A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S.A., se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,

COORDINACIÓN TÉCNICA

E IMPRESIÓN:

Grupo Editorial Cinca

c/ General Ibáñez Íbero, 5A

28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.

grupoeditorial@edicionescinca.com

www.edicionescinca.com

DEPÓSITO LEGAL:

ISBN:

Cuentos feroces

LÉON BLOY

Edición, selección y traducción del francés
de Luis Cayo Pérez Bueno



COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD



NOTA:

La presente selección y traducción se ha realizado sobre la edición francesa de *Sueur de Sang*, al cuidado de Pierre Glaudes, publicada por la editorial Le passeur, en el año 2000.

Índice

<i>LÉON BLOY, EL RARO</i> , POR RUBÉN DARÍO	9
<i>CUENTOS FEROCES</i>	23
DEDICATORIA A RICARDO VIÑES	24
EL ABISINIO	27
LOS DOCE PARES DE OREJAS DEL “RESACAS”	37
EL PERFECTO GENDARME	49
EL OBSTÁCULO	59
LA MISA DE LOS CADETES CAÍDOS	69
NAVIDAD PRUSIANA	79
EN LA MESA DE LOS VENCEDORES	91
LA CASA DEL DIABLO	103
EL SEPULTURERO DE VIVOS	113
LA SALAMANDRA VAMPIRO	125
LA LIMOSNA DEL POBRE	137
<i>A TERRIBLE NIGHT</i>	151
UNA FRANCOOTIRADORA	161
VANOS ESPECTROS	173
LA PALABRA	183
EL SITIO DE RODAS	191

LEÓN BLOY, EL RARO

Je suis escorté de quelqu'un qui me chuchote sans cesse que la vie bien entendue doit être, une continuelle persécution, tout vaillant homme un persécuteur, et que c'est la seule manière d'être vraiment poète. Persécuteur du genre humain, persécuteur de Dieu. Celui qui n'est pas cela, soit en acte, soit en puissance, est indigne de respirer*.

LEÓN BLOY. (Prefacio de *Propos d'un entrepreneur de démolitions.*)

Quando William Ritter llama a León Bloy “el verdugo de la literatura contemporánea”, tiene razón.

Monsieur de París vive sombrío, aislado, como en un ambiente de espanto y de siniestra extrañeza. Hay quienes le tienen miedo; hay muchos que le odian; todos evitan su contacto, cual si fuese un lazarino, un apestado; la familiaridad con la muerte ha puesto en su ser algo de espectral y de macabro; en esa vida lívida no florece una sola rosa. ¿Cuál es su crimen? Ser el brazo de la justicia. Es el hombre que decapita por mandato de la ley. León Bloy es el voluntario verdugo moral de esta generación, el monsieur de París de la literatura, el for-

* “Me escolta alguien que me susurra sin parar que la vida, rectamente entendida, ha de ser una continua persecución, todo hombre valeroso, un perseguidor, único modo de ser auténticamente un poeta. Perseguidor del género humano, perseguidor de Dios. Quien no es eso, bien en acto, bien en potencia, no merece ni respirar.”

midable e inflexible ejecutor de los más crueles suplicios; él azota, quema, raja, empala y decapita; tiene el knut y el cuchillo, el aceite hirviente y el hacha: más que todo, es un monje de la Santa Inquisición, o un profeta iracundo que castiga con el hierro y el fuego y ofrece a Dios el chirrido de las carnes quemadas, las disciplinas sangrientas, los huesos quebrantados, como un homenaje, como un holocausto. “¡Hijo mío predilecto!”, le diría Torquemada.

Jamás veréis que se le cite en los diarios; la prensa parisiense, herida por él, se ha pasado la palabra de aviso: “Silencio”.

Lo mejor es no ocuparse de ese loco furioso; no escribir su nombre, relegar a ese vociferador al manicomio del olvido... Pero resulta que el loco clama con una voz tan tremenda y tan sonora, que se hace oír como un clarín de la Biblia. Sus libros se solicitan casi misteriosamente; entre ciertas gentes su nombre es una mala palabra; los señalados editores que publican sus obras, se lavan las manos; Tresse, al dar a luz *Propos d'un entrepreneur de démolitions*, se apresura a declarar que León Bloy es un rebelde, y que si se hace cargo de su obra, “no acepta de ninguna manera la solidaridad de esos juicios o de esas apreciaciones, encerrándose en su estricto deber de editor y de *marchand de curiosités littéraires*”.

León Bloy sigue adelante, cargado con su montaña de odios, sin inclinar su frente una sola línea. Por su propia voluntad se ha consagrado a un cruel sacerdocio. Clama sobre París como Isaías sobre Jerusalén: “¡Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra!”. Es ingenuo como un primitivo, áspero como la

verdad, robusto como un sano roble. Y ese hombre que desgarrar las entrañas de sus víctimas, ese salvaje, ese poseído de un deseo llameante y colérico, tiene un inmenso fondo de dulzura, lleva en su alma fuego de amor de la celeste hoguera de los serafines. No es de estos tiempos. Si fuese cierto que las almas transmigran, diríase que uno de aquellos fervorosos combatientes de las Cruzadas, o más bien, uno de los predicadores antiguos que arengaban a los reyes y a los pueblos corrompidos, se ha reencarnado en León Bloy, para venir a luchar por la ley de Dios y por el ideal, en esta época en que se ha cometido el asesinato del Entusiasmo y el envenenamiento del alma popular. Él desafía, desenmascara, injuria. Desnudo de deshonras y de vicios, en el inmenso circo, armado de su fe, provoca, escupe, desjarreta, estrangula las más terribles fieras: es el gladiador de Dios. Mas sus enemigos, los “espadaquines del Silencio”, pueden decirle, gracias a la incomparable vida actual:

“Los muertos que vos matáis,
gozan de buena salud.”

¡Ah, desgraciadamente es la verdad! León Bloy ha rugido en el vacío. Unas cuantas almas han respondido a sus clamores; pero mucho es que sus propósitos de demoleedor, de perseguidor, no le hayan conducido a un verdadero martirio, bajo el poder de los Dioclecianos de la canalla contemporánea. Decir la verdad es siempre peligroso, y gritarle de modo tremendo como este inaudito campeón es condenarse al sacrificio voluntario. Él lo ha hecho; y tanto, que sus manos capaces de desquijarar leones, se han ocupado en apretar el pescuezo de más de un perrillo de cortesana. He dicho que la gran venganza ha sido el silencio. Se ha querido aplastar con esa plan-

cha de plomo al sublevado, al raro, al que viene a turbar las alegrías carnavalescas con sus imprecaciones y clarinadas. Por eso la crítica oficial ha dejado en la sombra sus libros y sus folletos. De ellos quiero dar siquiera sea una ligera idea.

¡Este Isaías, o mejor, este Ezequiel, apareció en el *Chat Noir!*

“Llego de tan lejos como de la luna, de un país absolutamente impermeable a toda civilización como a toda literatura. He sido nutrido en medio de bestias feroces, mejores que el hombre, y a ellas debo la poca benignidad que se nota en mí. He vivido completamente desnudo hasta estos últimos tiempos, y no he vestido decentemente sino hasta que entré en el *Chat Noir*”*. Fue Rodolfo Salis, le *gentil homme cabaretier*, quien le ayudó a salir a flote en el revuelto mar parisiense.

Escribió en el periódico del *cabaret* famoso, y desde sus primeros artículos se destacaron su potente originalidad y su asombrosa bravura. Entre las canciones de los cancioneros y los dibujos de Villete, crepitaban los carbones encendidos de sus atroces censuras; esa crítica no tenía precedentes; esos libelos resplandecían; ese bárbaro abofeteaba con manopla de un hierro antiguo; jinete inaudito, en el caballo de Saulo, dejaba un reguero de chispas sobre los guijarros de la polémica. Sorprendió y asustó. Lo mejor, para algunos, fue tomarlo a risa. ¡Escribía en el *Chat Noir!* Pero llegó un día en que su talento se demostró en el libro; el articulista *cabaretier* publicó *Le Révélateur du Globe*, y ese volumen tuvo un prólogo nada menos que de Barbey d'Aurevilly.

* *Le dixième cercle de l'Enfer.*

Sí, el condestable presentó al verdugo. El conde Roselly de Lorgues había publicado su *Historia de Cristóbal Colón* como un homenaje; y al mismo tiempo como una protesta por la indiferencia universal para con el descubridor de América. Su obra no tuvo el triunfo que merecía en el público ebrio y sediento de libros de escándalo; en cambio, Pío IX la tomó en cuenta y nombró a su autor postulante de la Causa de Beatificación de Cristóbal Colón, cerca de la Sagrada Congregación de los Ritos. La historia escrita por el conde Roselly de Lorgues y su admiración por el Revelador del Globo, inspiraron a León Bloy ese libro que, como he dicho, fue apadrinado por el nobilísimo y admirable Barbey d'Aurevilly. Barbey aplaudió al "oscuro", al olvidado de la crítica. Hay que advertir que León Bloy es católico, apostólico, romano, intransigente, acerado y diamantino. Es indomable e inrayable, y en su vida íntima no se le conoce la más ligera mancha ni sombra. Por tanto, repito, estaba en la oscuridad, a pesar de sus polémicas. No había nacido ni nacería el onagro con cuya piel pudiera hacer sonar su bombo en honor del autor honrado, el periodismo prostituido.

La fama no prefiere a los católicos. Hello y Barbey, han muerto en una relativa oscuridad. Bloy, con hombros y puños, ha luchado por sobresalir, ¡y apenas lo ha logrado! En su *Revelador del Globo*, canta un himno a la religión, celebra la virtud sobrenatural del navegante, ofrece a la iglesia del Cristo una palma de luz. Barbey se entusiasmó, no le escatimó sus alabanzas, le proclamó el más osado y verecundo de los escritores católicos, y le anunció el día de la victoria, el premio de sus bregas. Le preconizó vencedor y famoso. No fue profeta. Rara será la persona que, no digo entre nosotros, sino en el mismo París, si le preguntáis: *Avez vous lu Baruch?*, ¿ha leído

usted algo de León Bloy?, responda afirmativamente. Está condenado por el papado de lo mediocre; está puesto en el índice de la hipocresía social; y, literariamente, tampoco cuenta con simpatías, ni logrará alcanzarlas, sino en número bastante reducido. No pueden saborearle los asiduos gustadores de los jarabes y vinos de la literatura a la moda, y menos los comedores de pan sin sal, los porosos fabricantes de crítica exegética, cloróticos de estilo, raquíticos o cacoquimios. ¡Cómo alzará las manos, lleno de espanto, el rebaño de afeminados, al oír los truenos de Bloy, sus fulminantes escatologías, sus “cargas” proféticas y el estallido de sus bombas de dinamita fecal!

Si el *Revelador del Globo* tuvo muy pocos lectores, los *Propos*, con el atractivo de la injuria, circularon aquí, allá; la prensa, naturalmente, ni media palabra. Aquí se declara Bloy, el perseguidor y el combatiente. Vese en él un ansia de pugilato, un goce de correr a la campaña, semejante al del caballo bíblico, que relincha al oír el son de las trompetas. Es poeta y es héroe, y pone al lado del peligro su fuerte pecho. Él escucha una voz sobrenatural que le impulsa al combate. Como San Macario Romano, vive acompañado de leones, mas son los suyos fieros y sanguinarios y los arroja sobre aquello que su cólera señala.

Este artista —porque Bloy es un grande artista— se lamenta de la pérdida del entusiasmo, de la frialdad de estos tiempos para con todo aquello que por el cultivo del ideal o los resplandores de la fe nos pueda salvar de la banalidad y sequedad contemporáneas. Nuestros padres eran mejores que nosotros, tenían entusiasmo por algo; buenos burgueses de 1830, valían mil veces más que nosotros. Foy, Béranger, la Li-

bertad, Víctor Hugo, eran motivos de lucha, dioses de la religión del Entusiasmo. Se tenía fe, entusiasmo por alguna cosa. Hoy es el indiferentismo como una anquilosis moral; no se aspira con ardor en nada, no se aspira con alma y vida a ideal alguno. Eso poco más o menos piensa el nostálgico de los tiempos pasados, que fueron mejores.

Una de las primeras víctimas de *Propos*, elegida por el Sacrificador, es un hermano suyo en creencias, un católico que ha tenido en este siglo la preponderancia de guerrero oficial de la Iglesia, por decir así, Luis Veuillot. A los veintidós días de muerto el redactor de *L'Univers*, publicó Bloy en la *Nouvelle Revue* una formidable oración fúnebre, una severísima apreciación sobre el periodista mimado de la curia. Naturalmente, los católicos inofensivos protestaron, y el innumerable grupo de partidarios del célebre difunto señaló aquella producción como digna de reproches y excomuniones. Bloy no faltó a la caridad —virtud real e imperial en la tierra y en el cielo—; lo que hizo fue descubrir lo censurable de un hombre que había sido elevado a altura inconcebible por el espíritu de partido, y endiosado a tal punto que apagó con sus aureolas artificiales los rayos de astros verdaderos como los Hello y Barbey. Bloy no quiere, no puede permanecer con los labios cerrados delante de la injusticia: señaló al orgulloso, hizo resaltar una vez más la carniceril estupidez de la opinión —esfinge con cabeza de asno, que dice Pascal—, y demostró las flaquezas, hinchazones, ignorancias, vanidades, injusticias y aun villanías del celebrado y triunfante autor del *Perfume de Roma*. Si a los de su gremio trata implacable León Bloy, con los declarados enemigos es dantesco en sus suplicios; a Renán, ¡al gran Renán! le empala sobre el bastón de la pedantería; a Zola le sofoca en un ambiente sulfhídrico. Grandes, medianos y pequeños son

medidos con igual rasero. Todo lo que halla al alcance de su flecha, lo ataca ese sagitario del moderno Bajo Imperio social e intelectual. Poctevin, a quien él con clara injusticia llama “un monsieur Francis Poctevin”, sufre un furibundo vapuleo; Alejandro Dumas, padre, es el “hijo mayor de Caín”; a Nicolardet le revuelca y golpea a puntapiés; con Richepin es de una crueldad horrible; con Jules Vallés despreciativo e insultante; flagela a Willette, a quien había alabado, porque proscribió su talento en un dibujo sacrílego; no es miel la que ofrece a Coquelin Cadet; al padre Didon le presenta grotesco y malo; a Catulle Mendès..., ¡qué pintura la que hace de Mendès!; con motivo de una estatua de Coligny, recordando *La cólera del Bronce*, de Hugo, en su prosa renueva la protesta del bronce colérico... azota a Flor O'Squarr, novelista anticlerical; la francmasonería recibe un aguacero de fuego. Hay alabanzas a Barbey, a Rollinat, a Godeau, a muy pocos. Bloy tiene el elogio difícil. De *Propos* dice con justicia uno de los pocos escritores que se hayan ocupado de Bloy, que son el testamento de un desesperado, y que después de escribir ese libro, no habría otro camino, para su autor, si no fuese católico, que el del suicidio. No hay en León Bloy injusticia, sino exceso de celo. Se ha consagrado a aplicar a la sociedad actual los cauterios de su palabra nerviosa e indignada. Dondequiera que encuentra la enfermedad la denuncia. Cuando fundó *Le Pal*, despedazó como nunca. En este periódico, que no alcanzó sino a cuatro números, desfilaban los nombres más conocidos de Francia bajo una tempestad de epítetos corrosivos, de frases mordientes, de revelaciones aplastadoras. El lenguaje era una mezcla de deslumbrantes metáforas y bajas groserías, verbos impuros y adjetivos estercolarios. Como a todos los grandes castos, a León Bloy le persiguen las imágenes carnales, y a semejanza de poetas y videntes como Dante y Ezequiel, levanta las pa-

labras más indignas e impronunciables y las engasta en sus metálicos y deslumbrantes períodos.

Le Pal es hoy una curiosidad bibliográfica, y la muestra más flagrante de la fuerza rabiosa del primero de los “panflelistas” de este siglo.

Llegamos a *El Desesperado*, que es, a mi entender, la obra maestra de León Bloy. Más aún: juzgo que ese libro encierra una dolorosa autobiografía. *El Desesperado* es el autor mismo, y grita denostando y maldiciendo con toda la fuerza de su desesperación.

En esa novela, a través de pseudónimos transparentes y de nombres fonéticamente semejantes a los de los principales favoritos de la gloria literaria actual, desnudos, con sus lunares, cicatrices, lacras y jorobas, Marchenoir, el protagonista, es una creación sombría y hermosa al lado de la cual aparecen los condenados por el inflexible demoleedor, como cadena de presidiarios. Esos galeotes tienen nombres ilustres: se llaman Paul Bourget, Sarcey, Daudet, Catulle Mendès, Armand Silvestre, Jean Richepin, Bergerat, Jules Vallés, Wolff, Boutenain y otros, y otros. Nunca la furia escrita ha tenido explosión igual.

Para Bloy no hay vocablo que no pueda emplearse. Brotan de sus prosas emanaciones asfixiantes, gases ahogadores. Pensaríase que pide a Ezequiel una parte de su plato, en la plaza pública... Y en medio de tan profunda rabia y ferocidad indomable, ¡cómo tiembla en los ojos del monstruo la humedad divina de las lágrimas; cómo ama el loco a los pequeños y humildes; cómo dentro del cuerpo del oso arde el corazón de

Francisco de Asís! Su compasión envuelve a todo caído, desde Caín hasta Bazaine.

Esa pobre prostituta que se arrepiente de su vida infame y vive con Marchenoir, como pudiera vivir María Egipcíaca con el monje Zósimo, en amor divino y plegaria, supera a todas las Magdalenas. No puede pintarse el arrepentimiento con mayor grandeza y León Bloy, que trata con hondo afecto la figura de la desgraciada, en vez de escribir obra de novelista, ha escrito obra de hagiógrafo, igualando en su empresa, por fervor y luces espirituales, a un Evagrio del Ponto, a un San Atanasio, a una santa y una mártir: jamás del estiércol pudiera brotar flor más digna del paraíso. Y Marchenoir es la representación de la inmortal virtud, de la honradez eterna, en medio de las abominaciones y de los pecados; es Lot en Sodoma. El *Desesperado* como obra literaria encierra, fuera del mérito de la novela, dos partes magistrales: una monografía sobre la Cartuja, y un estudio sobre el Simbolismo en la historia que Charles Morice califica de “único”, muy justamente.

Un brelan d'excommuniés, tríptico soberbio, las imágenes de tres excomulgados: Barbey d'Aurevilly, Ernest Hello, Paul Verlaine: *El Niño terrible*, *EL Loco* y *El Leproso*. ¿No existe en el mismo Bloy un algo de cada uno de ellos? Él nos presenta a esos tres seres prodigiosos; Barbey, el dandy gentilhomme, a quien se llamó “el duque de Guisa de la literatura”, el escritor feudal que ponía encajes y galones a su vestido y a su estilo, y que por noble y grande hubiera podido beber en el vaso de Carlomagno; Hello, que poseyó el verbo de los profetas y la ciencia de los doctores; Verlaine, Pauvre Lelian, el desventurado, el caído, pero también el armonioso místico, el inmenso poeta del amor inmortal y de la Virgen. Ellos son de

aquellos raros a quienes Bloy quema su incienso, porque al par que han sido grandes, han padecido naufragios y miserias.

Como una continuación de su primer volumen sobre el *Revelador del Globo*, publicó Bloy, cuando el duque de Veragua llevó a la tauromaquia a París, su libro *Christophe Colomb devant les taureaux*. El honorable ganadero de las Españas no volverá a oír sobre su cabeza ducal una voz tan terrible hasta que escuche el clarín del día del juicio. En ese libro alternan sonos de órgano con chasquidos de látigos, himnos cristianos y frases de Juvenal; con un encarnizamiento despiadado se asa al noble taurófilo en el toro de bronce de Falaris. La Real Academia de la Historia, Fernández Duro, el historiógrafo yankee Harisses, son también objeto de las iras del libelista. Dé gracias a Dios el que fue mi buen amigo don Luis Vidart de que todavía no se hubiesen publicado en aquella ocasión sus folletos anticolumbinos. Bloy se proclamó caballero de Colón, en una especie de sublime quijotismo, y arremetió contra todos los enemigos de su Santo genovés.

Y he aquí una obra de pasión y de piedad, *La caballera de la muerte*. Es la presentación apologética de la blanca paloma real sacrificada por la Bestia revolucionaria y al propio tiempo la condenación del siglo pasado, “el único siglo indigno de los faltos de nuestro planeta, dice William Ritter, siglo que sería preciso poder suprimir para castigarle por haberse rebajado tanto”. En estas páginas, el lenguaje, si siempre relampagueante, es noble y digno de todos los oídos.

El panegirista de María Antonieta ha elevado en memoria de la reina guillotizada un mausoleo heráldico y sagrado, al cual todo espíritu aristocrático y superior no puede menos que saludar con doloroso respeto.

Los dos últimos libros de Bloy son *Le Salut par les juifs* y *Sueur de sang*.

El primero no es, por cierto, en favor de los perseguidos israelitas; mas también los rayos caen sobre ciertos malos católicos: la caridad frenética de Bloy comienza por casa. El segundo es una colección de cuentos militares, y que son a la guerra francoprusiana lo que el aplaudido libro de d'Esparbés a la epopeya napoleónica; con la diferencia de que allá os queda la impresión gloriosa del vuelo del águila de la leyenda, y aquí la Francia suda sangre... Para dar una idea de lo que es esta reciente producción, baste con copiar la dedicatoria:

À LA MÉMOIRE DIFFAMÉE

DE

FRANÇOIS-ACHILLE BAZAIN

MARÉCHAL DE L'EMPIRE

QUI PORTA LES PÉCHÉS DE TOUTE LA FRANCE

Están los cuentos basados en la realidad, por más que en ellos se llegue a lo fantástico. Es un libro que hace daño con sus espantos sepulcrales, sus carnicerías locas, su olor a carne quemada, a cadaverina y a pólvora. Bloy se batió con el alemán de soldado raso; y odio como el suyo al enemigo, no lo encontraréis. *Sueur de sang* fue ilustrado con tres dibujos de Henry de Groux, macabros, horribles, vampirizados.

Robusto, como para las luchas, de aire enérgico y dominante, mirada firme y honrada, frente espaciosa coronada por una cabellera en que ya ha nevado, rostro de hombre que mucho ha sufrido y que tiene el orgullo de su pureza: tal es León Bloy.

Un amigo mío, católico, escritor de brillante talento, y por el cual he conocido al Perseguidor, me decía: “Este hombre se perderá por la soberbia de su virtud, y por su falta de caridad.” Se perdería si tuviese las alucinaciones de un Lamennais, y si no latiese en él un corazón antiguo, lleno de verdadera fe y de santo entusiasmo.

Es el hombre destinado por Dios para clamar en medio de nuestras humillaciones presentes. Él siente que “alguien” le dice al oído que debe cumplir con su misión de Perseguidor, y la cumple, aunque a su voz se hagan los indiferentes los “príncipes de Sodoma” y las “archiduquesas de Gomorra”; tiene la vasta fuerza de ser un fanático. El fanatismo, en cualquier terreno, es el calor, es la vida: indica que el alma está toda entera en su obra de elección. El fanatismo es soplo que viene de lo alto, luz que irradia en los nimbos y aureolas de los santos y de los genios.

RUBÉN DARÍO

“León Bloy”, *Los Raros*, 1895

Cuentos feroces

LÉON BLOY

A RICARDO VIÑES

Vuestros antepasados catalanes, llamados los almogávares, conquistaron, a finales del siglo XIII, el Asia Menor y Bizancio.

En los albores del siglo XX, ha conquistado usted, apreciado gran artista, a LÉON BLOY, lo que acaso haya resultado más arduo.

A la memoria difamada
de
François-Achille Bazaine
mariscal del Imperio
quien cargó con los pecados de toda Francia

*Et facis est sudor ejus, sicut guttae
sanguinis decurrentis in terram¹*

Dios me libre de envilecerme hasta el grado de hacer un uso profano y literario de las Sagradas Escrituras.

Abomino de tales prácticas y no hubiera utilizado irreverentemente como epígrafe las Sagradas Palabras, que precipitan en la nada todo lo que uno se atreve a escribir por debajo de Ellas, si no creyera con toda firmeza en la más inefable de las IDENTIDADES.

¹ Lucas 22, 44: "Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra." (N. del T.).

¡La identidad simbólica de Francia con lo que conocemos como el Reino de Dios!

Mis hermanos, los católicos decentes, levantarían las baldosas de todas las sacristías del Occidente para lapidarme si osara decir hasta dónde llega la audacia de este pensamiento...

Pero ¿para qué? De sobra sé que cualquier explicación, por elevada que fuera, resultaría vana y no evitaría que ningún infiel esclavo me creyera víctima de la nostalgia de los sombríos valles en los que prospera la retórica de los patrioterros.

Acepto, sin la menor contrariedad, que los unos me tomen por imbécil y los otros por energúmeno, si la investidura de esos dos vocablos es la consecuencia necesaria de la siguiente afirmación:

Francia es hasta tal punto la primera de las naciones que todas las demás, no importa cuáles, deben considerarse suficientemente retribuidas con las migajas que caen de su mesa.

Cuando la dicha le es propicia, el resto del mundo participa, debiendo pagar esa fortuna con la servidumbre o con la exterminación.

Pero cuando padece, es Dios quien padece, el espantable Dios que agoniza por toda la tierra, SUDANDO SANGRE.

Esto es absoluto e inmutable como el misterio de la Predestinación.

He ahí la razón por lo que no me han dolido prendas en poner al frente de mi libro este pavoroso versículo de San Lucas.

LÉON BLOY

EL ABISINIO

Al Príncipe Alexandre Ourousof

No se trata siquiera de una anécdota. Es apenas un recuerdo, una impresión que en su momento fue honda, pero que veinte años de una vida de perros han borrado casi por completo.

En 1870 formaba parte de un cuerpo franco capitaneado por un agrónomo devoto, ascendido a general a falta de gentes como Marceu o Bonaparte, cuyo circunspecto heroísmo lo hizo famoso por un día.

Dábamos lustre, al parecer, al ejército del Loira, mientras los otros ejércitos se daban lustre como buenamente podían, y fuimos, me atrevo a decir, andariegos terribles y formidables liebres ante Dios.

En el fondo, sin embargo, el asunto es un poco ridículo, y no me atrevo a prometer una hilaridad sin tasa a los graciosos que me harían el honor de tener en cuenta mi jovialidad. Los hechos, más o menos históricos, bélicos o de otra clase, de los

que fui testigo ese año, me parecieron, en ocasiones, atroces, y eso que mi carácter no es excesivamente propenso a edulcorar mis impresiones.

Barbey d'Aurevilly, que coincidía conmigo en no ocultar su condición de patriotero, me reconoció a menudo que para él era un sufrimiento casi intolerable escuchar hablar de esa pavorosa época. A mayor abundamiento, le era imposible escribir cualquier cosa sobre ese asunto. Forma de ser que apartaba a este orgulloso artista de tantos lagartos de escritorio atentos, hasta no hace mucho, a segregar, día tras día, un sucedáneo del Sudor de Sangre² de Francia.

¿Por qué no habría de confesar yo, a mi vez, que mis manos apenas han frecuentado esos textos caníbales, y que han tenido que pasar más de veinte años para que me decidiera a descender de nuevo a esa olvidada bodega de los vigorosos vinos de la Muerte, donde el borracho más esclarecido por los refulgentes reflejos del entusiasmo no podría embriagarse más que a tientas?

La segunda fase de la guerra francoalemana que fue, a mi juicio, el mayor ejemplo del fracaso que la historia puede ofrecer, seguía siendo, sobre todo para algunos colaboradores necesarios de la derrota, el tiempo de las grandes energías perdidas. Reflexión trivial, jeremiada más frecuentada que una plaza pública, sí, pero es necesario haber visto reventar y pudrirse a hombres intrépidos atados de pies y manos!

²Todos los cuentos seleccionados para esta edición proceden de la obra *Sueur de Sang* (*Sudor de Sangre*), publicada por Léon Bloy en agosto de 1893. El título está tomado del Evangelio de San Lucas –capítulo 22, versículo 44– que en referencia a los padecimientos de Cristo dice que «...su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.» (*N. del T.*)

Por nuestra parte, actuábamos, sin pies ni cabeza, pero actuábamos. El guía que nos arrastraba por caminos trillados y despeñaderos siguiendo una perpetua estrategia de reculada o de repliegues y que, más de una vez, nos ponía en el penoso trance de dejar a la avidez germánica una parte más o menos valiosa de nuestras excitantes carroñas; —ese vejestorio rebozante de ciencia y de excrementos, no demostró ni un solo día la veleidad de desperdiciarnos con provecho, lo que fue una gran lástima, pues se contaban entre estos, lo juro, a auténticos muchachos dispuestos a dejarse la piel y que hubieran escalado las cimas de lo imposible.

No obstante, no faltaron oportunidades de calaveradas heroicas. No pasaban ni veinticuatro horas sin que un milagro en la reserva solicitase nuestra atención. Solo los prodigios, que según se dice no se producen más que por el influjo de voluntades superiores en la angosta senda de la obediencia y la estética de los temerarios se echaban en falta en nuestro caudillo.

Nada que hacer, pues, más que deambular y vagabundear noche y día, bajo el sol o la lluvia, a través de cinco o seis comarcas diferentes. Aparecíamos aquí y allá, mugrientos, mangantes, eruditos en geografía departamental y cada mañana, entonados con la irrefragable convicción de que, a las órdenes de un capitán semejante, acabaríamos por toparnos infaliblemente con los prusianos —como a menudo ocurrió— en las circunstancias menos propicias a las zalemas de los devoradores de salchichas.

Entre los pocos que escapaban a la atroz comicidad de esta existencia, me acuerdo especialmente de un sujeto extraño al que dábamos el sobrenombre del Abisinio.

Me figuro que nuestros superiores lo conocerían por otro nombre, pero se decía que era un enigma y nada se sabía a punto fijo de su persona.

Algunos creían haber oído decir que había combatido contra los ingleses en el bando de Teodoros y que había sido amigo y compañero de ese infortunado negus. Esta hipótesis parecía tan plausible que nadie la puso en duda y de ahí le venía el apodo del Abisinio.

No creo que me encuentre nunca con alguien tan taciturno. En su presencia el silencio de los demás pasaría por parloteo. Su voz, que no alcancé a oír más de una o dos veces, parecía *interior* y carecía de vibración. Su alma era un témpano y su cortesía resultaba pavorosa...

Un día, al comienzo de la archifamosa campaña de resistencia, llegó a caballo, se encerró una hora con nuestro comandante y después de esta misteriosa entrevista, de la que nada trascendió, formó parte de un reducido grupo de batidores voluntarios, pertrechados y equipados a sus propias expensas, cuyos exorbitantes penachos ondeaban en cabeza de nuestra lastimosa columna.

Era, naturalmente, el más legitimista de todos nosotros; carecía, por decirlo todo, de flores de lis y de corazones sangrantes en el torso, pero los hidalgos terratenientes de la Vandée o de la región de Angulema, llegados con la intención de restaurar, nada más lograr la victoria, a los Capetos, hallaron poco eco en este camarada *sin penacho* cuyas preocupaciones eran muy otras y que los fulminaba con la mirada.

Pocas veces se le veía en su compañía. En ocasiones, transcurrían varios días sin que diera señales de vida; la eterna marcha proseguía, se quemaban diez etapas, nos merendábamos veinte pueblos y de tanto en tanto corría el rumor de que estaría muerto o de que habría sido hecho prisionero, para aparecer de repente surgiendo de algún bosquecillo de arbustos, sonriente y tieso sobre su espléndida yegua azabache, que salvaba cualquier obstáculo al menor chasquido de su lengua.

¡Ah, qué dos magníficos seres resultaban de esa unión! El origen del animal es tan incierto como el del hombre. El Oriente y el Occidente debían de haberse mezclado para producir esta criatura ideal, que se asemejaba a un licornio *calumniado* en el blasón de un Hospitalario convicto de felonía o de sevicia.

Solo su amo era su cuidado; no le quitaba ojo ni cuando se alejaba un instante y el colmo de la audacia hubiera sido acercarse a él sin su permiso.

¡Una sola la vez lo vi enfurecido, y qué furia! A un pobre soldado del parque móvil, al que el animal estorbaba, se le ocurrió cogerlo por la brida y apartarlo con rudeza. Nuestro aventurero, que estaba tomando algo en un café cercano, no perdió ni un segundo en abrir la puerta. Se lanzó, aun a riesgo de romperse la crisma, contra el sacrílego a través de un ventanal cuyos cristales quedaron hechos añicos en medio de un estruendo terrible, y al punto le propinó tal somanta de palos que al infeliz hubo de llevárselo la ambulancia esa misma tarde.

La insólita impetuosidad de esta explosión de cólera, en un hombre más impasible que un ídolo, dio que pensar en una extraña complicidad. Entre esos dos sujetos casi fantásticos tenía que haber singulares historias de matanzas, de raptos, de rapiña, de espanto y de traición. Nada se sabía a ciencia cierta, y las conjeturas iban en la dirección de presumir su aparente procedencia oriental; hasta tal punto pavorosa para las gentes mínimamente imaginativas, que en el siglo XIII la sola mención del Oriente aterrizzaba a los peregrinos y a los cruzados.

Pocas cosas más inquietantes que la belleza de este hombre, que tenía a un tiempo rasgos del efebo y del templario, y cuya sonrisa equívoca era célebre incluso en el ejército alemán, en el que había provocado la reaparición de supersticiones tan antiguas como las de los nibelungos.

Los bávaros descerrajaban sobre él todo su arsenal, pero sin esperanza ninguna de alcanzarlo. Circulaba, entre muchas otras, la historia de que había cometido la locura inhumana de internarse en un pueblo tomado por dos mil soldados, por el puro placer de entrar *a caballo* en una fortaleza casi inexpugnable, ya que había decretado, como hubiera podido hacerlo un Dios cualquiera, que determinado coronel, natural de Wurtemberg, recibiría a las dos en punto del mediodía un bofetón con los guantes puestos. Nunca nos explicamos cómo se las ingenió para salir de ese polvorín.

Los relatos de este género resultaban casi infinitos y era de dominio público que el enemigo había ofrecido a los campesinos sumas considerables para que lo entregaran, vivo o muerto.

Era su forma de hacer la guerra, por su propia cuenta y riesgo, a veces incluso con una ferocidad diabólica. Cuando vino el armisticio, momento en que desapareció para siempre, echamos cuentas y pensamos que podía haber dado muerte a trescientos o a cuatrocientos alemanes.

He aquí todo cuanto puedo contar. Por condescendencia hacia los psicólogos, insisto sobre este punto, apenas examinado: el rostro de mi presunto Abisinio era casi idéntico al de una hermosa doncella infinitamente voluptuosa, tan exenta de valor como quepa imaginar. Hubiera destruido, despedazado, fácil y limpiamente, a niños y ancianos.

Era un fanático de la guerra, de toda clase guerra. Padecía la concupiscencia *exclusiva* del degüello.

A pesar de la distancia, lo veo todavía, pálido y rojizo, como una prostituta, con su pelliza de magiar o de valido de un sultán otomano, con sus diez dedos empavesados de piedras preciosas y mirándonos desde su fabuloso corcel con una sonrisa de una amplitud inefable, con unos ojos de color plomizo, unos terribles ojos de juerguista ciego que jamás despidieron un pálido rayo, en el fondo de los cuales se ocultaba, muy delicadamente, la Muerte.

LOS DOCE PARES DE OREJAS DEL “RESACAS”

A Francis B. Keene

El hombre y la mujer pasaron seis noches en las sillas pegados al fuego, con su hijo de seis años agitándose a sus pies, envuelto en un viejo abrigo.

Separados de ese grupo de insomnes tan solo por una pared de cañizo se hallaban tres o cuatro suboficiales roncando en la mísera alcoba de matrimonio. Un poco más lejos, otros hombres dormían o trataban de dormir sobre la paja, en unas esteras, en unas cobijas o en unos harapos; en todo lo que fuera capaz de resguardarlos del frío atroz del largo diciembre de gélidas patas que se enseñoreaba de Francia.

Serían unos veinte los que reventaban de hambre en esta casucha de almadreñeros en la que la superioridad había dispuesto que se apostara un destacamento de vigilancia, en el límite de un bosque sospechoso. Allí se olfateaba a los prusianos, a veces incluso se creía oírlos, vagamente, muy lejos, detrás del sombrío oquedal de las horas.

A intervalos regulares, un exasperante cabo despertaba a cuatro o cinco hombres, ayudándolos con un caritativo puntapié a levantarse. Bramidos de fiera, fulminantes invocaciones a demonios, choques de bayonetas, culatazos de fusil y taconazos en el piso eran precisos para que desaparecieran en las tinieblas exteriores.

Después de un cuarto de hora de dar zancadas en derredor, el cuerpo de guardia saliente volvía, muerto de frío, exhalando espesos vahos, liberando los dedos de los fusiles que apartaban de sí con rabia y echándose en el tibio sitio dejado por sus compañeros.

Era necesaria toda la autoridad de un cabo de semana, rudo cazador furtivo de Périgord, convertido en pastor de batallones coloniales en las jaraneras compañías de Orán, para que los infelices anfitriones no fuesen puestos por las bravas de patitas en la calle.

Esta bestia parda, a la que llamábamos *Resacas* y que sentía por los alemanes el odio más diabólico, había tomado al hijo del almadreñero bajo su protección. Lo ponía en sus rodillas y lo cubría con sus brazos para hacerle entrar en calor cuando sentía al pequeñajo temblar contra sus piernas.

No podía concebir que los suboficiales, en número por lo demás anormal, se hubieran apoderado de la alcoba de esos infelices. Había incluso arriesgado, sin éxito, algunas rudas observaciones. – “¡Carroñas!”, mascullaba entre dientes, rebozante de desprecio por los galones improvisados de esos niños de papá que jamás habían servido y que una organización arbitraria los había elevado al mando.

El padre y la madre, gentes sencillas y apocadas, sobrellevaban con dulzura las vejaciones y afrentas que no les podía ahorrar. Habían terminado con su reserva de sidra y asistieron a la quema, en menos de cuatro días, de toda su provisión de leña. Las valiosas maderas de nogal, materia prima para los zuecos, no habían corrido mejor suerte que los leños y las encendajas y se daban por contentos pues, al menos, habían perdonado sus viejos muebles.

No era menos cierto que los intrusos compartían con ellos las galletas revenidas y las contadas lonchas de tocino que les suministraba una intendencia fanática de inexactitud. En pleno día, cuando los duendes azules de la noche polar no estimulaban el egoísmo de la soldadesca, sentían, ciertamente, un poco de piedad por estas pobres gentes extenuadas, devoradas por sus defensores y que un enemigo a las puertas podía castigar muy severamente por haber dado albergue a unos francotiradores. Se tenía noticia de casos espantosos...

Una hermosa mañana volvieron súbitamente, momentos antes del amanecer, y salieron huyendo como potros desbocados.

Unos días más tarde, a tres leguas de allí, en el corazón del bosque, un campesino que servía como guía, y que milagrosamente no era un traidor, contó al Resacas que la casa del almadreñero había sido tomada por los prusianos y que por lo menos serían unos doce los alojados en ella, con pinta de querer pasarlo bien.

Había fuerzas disponibles y nada hubiera costado lanzar treinta o cuarenta hombres contra ese punto. Pero el cabo dejó

estar el asunto y no lo comunicó a sus superiores pues sabía de sobra lo inútil de dirigirse al comandante, el cual no hubiera dejado de recelar, con su suspicacia acostumbrada, una trampa. Resolvió, simplemente, actuar como le viniera en gana.

Con su plan en la mente, escogió entre los que quedaban libres de servicio ese día a dos hombres de su plena confianza. El primero era un robusto montañés de Sarladais, con pelos hasta en el cielo de la boca, llamado Pierre Cipierre, conocido desde niño con el extraño apodo de El Mismo, para expresar, se pensaba, la obstinación más porfiada. El segundo no era otro que Marchenoir, taciturno soñador de probados músculos que un día debería experimentar, hasta la agonía, el hirviente lodo y el crapuloso vitriolo de las enemistades literarias.

Asegurada la complicidad de estos dos hombretones a los que juzgaba suficientes para ejecutar su plan, convinieron en salir al campo tan pronto como se apagaran las últimas hogueras, cosa fácil y completamente normal en esos cuerpos de voluntarios, ignorantes de las ordenanzas militares, divididos muchas veces en clanes y a merced de la contradictoria fantasía de sus superiores.

Los tres hombres se pusieron en marcha a través del bosque en una brillante y glacial noche sin luna, cubiertas las botas con paja para ahogar el ruido de sus pasos.

Parecía que la naturaleza toda estuviera muerta de frío. Los árboles festoneados de escarcha poseían el silencio y la inmovilidad del cristal. Las ondulaciones del aire se extendían

indefinidamente sin obstáculo y llevaban a los puntos más alejados el más mínimo ruido.

El antiguo furtivo, que se sabía de memoria el trayecto que ahora desandaba, no perdió ni un minuto y, a pesar de la prudencia meticulosa de esta marcha india, llegaron a la casa antes de que dieran las doce por el reloj de los búhos y los mochuelos.

Estos temerarios se pararon en seco a unos cien metros detrás de un seto y mantuvieron, entre susurros, una corta deliberación. La única ventana de la casa dejaba ver una intensa luz y se oían, con sorprendente limpidez, voces alemanas que estallaban a cada minuto sobre unas débiles imploraciones dolorosas.

- Los desdichados están en manos de esos canallas, resopló el Resacas, y preferiría que me abrieran en canal si no conseguimos entre los tres ganarles por la mano. Los tunantes deben estar medio borrachos y desprevenidos. Son cuatro contra uno, pero más vale maña que fuerza. Veré si hay algún centinela. Conozco sus trucos. Esperadme y *vigilad mi fusil* y no vengáis a reuniros conmigo, salvo que me oigáis gritar.

Acto seguido, se dobló por la mitad y desapareció sin hacer el menor ruido, a dos pasos de allí, como un inmenso sapo.

Los minutos que siguieron se antojaron eternos a los dos matones que componían la reserva de esta singular columna de ataque.

Marchenoir, que contó mucho después esta aventura, confesó haber sentido, en ese instante, una angustia mayúscula.

- Se produjo justamente, decía, una calma momentánea en el alborozo de esa bestias feroces y me pareció que un silencio universal se asentaba en mi corazón...

Un enérgico empujón de su compañero puso fin brusca- mente a esa agonía. El Resacas se puso derecho delante de ellos y se deslizó sin contratiempo en la oscuridad hasta dar con la pared de la casa donde se topó con el soldado alemán que permanecía inmóvil de pie delante del umbral. Sacó de su bolsillo una de esas largas navajas que se fabrican en Nontron, la abrió con sumo cuidado a sus espaldas para que ningún reflejo extraviado denunciara la hoja y, tras tomarse su tiempo, calculó el impulso preciso para, con un movimiento giratorio, cortar de un tajo las carótidas como el salto visto y no visto de una enorme pantera que cayera como una sombra sobre el forastero.

Este tajo soberbio revelaba una acreditada experiencia en degüellos. La precisión pavorosa de la herida impidió al prusiano exhalar ni un estertor y el fusil, sujeto por el mismo gesto que sostenía al cadáver, no cayó.

Esta muerte pareció, más que perturbarlo, exacerbar el silencio reinante y el veterano soldado del batallón de castigo, tras esconder a su tibia pieza al pie de la pared, lo más lejos posible de la puerta, se replegó rápidamente.

- ¡Adelante!, dijo al Mismo y a Marchenoir. Los cosacos tienen ahora como centinela a un macabeo. Valentía, muchachos, y no os arruguéis. Me parece que están borrachos como cubas y cuando nos vean se c... patas abajo.

Cuando llegaron, los gritos de gozo y los lamentos se reanudaron. A riesgo de revelar su presencia, el Resacas, acercándose a la ventana, miró al interior de la casa a través de los cristales sin visillos. Pasó inadvertido para los de dentro, pero lo que vio le ametralló la cara y le hundió los ojos. Sin poder decir palabra, dio ejemplo y lo que siguió fue una pesadilla sin nombre.

Por la puerta, abierta con el estruendo de un huracán, aparecieron los tres tiparracos, con las culatas en lo alto, con la intención no de rendirse, sino de matar. Uno de los prusianos, que estaba a punto de comenzar la violación de la mujer, atada de pies y manos —para contento de los demás que esperaban su turno, dando buena cuenta de las garrafas de alcohol—, fue el primero en recibir el golpe de la firme mano del Resacas. Como si se tratara de una víbora, le partió limpiamente los riñones y, en el primer segundo de estupor que precedió a la turbamulta, se escuchó un golpe formidable que derribó por tierra al truhán y le hizo retorcerse dando unos alaridos que debieron oírse en diez leguas a la redonda.

Esa fue la señal de partida de esta danza macabra. Los alemanes, desarmados en su mayoría, recobraron medianamente la sobriedad. En un segundo fueron diez contra tres, pero esta situación no duró tanto como para contarla. Los mazazos subían y bajaban con una fuerza irresistible y en adelante una única voz se oía en medio de los gritos de rabia y el estrépito de los destrozados muebles: la voz espantosamente ronca del Resacas, moliendo a palos a los prusianos y repitiendo —“¡Cerdos, cerdos!”—, que le salían de lo más hondo como los borbotones excrementicios salen de una alcantarilla.

En menos de un segundo la victoria fue completa y la lucha se convirtió en una matanza. Durante un minuto, Marchenoir estuvo seriamente amenazado. Una especie de gigante trató de apoderarse de su fusil, sin que el futuro panfletario pudiera, a pesar de toda su fuerza, resistir por mucho tiempo. En este trance, la aparición de un segundo enemigo, aun herido, constituía un peligro de muerte. De repente le echó el ojo a una botella que tenía al alcance de su mano derecha. Se apoderó de ella, rompió el culo contra la pared y estrelló salvajemente el casco contra la cara de su contrincante, saltándole los ojos, y matándolo al instante.

El Mismo, por su parte, se atareaba en complacer a los angelitos. Marchenoir recordaba haberlo visto de refilón, en esa noche espeluznante, reventando la cabeza de un soldado al golpearla contra la mesa.

Un hecho singular y profundamente siniestro. No se disparó ni un solo tiro. Tal vez por falta de tiempo, pues todo fue visto y no visto. ¿Acaso hay mejores formas de matar? El terrible Resacas, ebrio de exterminación, tiró su fusil. Le abrió el pecho a Alemania, a base de navajazos, como si quisiera devorarle el corazón.

Concluamos. La madre había muerto en el curso de la matanza. Al padre se lo encontraron en el cuarto de al lado, aferrado a su tonel de sidra, completamente loco y observando con una extraña sonrisa el cadáver de su pobre hijo que colgaba de una viga sobre su cabeza.

Al despuntar el trémulo día, los expedicionarios volvieron al campo literalmente cubiertos de cuajarones de sangre, como carniceros a la salida del matadero. Pero el cabo Resacas llevaba una extraña carga que depositó sin mayor embarazo, sin decir palabra, sin mover un músculo de su truculento rostro a los pies de un estupefacto comandante: doce cascos puntiagudos con un par de orejas en cada uno de ellos.

EL PERFECTO GENDARME

A Henry Caysac

No habrá nunca un gendarme tan perfecto como el cabo Dussutour. Excombatiente victorioso del Alma, condecorado con las palmas de Sebastopol, este árido y coriáceo veterano cuya única esposa fueron las ordenanzas y que no conoció más Sinaí que el caballo de su coronel, parecía haber sido engendrado por las vindictas sociales, en mecánicos arrebatos, a propósito para resultar, finalmente, el más admirable de los brazos de la ley.

Tras veinte años de ser carne de cuartel o peón de batalla, había sido destinado a un escuadrón de la gendarmería del Loiret, donde su minuciosa rigidez fue inigualable.

De Fontainebleau a Montragis y de Pithiviers a Beaugency, mentar al cabo Dussutour bastaba para que las autoridades civiles y militares cantaran a coro las excelencias de soldado semejante.

No hubiera dudado en detener al Demonio y en pedir el pasaporte a las yacentes multitudes resucitadas por el soplo de Ezequiel.

Extremado y con más aristas que un acantilado, su delgadez de ave zancuda antediluviana le hacía parecer eterno. Nunca se terminaba de abarcarlo con la mirada.

Era precisa una recta conciencia y una mínima dosis de imaginación para estar seguro de que no tenía, en verdad, más que dos brazos, hasta tal punto era el emblema de la inagotable fuerza de los mil brazos de la Represión.

Cuando se acercaba, los bribones se echaban a temblar, e incluso los honrados burgueses, que sentían confusamente abrirse abismos en su interior.

Las almas más íntegras y más acorazadas sentían, en su presencia, como una vaga necesidad de un punto de apoyo, de recobrase completamente.

La mera idea de un sofisma o de un pretexto resultaba grotesca tan pronto como se ponía en marcha este anciano bravío, en el que se encarnaba la Exactitud del oficio, y que un departamento entero proclamaba “tan inflexible como la justicia”.

Su fisonomía protestaba con vigor indismayable contra cualquier presunción de inocencia. Su vida consistía solo en llevar reos ante los jueces, y parecía considerar a toda persona sobre la que no pesara una orden de arresto, como deseable carne de presidio, en espera de una futura detención, y la san-

tividad misma, de haberla en Loiret, era para él un estado precario, excepcional, y por tanto digno de sospecha.

En su presencia, los vagabundos se creían escrutados por el ojo de Dios y se contaba que un día el cura de un pueblo en el que había intervenido victoriosamente contra un infausto malhechor, lo comparó, desde lo alto del púlpito, con el ángel exterminador enviado por Sebaot³ contra el ejército de Senaquerib.

Cuando estalló la guerra estaba por fin retirado y vivía sin gloria en una casucha de aspecto sepulcral a orillas del extenso bosque de Orleáns, por la parte de Pithiviers.

Para entonces, todos lo tenían por una bestia salvaje y ciertamente hubiera resultado una pérdida de tiempo buscar otro personaje tan huraño. Licenciado con retraso y a la fuerza, tras haber agotado todos los recursos para retrasar la jubilación que reclamaba su proveyecta edad, vegetaba, arisco y solitario, sin enterarse de nada de lo que pasaba puertas afuera de su casa.

A falta de pícaro al que incordiar, su tristeza era infinita y se agudizó hasta convertirse en una hipocondría de las más sombrías. Acostumbrado, después de tantos años, a creerse indispensable para la marcha armoniosa de los engranajes sublunares, se quejaba amargamente de la demencia de los burócratas que no habían sentido la necesidad de declarar su puesto vitalicio y que lo habían separado del cuerpo como a un perro sarnoso.

³2 Reyes 19, 35-37. (*N. del T.*)

Profundas arrugas surcaban su despiadada y ajada tez de militar, curtida por el fervor de las ordenanzas.

Por primera vez en su vida, intentó pensar, y este exceso insólito, esta demencia senil lo trastornó.

Los dos o tres campesinos con los que se dignaba hablar contaban los estragos causados por tales murrias en la antaño judiciaria jactancia del viejo Dussutour, —Habla solo mientras se pasea, decían, y mete tanto miedo que espanta a las *bestias*.

El hecho es que ahora lo embrollaba todo, confundía los meteoros entre sí, despreciaba los pronósticos, había olvidado el tono oracular, en fin, estaba hecho un subversivo auténtico.

Este gendarme, antaño tan ponderado, incapaz, por ejemplo, faltar a la condescendencia misericordiosa que la misma Justicia no niega siquiera, cuando caen en sus garras, a los más abominables bellacos y que, recibiendo un día la humilde confesión de uno de sus más dilectos clientes, asesino de una familia completa, lo consoló con estas palabras: *¡Nadie es perfecto!*, este gendarme sublime estaba a punto de despojarse de todo su prestigio y de irse a pique.

Se extravió hasta olvidarse del “respeto por las personas” y no temía mortificar con sus insolencias a un hacendado del vecindario, del cual se decía que poseía enormes riquezas y que, por tanto, se hacía acreedor de la consideración más abyecta.

Corrió incluso el rumor —que nunca pudo ser comprobado— de que dos o tres veces se le vio galantear con lugareñas con las que se topaba en el bosque.

En fin, el cabo Dussutour, orgullo hasta hacía poco de toda la comarca, no era ya más que una de esas ruinas que se muestran melancólicamente a la curiosidad del viajero.

Por inverosímil que pudiera parecer, la vanguardia prusiana marchaba ya sobre Orleáns y Dussutour, enterado vagamente de las desavenencias entre Napoleón y el rey Guillermo, ignoraba completamente la invasión de los ejércitos alemanes.

Vivía apartado, ya lo indiqué, no tenía trato con nadie y no quería saber nada y se consideraba a sí mismo como un inválido o un difunto. Naturalmente, nadie se preocupaba lo más mínimo por este vejestorio antipático al que todos tomaban por chocho.

Sin embargo, extraños conceptos pugnaban por entrar en su cerebro. De un modo confuso, sospechaba que algo irregular y deplorable se estaba produciendo no sabía muy bien dónde, sin poder precisar más. ¿Pero para qué pararse a pensar? ¿Qué podía hacer él, un gendarme retirado, un don nadie cuyo celo despreciaban el Gobierno y el Ejército?

De pronto, un día, un crepúsculo de octubre, en medio de un silencio sepulcral, por encima de las copas de los árboles del bosque, a través de una brisa imperceptible que apenas movía las hojas, oyó, venida de muy lejos, el sonido del cañón.

Esta vez no podía equivocarse. Lo conocía de sobra. Se trataba de una pieza de artillería de gran calibre que lanzaba, cada tres minutos, descargas sordas, como un enorme cascabel de guerra que sacudiera los muros de Francia.

Para el veterano de Solferino y de Malakoff, este *Ángelus* de la muerte, resultaba muy familiar. El efecto inmediato fue inaudito y casi sobrenatural. El anciano se puso a bailar y a dar alaridos, para luego dirigirse, a velocidad de vértigo, a su casa donde, deprisa y corriendo, echó mano del enorme petate que constituía el ornato más exquisito de su cuchitril, vaciando en el suelo todos los trofeos de sus días de gloria.

Sus botas, que jamás consintió en profanar calzando los pies de un jubilado, reaparecieron; y su fiel sable fue despojado de la verde mortaja que lo envolvía, brillando, una vez más, en la agonizante claridad de esa triste tarde.

Al cabo de un cuarto de hora, Dussutour, aseado, peinado, cepillado, lustrado, cerraba la puerta y con el paso tranquilo y seguro de un gendarme de servicio —hermoso como un Amadís y orgulloso como un Galaor— se encaminaba, a través del bosque, en la dirección de la barruntada batalla cuyos últimos cañonazos apenas se dejaban sentir.

¿Qué sentimientos albergaría el alma de ese infeliz anciano que no temía ponerse ese disfraz y que ni siquiera sabía exactamente el *nombre del enemigo* contra el que se aprestaba a luchar?

Caminó de esa guisa toda la noche y la mitad del día que siguió. No encontró ni un solo escuadrón organizado, ni un solo batallón con órdenes que cumplir y su corazón de suboficial de épocas gloriosas se vio desgarrado.

Una muchedumbre de soldados aislados, rezagados, de todos los ejércitos y rangos; artilleros sin piezas, oficiales de caballería a pie, soldados de infantería sin fusil ni mochila, y los campesinos desquiciados por estos vagabundos devoradores, cuyo paso preludiaba la inminente llegada del Extranjero.

Dussutour nada tenía que decir a esos fugitivos sobre cuya marea él se elevaba, con los puños cerrados y sin despegar el pico. Estaba seguro de hallar infaliblemente y bien pronto la distancia de seguridad, el claro de temor que se interpone siempre entre los soldados derrotados y el ejército victorioso que le sigue los talones. Tendría entonces el medio para *hacerse notar...*

El primer alemán con el que se topó fue un oficial a caballo, algunos pasos por delante de un grupo de batidores.

Fue entonces cuando un muchacho, rubio a más no poder, de mirada dulce, montó en cólera viendo venir hacia él a ese lamentable gendarme de ópera bufa, con el arnés desteñado, con un uniforme en el que cabían, después de su desgracia, dos como él, y que parecía tener ochenta años.

Detuvo en seco su caballo y escrutándolo con una sonrisa melancólica, le dijo en un perfecto y audible francés:

- ¿Dónde cree que va con esa facha, abuelo?

Dussutour, a unos diez pasos aproximadamente, desenvainó su sable, gesto que atrajo inmediatamente a no menos de quince soldados de caballería, a los que un mero ademán de su jefe detuvo al instante.

- ¡Ah!, vaya, ¿responderás, viejo terco?, repitió el joven elevando la voz. ¿Crees que nos das miedo con ese alfanje? ¿Dónde demonios vas y qué quieres?

El cabo dio aún tres pasos e hincando el sable en tierra, apoyado sobre la empuñadura con ambas manos, espetó a Federico-Carlos:

- ¡MUÉSTREME SU DOCUMENTACIÓN!

EL OBSTÁCULO

A Alcide Guérin

Cosas así se han visto mil veces en esta horrible guerra. Almibarados poetas las han aprovechado para aumentar su acervo de alejandrinos laxantes que han conmovido a las vírgenes de los boticarios y a las esposas de los notarios hasta estallar en sollozos.

Dicho de otro modo, han terminado siendo más ordinarias que el tranvía, más vistas que la luna, insoportables y ríspidas como la verdad divina. Y sin embargo creo que me resultará imposible experimentar en adelante algo tan intenso, sea lo que fuere, o dar con un objeto que desprenda —quizás solo para mí— un horror tan turbador.

Pero la escena espantosamente simple que se va a leer, necesitaba del decorado sobrenatural de la Derrota. Necesitaba ante todo del alma hospitalaria que a los veinticinco años aún conservan los mediocres y la puerta abierta de par en par de un corazón joven.

Ha bastado un cuarto de siglo para que se haya desvanecido esta inmensa humareda de batallas y de incendios, y para que el solar de nuestra munífica Francia haya dejado de temblar bajo el paso de las botas de un millón de soldados. La presente generación proviene de todas aquellas noches de placer de un año que mereció el calificativo de terrible, generación que no ha oído la alarma de las agonías y las desesperaciones de esa época.

Las nuevas generaciones ignoran casi por completo, *históricamente hablando*, que su patria fue sangrienta y hondamente afligida en la época en que vinieron al mundo. ¿Cómo podrían adivinar o llegar a comprender la exorbitante humillación de un gran pueblo tan estúpidamente derrotado y el tormento infinitamente desmedido que indujo a escribir a una mujer de corazón sencillo esta vigorosa y categórica declaración que leí un día en el interior de la trayectoria de las balas alemanas:

“Mi querido niño, eres el quinto de mis hijos que está en el frente. Aun así, me será más fácil consolarme de tu muerte que de la humillación y la vergüenza de nuestra patria...”

Muchos, ciertamente, pensaban así, y hay que haber tenido la ocasión de saborear por uno mismo la Cólera o la fluida Angustia que se respiraba por doquier en esos aciagos días, para no considerar hiperbólico el testimonio de un soldado que fue aterrorizado espectador de esas escenas.

El 10 de enero, la defensa de Le Mans había terminado completamente. Una vez más, rotas nuestras líneas y apresado el mando, había que apresurarse para poder franquear el Sarthe y las tropas exhaustas del general Rousseau comenzaban a llegar a Montfort.

Este infausto mando, desprovisto de auxilios, condenado a la exasperante responsabilidad de ser el inconstante eje de una acción sin efecto, se veía obligado, desde hacía noventa y seis horas a replegarse cada tarde, a marchar de noche y combatir de día, recibiendo a cada instante, en la hueca boca del estómago de su mísero ejército, la resaca de las andrajosas columnas en desbandada que el prusiano hacía retroceder a cañonazo limpio y que se desangraban por todos los caminos en dirección al... *Océano*.

La noche caía, y la nieve, esa nieve homicida de la que algún día hablaré, que atormenta tan ferozmente a los noctámbulos y que parece salir del hocico y de los ollares de toda esa Alemania triunfante.

Las últimas luces heladas del crepúsculo nos habían dejado ver, a derecha y a izquierda de la gran carretera que atravesaba Montfort, algunas de las compañías de marineros encargadas de sostener la retirada y que, de hecho, lucharon sin cuartel por todos, cual Exterminadores de la más severa observancia.

Estos monjes del Gouffre, que los católicos bávaros y westfalianos, asustados, apodaban extrañamente los *Visitacionistas de la Muerte*, carecían de órdenes, no entendían por qué se les desalojaba de la posición que ocupaban, y con sus cristalinos ojos miraban tranquilamente fluir la corriente de los vencidos.

“¡Ah, cuánto valiente!”, como decía Guillermo, y qué opresión de corazón sentir a nuestras espaldas a estas buenas piezas que eran los Caribes o de los infantes de marina, para quienes la guerra en tierra firme era una singladura inédita

en la que zozobraban, estando a su alcance tan solo acariciar a las robustas y bigotudas doncellas de Turingia o Pomerania.

No debieron tomarnos mucho cariño ese día. Saltaba a la vista que carecíamos de prestancia y elevación. Me parece que en los seis meses de esta odiosa campaña fue este el momento más comprometedor para nuestro prestigio.

Sin embargo, yo tenía el honor de pertenecer a un cuerpo pretendidamente selecto, que conservó hasta el final, no sé por qué milagro, una apariencia de cohesión y disciplina, situación que se mantuvo gracias a que la Providencia nos hizo flotar juntos en la corriente que nos llevó por delante y que nos arrastró hasta Bretaña.

¡Horrible tropel, espantosa mezcolanza de todas las excrecencias bélicas! Después de Orleans, ya habíamos visto algo semejante, pero aquí se repitió de principio a fin.

Éramos arrastrados por un diluvio de animales humanos trémulos de miedo y de frío, depuestos por el hambre, enloquecidos por innumerables noches en vela, separados por el más atroz y desatado egoísmo.

Ninguna caridad podía esperarse para el desgraciado al que el hambre o la desesperación derribaban por tierra. Pasábamos por encima sin verlo siquiera. ¡En tantos días, habíamos oído tantos gritos!

Pues los gritos de los moribundos pisoteados llegan al alma. *Este tropel era silencioso* e invitaba a pensar en esas som-

brías multitudes que al amanecer se dirigen al infierno de los pozos mineros, sin pronunciar imprecaciones vanas a las que ningún vengador prestaría atención.

Confusamente, nos dábamos a todos los diablos, guardando cada uno para sí lo que podía quedarle de cogitación o de voluntad. Sanitarios desertores se codeaban con cañoneros desequilibrados que habían gastado su pólvora en salvas, miembros del cuerpo de infantería sin botas y soldados de caballería a pie sin crines ni sables, se confundían, se amalgamaban, dando la sensación de perder su individualidad. Rústicos y destartalados carros de mudanza a los que nadie se molestaría en asaltar eran arrastrados, a fuerza de latigazos, por calamitosos jamelgos que no habían tenido tiempo de comer. Había, Dios me perdone, hasta perros en el desfile procesional de nuestra agonía.

Y la horrible cloaca nivosa amortiguaba, como una alfombra de ochenta leguas, esa lúgubre marcha.

Bruscamente, todo se detuvo. De la cabeza de esta masa humana llegaba una sacudida súbita que nos hacía tropezar y que nos obligaba a su vez a nosotros a cortar el paso, a costa de nuestras últimas fuerzas, al mísero rebaño que nos pisaba los talones.

Esta conmoción, que debió trasmitirse a todo lo largo, dio pie a un principio de desbandada. Varios se lanzaron a una y otra orilla de la carretera, para tratar de huir a campo traviesa. Pero la hostil nieve, la implacable *virgen*, más temible que cualquier alemán para un hombre exhausto, los disuadió pronto.

Se produjo una de esas detenciones siniestras tan frecuentes en la que todos y cada uno se planteaban la eterna cuestión: “¿Estamos dando la vuelta?”, que fue la gran ansiedad militar en esa época y que desmoralizaba tan a menudo a los más audaces.

Parada mortal de una media hora de duración. Algunos soldados de la guardia móvil, abandonada toda esperanza, trataban de echarse sobre el barro.

Del extremo de la cola de los rezagados acudió un jefe rebosante de blasfemias. Comandante, general o emperador en germen, no se sabía a punto fijo quién era ese personaje, pero pretendía que circulásemos y se esforzaba, de hecho, en cargarnos con un confuso montón de espingardas de caballería y de pesados arzones.

Tumulto, clamores, atroces injurias, maldiciones tremendas, recios golpes asestados en la oscuridad. A cada instante, el peso se hacía más aplastante. ¿Estaba escrito en el libro de los destinos que debíamos reventar de aquel modo?

La marcha pudo reanudarse, al fin. Un poco después llegábamos a Montfort donde tiritaban ya ocho o diez mil hombres, a los que urgentemente había que adelantar. Me fue dado ver entonces el ignorado Obstáculo.

Como un peñasco que dividiera las aguas de un río, en la plaza de la Iglesia y en el eje justo de nuestra columna, una humilde carreta inmóvil, uncida no obstante a uno de esos boricos casi imperceptibles que Dios parece haber creado para consolarse a Sí mismo de la excesiva majestad de su universo.

Sobre este vehículo, una antorcha encendida, una mujer de rodillas y un cadáver.

¡Nada, o casi nada, es decir, un poco menos que nada de nada! Pero suficiente para dividir en dos la desbandada y para hacer vacilar a un torrente que hubiera derribado la Muralla china.

La desgrefñada mujer, enloquecida por su duelo, y que parecía ser la *mismísima Francia*, daba gritos tan sobrenaturales que sus cabellos se encabritaban, relinchando de miedo, y a los que nos sometíamos plenamente, nosotros, altivos reclutas en desbandada, con los pelos de punta y las entrañas revueltas y los corazones en un puño por las exequias de ese difunto anónimo al que los lamentos de su madre o de su amante elevaban a la misma altura de Carlomagno.

LA MISA DE LOS CADETES CAÍDOS

A la señorita Henriette l'Huillier

- ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas?⁴.

Cuando el capellán decía estas palabras con las que se inicia toda misa, una bala, nunca encontrada, le voló la cabeza.

La casulla blanca del *Común de las Vírgenes*, exigida por la liturgia este día 21 de noviembre, festividad de la Presentación de María, se tornó de inmediato en la roja casulla de los Mártires.

El tronco del sacerdote, un segundo inmóvil, perdió el equilibrio en el espantoso gesto de los brazos mecánicamente extendidos en alto hacia el alma en fuga, y rodó hasta la primera fila de los jóvenes voluntarios que se aprestaban a seguir el oficio con atención en los pequeños eucologios de la casa Mame, de cantos dorados y encuadernados en marroquín negro.

⁴ Psalmos 63, 5. (*N. del T.*).

Pareció que un largo pincel empapado en albayalde acababa de pasar por sus rostros adolescentes llenos de fervor. Uno de ellos, un hermoso muchacho de diecinueve años, que iba a ayudar a misa y al que salpicó la sangre del sacerdote, se desvaneció.

Eran soldados bisoños que nunca habían visto nada semejante en casa de sus madres. Rebosantes de entusiasmo, se habían alistado de todo corazón, un mes antes, bajo las órdenes de un cuadrillo cuya celebridad evocaba todos los heroísmos de la Vendée militar y habían prometido, haciendo honor a su bravura juvenil, no deponer las armas hasta que el Rey legítimo fuera entronizado.

¡Esto estaba fuera de discusión! Los íntegros sacerdotes les habían hecho leer tantas profecías solemnes y circunstanciadas referidas al Gran Monarca y al Admirable Pontífice, que debían reinar conjuntamente sobre todo el orbe, que hubiera sido difícil no reconocerlos en la grandeza duplicada de Pío IX y el Conde de Chambord.

Sobre este punto, los testimonios eran unánimes, desde el del obispo Amadeo y el Bienaventurado Telesforo que vivieron aproximadamente en el siglo XII hasta los del Eremita de Orval y del venerable escoliasta Holzhauser, todos y cada uno confirmados por los inspirados más modernos.

Procedían de diversas provincias del Oeste, y cantaban cosas tan decisivas como este fragmento de ditirambo que me vanaglorio de haber salvado del olvido:

Escrito está que dos hombres preclaros,
 con tiara y corona augustas en la frente,
 en la noche de los tiempos avaros,
 surgirán en Occidente:
 de una santidad sublime, el uno
 debe, en el solio, como ninguno,
 glorificar la verdad;
 por su prudencia e intrepidez,
 el otro, en el trono francés,
 asombrará a la humanidad.

Confiados en el porvenir, por tanto, y, poseedores en su mayoría de considerables fortunas, asombraban ante todo con sus opiniones y con sus extravíos a los camaradas más discretos o menos pudientes, cuyo uniforme habían adaptado: *tocado negro con pluma negra en el ala, pantalón azul oscuro, con ribetes azul claro, guerrera del mismo color, cinturón azul claro, de igual color que los ribetes.*

Siendo para ellos la guerra nada más que una divertida carcería con relevos en cada castillo, en la que los prusianos debían ser aplastados como chinches y cazados como conejos, no cuesta adivinar lo que la solicitud maternal o los altivos gustos de cada uno se habían atrevido a hacer para que su modesto uniforme fuera deslumbrante. El sombrero sobre todo dio oportunidad para los penachos más irrepetibles y gloriosos.

Estos mozalbetes, en número aproximado de sesenta, formaban un batallón al que la autoridad de algunos tunantes había bautizado, desde el primer día, con el injusto calificativo de los *caídos*.

Pasado el primer momento de estupor y espanto, se lanzaron, temblando, hacia las armas. Esa misma mañana se les había dicho insistentemente que el enemigo estaba cerca, y la razón de oír esta misa preliminar, a semejanza de los héroes clásicos comandados por Sobieski, estribaba en que esperaban precisamente que llegara este combate. No conociendo de la guerra hasta el momento más que el desconcierto provincial de los alistamientos y las movilizaciones, pensaban que tendrían más tiempo, por lo que el impacto de un proyectil mortal, acompañado de una salva de disparos tan copiosa, les aceleró el pulso.

Había sobradas razones para creer, sin embargo, que esa bala no les estaba destinada; los prusianos no tenían ningún motivo para presumir su presencia en esa calva del bosque en la que estaban acampados desde hacía dos días, y el combate se producía, con toda probabilidad, tres o cuatro kilómetros más adelante, en la carretera de Pithiviers. Allí debían estar apostadas varias tropas bien pertrechadas para ofrecer resistencia.

Esto era lo que les explicaba el capitán cuando les daba la orden de estar alerta. Este capitán era un valiente veterano, antiguo oficial de la marina, compañero grato y sumamente afable, para quien era un placer mandar a unos muchachos educados con tanto esmero.

La muerte del capellán lo había conmovido. Eran un poco parientes y, arrasado en lágrimas, lo envolvió de prisa y corriendo con sus propias manos temblorosas en una lona de campamento y lo hizo transportar en la ambulancia, a la espera de unas exequias más o menos solemnes en función de lo que permitieran las circunstancias.

- Mi capitán, dijo entonces, con una notable firmeza, el joven marqués Enguerrand de Bellefontaine, soberbio tipo de veintidós años que no tenía, a decir verdad, la fisonomía de un caído, la muerte de nuestro querido capellán nos ha privado de oír misa. Mis camaradas y yo estamos preparados para ofrecer el sacrificio de nuestra vida y marcharemos como hidalgos tan pronto como se nos ordene partir. Pero si nuestra inactividad ha de prolongarse una hora más, ¿no considera usted que resultaría una crueldad haber preparado todo esto para nada?

Señaló el altar de misión construido con caballetes de comedor cubiertos con una espléndida ropa de lienzo.

Los simbólicos grados no habían sido pasados por alto. Ni los cirios: dos velas de la *Estrella* y del *Fénix* clavadas a derecha e izquierda en los cañones de otros tantos fusiles.

Una enorme cruz hincada en el suelo, armada con dos abedules, dominaba el conjunto.

Por último habían trenzado, a base de colgaduras, la espesa masa de ramas de los árboles cercanos y cubierto las inmediaciones con tierra, produciendo los follajes amarillos de finales de otoño un encantador efecto de tapicería antigua.

El peticionario obtuvo permiso para ir, por su cuenta y riesgo, a solicitar, a un paso de la refriega, los servicios del clérigo del pueblo más próximo, y un coche felizmente disponible lo llevó en el acto.

Su diligencia tuvo que ser inaudita, pues no había pasado ni media hora cuando, a uña de caballo, ya estaba de regreso,

acompañando del sacerdote. Era este, por favor del cielo, un presbítero joven, apto para decir una misa de campaña con celeridad y sin trabucarse.

Asimiló con serenidad la peripecia de quien venía a sustituir.

- Mi querido muchacho, contestó simplemente al mensajero, estemos en paz o en guerra, la Misa se dice siempre *en presencia del enemigo*.

Pero había traído sus ornamentos negros y no quiso decir ninguna otra misa que la de Difuntos.

Se oía en todo momento el fragor del combate, que se acercaba perceptiblemente. La misa, vigorosamente despachada, no tuvo vacilaciones.

En el instante en que el celebrante, que rogaba en un tono de voz elevado, pronunciaba las palabras del Ofertorio: *Ne cadant in obscurum*, uno de los oyentes de la primera fila fue herido en una pierna por una bala y rodó por tierra con una precisión *litúrgica*, sin alterar con voces el recogimiento de sus camaradas.

Como si esta primera caída hubiera sido una señal, en ese mismo instante apareció el comandante, espada en ristre.

- Muchachos míos, gritó, no hubiera querido interrumpir la ceremonia, pero Dios no querrá que deje de cumplir con mi deber. Capitán, marcha en orden disperso, de derecha a izquierda. Los prusianos están batiéndose en retirada hacia nuestro campo y tratan de penetrar en el bosque.

Una trepidación terrible subrayó esas últimas palabras. Todas las demás compañías estaban en sus puestos, listas. El enemigo, asaz numeroso, parecía atacar por todos lados.

Se había pensado, sin asomo de imprudencia, en reservar hasta el último minuto a los muchachos que actuaban, de hecho, como retaguardia tanto tiempo como aguantase la línea. Pero no tardó mucho en romperse, y por ese mismo motivo el más recio esfuerzo de este ataque diseminado fue justamente a dar contra ellos.

¿En orden disperso? ¡Ah, el valeroso comandante!

Estos novicios no tuvieron que buscar la muerte. No habían dado ni treinta pasos cuando la aparición de una enorme masa que parecía desplazar a la atmósfera los obligó a replegarse hasta el campo, donde formaron instintivamente un arco de circunferencia de la que el altar era el centro geométrico.

El padre continuaba su misa con la serenidad de los santos. Es bien sabido, que a partir de cierto momento, el oficiante no puede, bajo ningún pretexto, interrumpirse. Teológicamente, no hay *fuorza superior*, —¡del lado de Dios!—, que pueda dispensarlo de la necesidad infinita de consumir el Acto indecible.

Los infelices muchachos lo sabían y decidieron, sin decir palabra, hacerse matar, no por Francia, ni por el Rey, ni siquiera por los Ángeles y los Santos del cielo, sino lisa y llanamente *para que esta misa pudiera terminarse*.

Sucedió entonces una cosa horrible y hermosa. Se hicieron matar todos en el mismo sitio donde estaban y durante el

tiempo necesario para que los indecentes herejes no pudieran interrumpir el Sacrificio Esencial.

Esta matanza, además, no fue gratuita. Los prusianos debieron pagarla cara, pues los adolescentes lucharon como si hubieran sido algo más que hombres, y es fama que el artero duque de Mecklembourg, que hacía asediar a las mujeres a salva de cañón, soltó un sollozo cuando supo lo que los cadetes caídos habían realizado.

Quisieron seguir la misa como lo hacían siempre, con tranquilidad suma, como con los Padres, esperando listos la muerte “que viene sin ser esperada”.

La oyeron más calmadamente y con mayor atención si cabe al matar a los perturbadores del “Sagrado recinto” y al hacerse matar ellos mismos.

Los encantadores devocionarios negros se hicieron irrecognocibles, debieron seguramente cambiar de color, tanto como los preciosos cachemires y las plumas de buitre o de rabijunco con las que adornaban tan gloriosamente sus diminutos tocados.

Y una vez acabada la misa, al volverse para despedir a los asistentes con su bendición, el sacerdote no pudo ver ante sí más que las pálidas frentes de los vencedores, interceptado el paso hasta la altura de los ojos por la montaña que formaban los moribundos y los caídos.

NAVIDAD PRUSIANA

A la señorita Lucie Edel Vallöe

Los trescientos ojos de la diminuta villa de M... se dilataron para no perder detalle de la visita que dos oficiales alemanes, precedidos por un sereno, hacían a la casa parroquial.

Los prusianos, a los que se esperaba con angustia para unos días más tarde, acababan de llegar. Se les había oído en la distancia en la sonora noche. Una espantada voz había gritado: —Ya están aquí los prusianos, y un cuarto de hora después, a la voz de mando de: *¡Halt!*, un fragor de culatas de fusil que había hecho trepidar los cristales testimoniaba su odiosa presencia.

Ningún acto hostil. Estos extranjeros no parecían tener especial urgencia, como en todas las demás partes, en molestar a los vecinos. Inmóviles y con el arma calada, trazaban, en la parte baja del pueblo, una línea oscura, delimitando una masa más oscura de la que surgían unos destellos metálicos, unos estornudos, una especie de enorme lamento sordo y confuso.

Ningún “heraldo negro”, tomando la expresión de Corneille, se adelantó para desesperación del concejo. Pura y simplemente, el que parecía ser el jefe se había apeado y, seguido por un único oficial, se hacía conducir al presbiterio.

El padre Courtemanche era el cura más viejo del distrito. Retomando sin que él lo supiera un término de Heinrich Heine, de cuyo nombre nunca tuvo noción, se tenía a sí mismo como el primer hombre del siglo, por haber nacido el primero de enero de 1800; pretensión contradicha, por lo demás, como le sucedió al poeta alemán, por la hostilidad de un maestro de escuela volteriano que le reprochaba, con mayor o menor razón, ser, antes al contrario, uno de los últimos hombres del siglo anterior.

Clérigo sin tacha ni dobleces, carente por completo de ambición, había removido cielo y tierra, desde hacía treinta años, para no cambiar de destino. La autoridad diocesana, harto cómoda con la edificante humildad de este cura de pueblo, lo había olvidado concienzudamente en esta parroquia pobre a la que no aspiraba ningún otro sacerdote; el bendito echaba así raíces más profundas a medida que perdía los dientes y el pelo.

¡A Dios gracias, no era un santo! ¿Acaso hay algún santo en el Departamento del Sarthe? Los descendientes de la raza guerrera de los cenomanes, que derrotaron antaño a Italia bajo Bellovèse, y a los que ni César ni su lugarteniente lograron someter del todo, no son un pueblo fácil para coronar con el nimbo. No se sienten inclinados al entusiasmo religioso, ni siquiera al militar, y el cura Courtemanche no era Manceu, sino Mamertin.

Digno padre, a fin de cuentas, caritativo y exento de orgullo, celoso y observador de los deberes de su ministerio, pero escasamente ardoroso.

Retirado en su mísera casa, apenas más grande que la concha de un caracol, su diversión preferida, cuando no se consagraba a su rebaño, era la de clasificar amorosamente conchas fósiles del período terciario, pizarras arcillosas o micáceas, fragmentos de pórfidos o láminas de feldespato, sin hacer ascos tampoco a piedras y minerales corrientes y molientes.

Gozaba de una sólida reputación como geólogo que llegaba hasta el jefe cantonal, y había disfrutado del honor de ser consultado en más de una ocasión por el Ingeniero de Caminos y Canales.

Sin embargo, esta inocente manía le hacía olvidar tan poco su carácter, que un día vendió algunas piezas raras de su colección, entre las que había una maravillosa pudinga de cuarzo hialino violeta, vulgarmente llamada amatista, tesoro del que estaba inefablemente orgulloso. El fin de la venta era reparar el altar de la Virgen que amenazaba ruina, sacrificio mayor para este hombre que la entrega de su propia vida, cosa que al Obispo le pareció cómica.

Cuando los temibles extranjeros se presentaron serían más o menos las diez de la noche y el día veinticuatro de diciembre tocaba a su fin. Aunque estaba sumamente inquieto por la llegada inminente de los prusianos, el cura se disponía, leyendo el Oficio nocturno mayor, a celebrar la misa del gallo en su iglesia, todavía en pie y preservada milagrosamente hasta la fecha de los jabatos de la Invasión o de la Defensa nacional.

Lo último que esperaba era que esos dos personajes entrasen en su casa, por lo que cuando aparecieron su turbación fue inmensa, convirtiéndose inmediatamente en un susto de muerte. Ni por la salvación de su alma hubiera podido articular una palabra.

¡Había llegado el terrible momento! ¡Cuántas plegarias, sin embargo, había dirigido a Dios, desde hacía un mes, para apartar la calamidad de su parroquia, suplicando, no obstante, que le fuera otorgada la gracia suficiente para soportar incluso el martirio, si es que era absolutamente inevitable caer en las zarpas de esos victoriosos herejes!

Ahora la necesidad de la aceptación se imponía. Súbitamente evocó todos los suplicios inventados por la rabia de los sectarios, esforzándose en calcular, a la buena de Dios, la fortaleza que precisaría para sobrellevarlos con entereza...

La fidelidad a la verdad me obliga a añadir, ¡ay!, que en esta tribulación inmensa, el infeliz pastor no reparaba exclusivamente en su rebaño, sino que lanzaba miradas desconsoladas, miradas ahítas de una desolación sin tasa, a las riquezas geológicas amontonadas a su alrededor, que terminarían siendo infaliblemente un botín para los bárbaros.

Este postrer temor estaba tanto más fundado cuanto los visitantes, paralizados y mudos también ellos, dejaban traslucir una estupefacción que podía tomarse, de hecho, por la más ávida codicia.

Insólitamente destituidos de su arrogancia, contemplaban, desde el umbral, a este diminuto anciano de rostro infantil, a

este Deucalión eclesiástico monstruosamente rodeado de un número tan crecido de piedras como para, se diría, permitir la renovación de la raza humana tras su aniquilación por los diluvios o las exterminaciones militares.

Finalmente, sin embargo, el más imponente de los dos, un soberbio coronel bávaro, se decidió:

- Señor cura, dijo, en un francés exquisito, deseo creer que perdonará a estos soldados en campaña lo que esta visita pueda tener de indiscreta. Pero he sido informado de que esta población, que se halla, al menos por el momento, fuera de las líneas de operaciones, no ha sido ocupada por ninguna tropa, ni francesa ni alemana. He concluido que nada se opone a la celebración de la misa del gallo en vuestra parroquia; soy católico y traeré un gran número de soldados que también lo son. Bastará con abrir las puertas de par en par. Los que no puedan entrar la verán de lejos, y resultará un consuelo para hombres condenados quizás a morir mañana mismo. No considero, señor cura, que tenga derecho a rechazar ni siquiera a los enemigos de Francia.

Estas palabras inauditas penetraron en el corazón del anciano Courtemanche, como metralla en los sesos. El reino mineral, de golpe, dejó de existir para él. Este dulce y tímido clérigo entró en erupción como un volcán:

- ¡Oh!, chilló, decir Misa, la Santa Misa de Emmanuel a incendiarios, a infanticidas, a prusianos abominables! ¿Por qué Judas me toma, usted, señor? Usted es el amo, ha recibido el poder de hacer daño a los hijos de Dios, y yo no soy más que

un anciano, el más insignificante y el más débil de todos los sacerdotes de la diócesis, pero no me da miedo, ¿me oye?, y ni con todos sus soldados me impedirá decir que es una vergüenza venir a burlarse de un pobre cura. Entrégueme a sus verdugos, estoy listo. Sobrellevaré los más crueles tormentos, si es preciso, con la gracia de Nuestro Señor que *la ha visto en muchos otros* y que sabrá fortalecer a su mártir.

Se ahogaba. Llevado por su celo de holocausto, tuvo, efectivamente, un gesto de mártir que provocó la caída de una considerable masa de diminutos cantos rodados clasificados amorosamente, algunos de los cuales rodaron hasta los pies del procónsul.

Este, impasible, echó hacia atrás tranquilamente su bota y prosiguió con idéntica cortesía:

- Señor cura, me cabe el honor de manifestarle que soy católico. Se lo digo una vez más, *muy seriamente*.

Se produjo un silencio durante el cual se pudo observar cómo el cándido padre contrajo los labios, fulminado por esta revelación.

El alemán sacó su reloj y continuó en el mismo tono:

- Son las diez y media. He de estar en mi puesto a las cuatro de la madrugada. No tengo tiempo para conversaciones vanas. Sírvase disponer la ceremonia y dispóngase usted mismo a oír en confesión a aquellos de nosotros que hablan francés y que deseen comulgar esta noche. Si no accede, *a las doce y cinco minutos, daré la orden de incendiar el pueblo...*

A las doce en punto, el cura, ataviado con los ornamentos albos de la Natividad de Jesucristo, subía al altar glorificado por las luminarias, por la apertura de puertas y por el campañileo de gozo de los ángeles que inundaba el ámbito.

Por vez primera, quizás, desde el inicio de la invasión, los alemanes no habían maltratado a nadie. Habían incluso decorado la iglesia; las trescientas o cuatrocientas bujías que impresionaban a los modestos muros, procedían de sus provisiones y las campanas eran tañidas por uno de ellos, que pasaba por hijo de un maestro de capilla de Franconia.

Admirable orden y perfecto recogimiento en esta manada de adoradores sanguinarios. Los oficiales de más rango, con el sable desenvainado, próximos a la mesa de la Comuni3n, las dos primeras compa3nías en armas, escalonadas y dispuestas según su rango a lo largo de la nave, absolutamente alineadas, y el resto en la plaza, fuera ya de la vista, observando los mismos rectángulos.

En el medio, un angosto surco en el que se divisaban formas serviles y negras, algunas mujeres, algunos niños llegados, temblando, para rogar al Niño Dios por Francia y por su cura.

De vez en cuando, una orden escueta, seguida de un estremecimiento metálico que se perdía finalmente en las tinieblas exteriores.

Nada de cánticos. Ningún habitante de la localidad hubiera tenido fuerzas para ello, y el coronel, para dicha de todos, había concedido el favor inesperado de que no se cantara en alemán.

Fue de todo punto forzoso acceder a esta misa del gallo. El infeliz padre Courtemanche experimentaba una tremenda violencia, como jamás pensó que pudiera tolerar sin morir a continuación.

No solo tenía el deber de no abandonar a Jesús en su Pe-sebre y de impedir por todos los medios lícitos el exterminio o la perdición de su rebaño, sino que también, y por encima de todo, no podía olvidar que los prusianos habían sido rescatados tanto como los demás por la Sangre del Recién Nacido.

El Vicario de Cristo en su solio pontificio no hubiera podido, en semejante trance, excomulgarlos y aun cuando los lamentos de cien mil caídos por la patria se hubieran tornado otras tantas bocas vociferantes en su contra, este enorme alarido hacia el cielo no hubiera bastado en absoluto para acallar el murmullo de un incendiario o de un asesino de ancianos en el tribunal de la Penitencia.

Había oído en confesión a una veintena aproximada de estos caníbales arrodillados entre las Gotas inacabablemente adorables de la preciosísima Sangre del Sudor divino.

Los había absuelto en nombre del Padre, en nombre del Hijo y en el nombre del Espíritu Santo; los había reconciliado, y bendecido con la bendición que libera e ilumina, con la todopoderosa Bendición sacerdotal ante la que se inclinan los Nueve Coros angélicos.

Rapiña, incendio, matanzas, violaciones, blasfemias y profanaciones: durante una hora lo oyó y lo perdonó todo.

Y no bastaba. Ahora tenía que consagrar para ellos el Pan y el Vino, dar a tomar el Cuerpo de Dios, la espantable Carne de los mártires que les devolverían las fuerzas para comenzar de nuevo.

Le pareció, a este humilde servidor de la Sagrada Mesa que todo en su persona y a su alrededor se desplomaba en la Casa encendida, cuando hubo de pronunciar ante todas esas lenguas feroces el sobrio “Corpus” de la Gratificación Eucarística: “Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma.”

Una vez dispensado lo que la Iglesia llama el “Fármaco de la inmortalidad”, tuvo apenas fuerzas para subir de nuevo al altar y decir las últimas Oraciones, mientras las campanas de gloria tañían frenéticas, mientras las macizas campanas de esta Navidad de ominosos vencedores repicaban en las alturas, por encima de los campos, en el silencio execrable de los cielos.

EN LA MESA DE LOS VENCEDORES

Al Teniente André Roulet

- Al fondo de la sala, a la izquierda, cama número 27. Le ha estado llamando durante toda la noche, pero me parece que la infeliz anciana no está en sus cabales y nos extrañaría muy mucho, reverendo padre, si sacara algo en claro.

Con estas alentadoras palabras de la hermana hospitalaria, el franciscano de los Santos Lugares se dirigía en silencio hacia el lecho indicado, sin reparar siquiera en las concreciones de dolor y de decadencia física distribuidas entre el resto de yacijas del insomnio.

Cuando llegó al número 27 se detuvo delante de una forma inerte, ante los escombros de una anciana, un altorrelieve de las Alhambras de la Miseria y la Desesperación.

Rígida, con los ojos cerrados, como un simulacro de espanto en la tumba de un ajusticiado, hubiera costado trabajo considerar aún viva a esta criatura a todas luces a merced de los demonios, si no hubiera sido por el movimiento regular de las manos, ocupadas en alisar con suavidad las sábanas.

Espectáculo terrible el de las manos de los moribundos. En ellas, se diría, se refugia nuestra alma entera en los instantes postreros, para que se cumpla expresivamente la implacable ley de *entregar* su vida. La mayoría se agarrotan con firmeza, como las manos de los náufragos y de los que caen en simas. Algunas se retuercen convulsivamente o se cierran por completo. Otras hacen el gesto de apartar, de rechazar algo. Se ha llegado, incluso, a ver algunas que se posan justo encima del ombligo, él órgano respiratorio del cuerpo astral, según los antiguos magos.

El último recurso para hacerse oír por un moribundo pasa por tocarle las manos o imponer sobre sus manos las nuestras. El franciscano sabía esto, y los ojos de la agonizante se abrieron tan pronto como fue realizado este acto.

¡Y qué ojos! Dos vidrios helados, detrás de los cuales se desatara de repente un incendio. Solo un segundo permanecieron vagas y sin color esas lazulitas pálidas propias de la muerte que, al ver al sacerdote, se tornaron inmediatamente en dos refulgentes carbúnculos infernales.

- Me ha hecho llamar, señora. Heme aquí listo para escucharla, si su estado le permite hablar.

Se produjo un silencio más que penoso, durante el cual la enferma clavó sus dos dementes ojos en el forastero, lo que la hizo parecerse a una de esas máscaras de pesadilla inventadas por el genio infame del Extremo Oriente.

- La exhorto, amada hermana, dijo de nuevo el religioso, a no afligirse por mi presencia. Soy una nonada, pero sabe bien

que tengo la potestad de ofrecerle los auténticos consuelos. El hábito que llevo le dice a las claras que pertenezco a la familia de los amigos del Pobre. Recóbrese, se lo pido en nombre de Jesús agonizante, y hable con confianza.

El horrible semblante se distendió entonces, los feroces ojos se endulzaron un tanto y la anciana, recogiendo sus manos con esfuerzo, las colocó sobre su pecho. Eran las manos de una sexagenaria, miserables, gastadas, deformadas por los agarrotamientos del mal, no las de una mujer adiestrada en trabajos penosos y que pudieron haber sido hermosas. En el dedo anular izquierdo llevaba una diminuta sortija de oro.

- He pensado muchas veces, dijo observándolas, que hubiera debido cortármelas. Lo que hicieron solo se lo he dicho a una persona y *no sé si Usted podrá oírlo*. Pero voy a morir muy pronto, ¡a Dios gracias!, y lo último que quiero es que el que me ha de juzgar pueda reprocharme haber tenido los labios sellados hasta el final. Le he pedido que venga, padre, porque usted es uno de los guardianes del Santo Sepulcro. Pensé que acaso usted me escucharía con menos horror que algunos otros, incapaces de guardar una pocilga de cerdos y que no quieren saber nada de lo que les excede. Voy a hablar, no a usted, sino ante Usted, haciéndome a la idea de que hablo ante el Sepulcro de Jesucristo. Sin duda soy una de las que más necesidad han tenido de que muriera. No me interrumpa, se lo ruego. Estoy en las últimas. ¡Si no halla en mis palabras ni humildad ni arrepentimiento, da igual! Considere que el relato que voy a contarle es, con todo, la confesión más desgarradora, el esfuerzo más aflictivo que puede emprender una criatura para su redención.

El sacerdote no esperaba este discurso, que el horrible aspecto de la inválida hacía escasamente previsible. Hubiera aguardado a una mendiga cualquiera y, de golpe, se encontró ante un alma excepcional, en la entrada de una cueva de ánimas en pena rebosante de voces horribles, luminosa y sombría al mismo tiempo, como las simas intermedias...

Siendo un hombre sencillo, comprendió que las fórmulas usuales no serían, en esta ocasión, de ninguna utilidad y, tomando una silla, se sentó tranquilamente cerca del lecho para escuchar mejor.

- Quien me hizo entrega de esta alianza, comenzó la anciana, elevando su mano izquierda, murió, hace veinte años, durante la guerra, en Saint-Sigismond, en Loiret, la misma mañana de la batalla de Loigny, fusilado por los bávaros de De Thann. Estaban con él dos de nuestros hijos, el más joven de diecinueve años de edad, ejecutados ambos también junto con el padre. Me contaron que esos demonios asesinaron primero a los infelices niños del modo más cruel que pudieron, disparando a los miembros inferiores, para que aquel que los engendró los viera sufrir el mayor tiempo posible, a sus pies, antes de conseguir que lo mataran.

Pero eso, dijo con un ronquido que parecía un sollozo, no fue nada. Estos alemanes se desquitaban como sabían. Mi marido era un hombre de enorme valor que les había causado muchos perjuicios. Había sacrificado la mitad de nuestra fortuna para organizar una pequeña compañía de tiradores denominados los Furtivos de Neuville, cuya audacia fue extraordinaria... Nunca supe qué pasó con los cadáveres...

Quizá sepa que en Loigny, bajo la iglesia, hay una cripta donde pueden verse los blancuzcos esqueletos, ordenados simétricamente, de *mil treinta y cinco* soldados franceses. Muchas veces he hecho esa peregrinación, tratando de persuadirme de que los habían llevado allí, a mis amados difuntos, y rogué por ellos todo lo que una criminal puede rogar...

Escúcheme ahora. Estaba sola, una tarde, con nuestra hija menor, una linda muchachita de diez años, en nuestra casa, en la carretera de Châteaudun. No sabía nada, salvo que todo iba mal. El enemigo llegaba por todas partes. Los vecinos habían emprendido la huida... ¡Ojalá yo hubiera hecho lo mismo!

Tras derribar la puerta vi entrar en mi casa a una veintena al menos de bestias pardas que se dieron inmediatamente al pillaje, entre voces de por qué no les daba de beber y comer. Dejé todo en sus manos dándome por contenta por no haber sido maltratada de obra. Entonces, uno de ellos me aferró mientras hacía escarnio de la muerte de mi marido y de mis dos hijos. Loca de desesperación, me lancé sobre este hombre y le mordí en el rostro de modo tan cruel que mis ojos se anegaron en su sangre, parecía que lloraba sangre, su ominosa sangre...

En ese minuto se cumplió mi destino. Fui golpeada, pisoteada, *violada* por todos esos truhanes y lanzada, casi muerta, sobre un montón de estiércol que había ante la puerta, donde permanecí desmayada un rato bien largo hasta que me despertaron los alaridos sobrehumanos de mi hija, *cautiva* en la casa que estaba siendo pasto de las llamas...

¿Me está escuchando con atención, padre? Preguntó la infeliz, más sombría y más horripilante que al principio. ¡Ah,

es preciso que me escuche, no tanto para que me absuelva como para que sea mi testigo, pues esos gritos de mi pequeña, que oiré durante toda la eternidad, son mi tesoro, véalo usted, mi único bien, el viático de mi espantosa alma cuando se presente ante el Dios que pidió a su criatura tamaños sufrimientos...!

¡Ah, pero me vengué, vaya si me vengué, diabólica, horriblemente!, agregó con una voz tan profunda que el franciscano tembló. Esperaba así, pagamente, librarme de esos gritos tremebundos. Pero no he pasado ni un minuto, sépalo, en estos veinte años, sin oírlos, y los oiré siempre... Pues la *Inocencia no se aplaca...* ¡Me inundan, me rodean, y cuando mi Juez me mire los colocaré sobre mi gastado pecho como un peto de blancura, los ofrendaré con ambas manos y los depositaré al pie de su trono y en todas las avenidas de su Cielo, que se tornará, quizás, entonces, en un segundo Valle de Lágrimas, recordándole los alaridos de su propio Hijo crucificado que se negó a oír!

La maternal gorgona se incorporó a medias para proferir estas dementes palabras que retumbaban en el alma del sacerdote como una traducción *en lengua extranjera* de la desesperación eterna.

Esta estragada anciana le pareció una imagen de la pasión humana desatada, de la pasión infinita que haría estallar el mundo si muchas almas fueran dignas de albergarla.

¿Qué decir a esta infernal plañidera que sobrevivía milagrosamente, desde hacía veinte años, con la Eucaristía de su duelo y que comulgaba trescientas veces al día con los gritos de su hija abrasada viva?

Ninguna esperanza, por lo demás, de detenerla. Al mirar su cara, devastada como una tierra de aluvión escarbada por los ciclones, calcinada por los llantos infernales de los que se dice que bastan para corroer los metales, en la que, para espanto del observador, se ponían en blanco los ojos de Moloch, cual dos hundidas escotillas de un barco en llamas. Y cuando en ocasiones una pálida nube, una mota macilenta flotaba en ellos por espacio de un segundo se creía tener la imposible sensación de algo más implacable todavía... Hubiera sido necesario el concurso de la gran Estranguladora para impedir que llegara hasta el final de esta extraña confesión que le permitía, en su último día, hacerse la ilusión de regodearse en su venganza.

- Era una mujer de armas tomar, se lo aseguro, prosiguió, y en la comarca me apodaban la *granadera*. Tras tres días de agonía entre las cenizas de mi casa, me apresté a cumplir mi designio. Lo que había decidido, lo quería, como Dios ha querido el mundo.

Seguí al ejército alemán durante una semana, que se dirigía a Le Mans, y atravesé sus líneas. Pude pasar, no sin recibir multitud de denuestos pues parecía una pordiosera y mi aspecto debía de ser el de una loca. Pero había caído tan bajo, que nada, en adelante, podía alcanzarme. Además, me sentía protegida por el Demonio.

Llegué finalmente a la casa de un pariente de mi marido que poseía una especie de castillo en las inmediaciones de Ferté-Bernard, en el Departamento del Sarthe. Estaba segura de encontrar una buena acogida y sabía, ante todo, que por

allí pasarían infinidad de prusianos, puesto que el cuarto cuerpo del ejército comandado por el Príncipe Federico-Carlos se diseminaba por esa parte de Francia como un torrente de ciento veinte mil hombres.

En ese momento no sabía a punto fijo qué me aconsejaría el Espíritu nuevo que soplaba en mí; se trataba de hacer daño, del modo que fuese.

Voy al grano, pues siento que se acerca la hora y quiero... quiero acabar. Logré que me emplearan como celadora de enfermos y de *cocinera* en esta mansión en la que se alojaban los oficiales de mayor graduación.

Había —¡oh!, lo veré en la podredumbre de mi tumba—, había un general de brigada de caballería de Hesse, un anciano enorme extremadamente riguroso, con reputación de astucia extrema, y siempre inclemente. —¡Más!, me decía, ¡más! *Mehr! Mehr!* — esperad, va a ver. Tenía un hijo, un precioso capitancito, a fe mía, que no llegaba a los treinta años. Fue herido y *confiado a mis cuidados*, a mis esmerados cuidados. Su padre, quien hacía bombardear las ambulancias, no lo visitaba, y tampoco sus camaradas, y estaba solo conmigo, en una habitación alejada. No se movió demasiado... No necesité ayuda ninguna. Estas manos que usted ve bastaron, y no me quité el anillo. A continuación, arrastré el cuerpo a un lugar de la bodega donde nadie ponía jamás los pies.

*Mehr, mehr, gute französische Küche*⁵! ¡Sí, padre, durante tres días, sirvió al general de alimento! ¡Ah, los exquisitos sesos

⁵ ¡Más, más de esta buena cocina francesa! (N. del T.).

de ternera con salsa blanca y sal, pimienta, nuez moscada, champiñones y cebolletas que le preparé de primero y que hacía fundir en su boca bebiendo un Château-Margaux! ¡Me pidió repetir, el viejo glotón, pero le contesté que era la única ternera que sus hombres no había requisado y que se sacrificó expresamente para él! ¿Era justo y necesario, no, que comiera también las chuletas a la papillote y el fricandó a la achicoria? Al día siguiente invitó a varios oficiales. Les serví escalopes, riñones salteados, guiso de ternera, ternillas con guisantes, gelatina y asado. *Mehr!... mehr!...* Estos comensales se regalaron, hubo para todos y las sobras fueron para las ratas de la bodega. ¡Había, naturalmente, reservado el *corazón*, porque hubo que marinarlo antes de ponerlo en la parrilla, y el padre del lindo capitán de dragones devoró el corazón de su hijo: al tercer día!

Hábleme cuanto quiera de las delicias del Dios todopoderoso, pero lo desafiaría a que me ofrezca en su paraíso un gozo más grande. Pensé que iba a morir de felicidad. Pero no bastaba, ¿comprende?, había que hablar.

- ¿Están suculentos los *hijos a la parrilla*, verdad, mi general?

Como me miró sin entender, extrañado por esta pregunta familiar, añadí:

- ¡Es el corazón de su hijo, a quien estrangulé con estas manos, acaba de comerse su corazón, viejo canalla, y su carne, su inmundicia se la serví ayer y anteayer!

No esperaba otra cosa más que me matara. Se puso a reír dulcemente... muy dulcemente..., *gute französische Küche!*

PONNE GOUISSINE FRENTZÈSE!... sus ojos se apagaron ..., y esa misma tarde fue enviado en un féretro, al interior de Alemania...

¿Es todo?, preguntó el franciscano, a quien le castañeteaban los dientes.

- Reverendo padre, dijo la monja que se había acercado, ¿no ve que esta mujer lleva muerta *desde hace un cuarto de hora?*

LA CASA DEL DIABLO

A mi hermano Oluf Molbeck

Ni Edgar Poe hubiera sido capaz de imaginar una casa más siniestra. Los lugareños nunca la frecuentaban por gusto, ni siquiera a plena luz del día, y se consideraba una audacia pasar por la noche frente al desvío por donde arrancaba, en la carretera general, el sendero de tinieblas que conducía a ella.

Era una antigua *convalecencia* monástica, construida en tiempos en la parte más silenciosa del bosque por los premonstratenses o por los cistercienses, cuya abadía había desaparecido hacía siglos.

Dicho lugar, respetado por la industria maderera durante generaciones, había llegado a ser tan sombrío como solitario y la antigua enfermería de los olvidados monjes no era más que una ruina maléfica, un tabernáculo de hongos, escolopendras y negros escalofríos.

Solo dos mujeres vivían allí. Una vieja de aspecto más que extraño que nunca abandonaba el lugar y una suerte de hija,

quiescente como los verbos hebreos, con la que resultaba imposible cruzar más de dos palabras, y que era despedida sin pérdida de tiempo cuando venía a comprar sus vituallas en el pueblo.

La impresión no era, hablando con propiedad, fantástica, pero una *tristeza* opresiva, inmensa, inexplicable, caía como cae la lluvia en las pesadillas y calaba hasta los huesos incluso de los vecinos más desenfadadamente irreligiosos, cuando se aproximaban a la maléfica morada.

Por lo demás, no había ningún motivo para realizar tamaña proeza. Las reclusas no esperaban ni recibían a nadie, malviviendo con no se sabe qué migajas de una antigua fortuna de la que, cada tres meses, rendía cuentas el notario, sin que este mísero tesoro hubiera jamás excitado la concupiscencia de ningún pillastre de la comarca.

El ánimo de los más intrépidos desfallecía antes siquiera de llegar al umbral, defendido tan solo por un perro diminuto que ladraba como un grillo, por un antiguo y amplio pozo negro a ras de suelo, cuya enigmática profundidad pasaba por legendaria y, en fin, por una nube de mosquitos ocupados de ordinario en devorar a una cabra sonámbula que se desangraba cada vez que trataba de emitir un balido...

Junto a lo anterior, unos árboles antiquísimos bajo los que había que caminar un cuarto de hora, los cuales agudizaban hasta tal punto la lúgubre fisonomía del lugar, que, inmediatamente, uno sentía tal agobio que perdía todo deseo de oír a ese perro, de ver esa cabra exangüe y de soportar esos nocivos mosquitos que la proximidad de un pantano no hacía sino fomentar.

Sin embargo, no podía decirse que la Domerie –tal era el secular nombre de esta alquería– hubiera sido el teatro de uno de esos crímenes que dejan una capa de espanto sobre las paredes y que llenan de larvas y de fantasmas el ambiente.

Todo el mundo conocía la historia –escasamente trágica– del anterior dueño, hoy difunto, del “inmueble y de sus dependencias”, según la expresión del notario. Nadie ignoraba tampoco que los actuales ocupantes, inocentes de cualquier crimen abominable, eran una viuda y su hija adoptiva.

Ocurría tan solo que ese difunto había sido un hombre tan horrible para la comarca que ni aun su muerte disipó los temores, legando a sus herederos el miedo que siempre lo rodeó.

Miedo poco justificado, pues este personaje, por más extraño que fuera, no había sido nunca ni peligroso ni dañino. Era incluso un hombre dulce, incapaz de querellas y dispuesto siempre a resignar sus derechos, del que se había abusado no poco.

Pero paseaba por la campiña una tan feroz melancolía y una pintura tan terrible, que espantaba hasta a los animales.

Pintaba, en efecto, como un tigre, de la mañana a la noche, con una porfía increíble. Su caballete parecía estar en todas partes al mismo tiempo. Los rebaños, los árboles, las flores, las señales del cielo, las impresiones de todo tipo se multiplicaban en los bravíos lienzos que devoraba instantáneamente su pincel. Perteneía a la extendida escuela de los Fracasados y Requetefracasados del Arte, que galopan, hasta su muerte eterna, en los círculos de las imitaciones y los pastiches. Hubiera podido ser proclamado su jefe.

Este pobre diablo, apellidado Poussin, y para más inri Nicolás Poussin, por una terrible ironía del destino, era un fracasado consciente, sedicioso e invencible. Era fracasado como se es cornudo, sin resignación. Condenado a exasperarse en su impotencia terminó siendo muy pronto una suerte de prodigio. Alumno, en su día, poco aventajado de un ilustre zopenco, el exceso trivial de sus producciones oleosas excedía la imaginación más calenturienta.

Amable siempre para con los demás, pero inexorable consigo mismo, se impuso la realización de diez mil obras, reflejando en veinte años, los “tres reinos” terrenos, a los que no dio respiro. Los campesinos se lo encontraban a todas horas en los caminos, en la orilla de los bancales, en medio del bosque.

Impaciente por humillar a los Millet, a los Théodore Rousseau, a los Corot, a los Díaz y a toda la secuela romántica cuyos solos nombres le parecían indecentes blasfemias, exterminó el color, proscribió la línea, colmó de ignominia las siluetas, desmanteló los planos y los segundos planos, echó los perros a la perspectiva, acosó a las sombras y a la luz. Murió completamente loco habiendo dilapidado casi por entero su modesto patrimonio en la compra de cuadros y en el envío de sus innumerables lienzos a todas las exposiciones de Europa.

La auténtica locura parece ser que es la que excita más intensamente la imaginación popular, bien en el sentido de la inquietud o del terror. Un instinto infalible advierte a esas almas pueriles de la decepción divina, implícita en el naufragio de una Inteligencia, y la enormidad de semejante desastre es

sentida profundamente por los seres sencillos, hecho que no puede anular la necia ciencia de las demostraciones. Prueba sobrenatural o castigo severo por no importa qué crimen, esta incomparable miseria los sume en la inquietud, cobrando pánico al contagio. Solo así puede explicarse el extraño terror, el supersticioso alejamiento de una población –todavía piadosa– de los confines de este funesto bosque de Maine en el que Carlos VI se volvió loco.

En los últimos tiempos bastaba con que el inofensivo Poussin se presentara para que todo el mundo pusiera pies en polvorosa y, tras su entierro, desprovisto de pompa, en el grato cementerio, los dos seres (destruidos en sus tres cuartas partes) a los que su prolongada demencia había hecho estallar el corazón, cargaron sobre sí con total naturalidad esta especie de reprobación, hasta llegar a creer que su casa estaba emponzoñada por este abominable mal que había debido traspasar sus vetustos sillares.

He aquí ahora –así, al menos, me lo contaron los campesinos– el suceso terriblemente simple que ocurrió en este lugar.

Tres ulanos, con la indudable misión de inspeccionar este paraje del bosque, llegaron una noche de los últimos días de enero hasta la puerta de la Domerie.

Uno de ellos estuvo a punto de caer con su caballería en el extraño pozo sin brocal abierto a escasos pasos del umbral; los militarotes, hasta ese momento impermeables al influjo del lugar, se tornaron sombríos y mirando a su alrededor con inquietud, se consultaron entre sí.

Finalmente, el más intrépido, encogiéndose de hombros, se apeó y armado con su revólver llamó violentamente a patada limpia. Casi inmediatamente, apareció la anciana, orlada de negro, iluminada vagamente por el crepúsculo. En ese mismo instante, el chucho se puso a ladrar con su voz de insecto. El recién llegado, nervioso ya, bastante más de lo que conviene al pundonor de un soldado, lo despidió de un puntapié, rodando el despanzurrado animal a lo largo del muro.

La anciana, impasible, se dirigió a recoger, entre aullidos, al pobre perro e introdujo a los forasteros, valiéndose de la luz de la vela que llevaba su acompañante. Nada había replicado a los insolentes apóstrofes en un francés execrable, apenas inteligible; se limitaba tan solo a mirarlos como se mira al ganado, clavando sus apagados ojos que parecían haber verificado las lágrimas de un mundo entero.

Con el auxilio de su hija, tan impenetrable o más que ella misma, les daba en silencio comida y bebida sin que los interrogatorios ni las injurias tuvieran fuerza suficiente para sacarle ni media palabra

Jamás conocieron el tono de su voz.

La sala del festín, mucho más amplia de lo que podía hacer pensar la apariencia exterior de la casa, estaba decorada, del techo al suelo y en todas sus paredes, de un número infinito de horrorosos cuadros de reducidas dimensiones en los que se ultrajaba a la naturaleza de un modo que solo podía calificarse por el demonio que los inspiró.

En el centro de esos horrores se mostraba un horror más intenso, más glacial, más fúnebre que todos los demás. Era el

único cuadro del difunto pintor en el que la trivialidad abominable de su condenación hubiera logrado contrabalancearse con el carácter concreto y particular de su demencia.

Bajo la amarilla luz de una lámpara enorme, dos mujeres horribles se miraban llorando... Nada más. Pero el vigor obsesivo de esta corteza satánica habría descorazonado al mismísimo Dante.

La brutal seguridad de los militares se debilitó... Sin darse acaso cuenta, sus voces se fueron *atenuando* progresivamente, atenuando hasta convertirse en un murmullo, en un susurro apenas audible, en algo por debajo del mismo silencio.

De pronto, uno de ellos se puso en pie:

- ¡Camaradas, gritó en su infame lengua prusiana, salgamos al campo, esta es la casa del diablo...!

Se oyó entonces un estrépito propio de la desbandada; la puerta, arrancada con violencia, fue abierta y los tres hombres dementes, temblorosos, a voz en grito, sollozantes, ahogados y presos de espanto, se precipitaron hacia adelante...

Tras la muerte de la Poussin más joven, que ocurrió diez años más tarde, al declararse el abintestato, el ingeniero de Obras Públicas hizo dragar el extraordinario pozo que andaba en boca de toda la comarca.

Hallazgo: los huesos y la impedimenta en descomposición de SESENTA Y DOS soldados alemanes.

EL SEPULTURERO DE VIVOS

A Jean Carriès

El señor Joséphin Prosper Digital, conocido antes con el apodo de *Papá Joséphin*, es, indiscutiblemente, el más honorable de los agiotistas de la prostitución reglamentada. Encargado, en sus comienzos, de una de las más modestas casas de Grenelle, se elevó paulatinamente hasta la copa de la palmera que, en las Escrituras, simboliza la prosperidad del justo.

En menos de diez años se convirtió en propietario, en el corazón de París, de un establecimiento famoso en el mundo entero. Hoy su nombre colma los orificios de la gloria. La Asistencia pública honra en su persona a uno de los más ilustres filántropos y la Prefectura de policía carece del suficiente oro en polvo para inscribir el nombre de este admirable servidor en los dísticos de las comisarías.

Exento, desde mucho tiempo atrás, de los trabajos duros, engordó en medio de las aureolas, adiestrando a numerosos pupilos en las multiplicadas sucursales del Lupanar Metropolitano, del cual fue fundador.

El elogio de ese espacio de delicias ha sido agotado. Todos los bombos, todos los platillos, todas las fanfarrias y toda la trompetería lo han pregonado. El asentimiento universal de los visitantes de la Exposición terminaron por consagrarlo.

De hecho, es el único sitio de los dos hemisferios donde se puede encontrar una falsificación garantizada de las aplaudidas beatitudes que anhelan todos los rufianes.

Agotador resultaría describir las suntuosas crujías de los grandes y chicos salones de ese prototípico caravasar, la iluminación lunar de los masivos desnudos dispuestos con gusto en los amplios hemiciclos, la maravillosa elección, infinita casi, de los instrumentos de consolación y de su infalible funcionamiento.

En fin, nos quedaríamos sin saliva o sin tinta antes de haber podido otorgar una apoteosis congruente al genial proxeneta que supo añadir furtivamente a su emporium, para la revigorización y el refinamiento del placer de algunos vejedores ginebrinos o anglosajones, las *Catacumbas del Pudor*.

El señor Joséphin no podía estar más orgulloso. Amigo de las leyes, amigo de la religión y del poder, amigo de los notarios y de la propiedad, pero más que nada amigo de todo el mundo, salvo de los desgraciados, tolera condescendentemente que innumerables sujetos puedan estrecharle la mano, y haciendo honor a sus propias obras, cuenta en ocasiones sus amargos comienzos.

- ¡Ah!, no es cosa siempre extraña, criaturas, cuando se ha trabajado con la milicia. Bastaba con ponerse manos a la obra

y pagar con la persona. Por fortuna, mi santa mujer, hoy difunta, estaba ahí para secundarme. ¡He ahí una que debe ceñir una hermosa corona en el cielo!, etc.

Como tenía la propina fácil se le escuchaba con la máxima atención.

Pasado el tiempo se convirtió en espiritista, luego ocultista, y algún tiempo después nadaba en el esoterismo más abundante. Su primer iniciador, un mago caldeo de lengua occitana, aprovechó para despojarle de sumas considerables que se tradujeron –¡oh, Señor!– en ¿cuántos suspiros?

Esta dolorosa experiencia, lejos de tranquilizarlo, pareció haber inflamado su celo, pues sabía el medio de burlar la vigilancia del dragón del libro mágico y no cayó nunca en la desesperación de llegar a dar con la Clavícula y con algunos otros arcanos.

El origen auténtico de la opulencia de este crápula es muy otro. Transcribo de memoria el relato de un desdichado que lo reconoció un día, en la calle, quince años después. No lo había visto, sin embargo, más que una sola vez, a la luz de una linterna, pero en tales circunstancias que, desde entonces, nunca ha dejado de verlo en sueños y en la vigilia, y que al re-encontrarlo de golpe en medio de los vivos le hizo desmayarse de horror.

- Usted no sabe lo que es un campo de batalla, de noche, cuando los burgueses duermen en sus camas. Es algo, señor, a lo que Dante nunca se ha referido.

Pues, ¡bien!, escuche, habíamos combatido durante todo el día, y yo había quedado en el montón de los moribundos. Cuando digo el montón no soy completamente exacto. Realmente, las cosas no suceden como en los cuadros de batallas. Sería un error pensar que se ve a los pobres diablos amontonados unos sobre otros, apilados y enmarañados estéticamente, haciendo gala de heridas sumamente nobles para asombro de damas de trajes vaporosos que retroceden para contemplar mejor el conjunto a través de su binóculo de oro.

La verdad auténtica es que hay casi siempre un intervalo de varios metros entre cadáver y cadáver, incluso en los puntos donde el combate ha sido más letal, y solo en casos muy excepcionales como el asalto en una estrecha hondonada bajo el fuego de potentes baterías, los cuerpos se amontonan.

Por lo que hace a las heridas, no puedo decir más que esto: el audaz pintor que deseara ser *fiel* sería tenido por una bestia inmundada y acusado infaliblemente, *incluso por los soldados*, de falta de patriotismo.

A mitad de la batalla, por resumir, caí por tierra. Ensoberado por el infernal estrépito, incapaz de fijar una idea, debí permanecer largo rato inmóvil, rayando en la insensibilidad, con la vaga impresión de un estacazo en la pierna izquierda.

Cuando vi llegar a los prusianos, el crepúsculo caía y el cañón se oía sólo a grandes intervalos y cada vez más lejanos. Fuimos derrotados una vez más, evidentemente, pues esas bestias tomaron nuestras posiciones.

¡Ah, vi pasar cuero lavable, plumas verdes en tocados sajones y cascos wurtemberlianos de doble visera! Había pome-

ranianos, silesianos, polacos, ulanos negros, húsares rojos, batahola de inútiles que Dios confunda.

Vi desfilar regimientos de infantería con capa azul oscura y chacó de charol adornado con el águila y la escarapela prusiana blanquinegra; luego, infinitos artilleros bávaros, de azul celeste, con la felpilla negra sobre sus condenadas gorras. Durante la guerra, muchos de ellos la diñaron. Los prusianos, sus bien avenidos hermanos, iban en cabeza metiéndose por todas partes, siempre visibles, y milagro fue que no me aplastaran bajo sus carros.

Cuando aparecieron las ambulancias, me puse a dar alaridos con la esperanza de poder ser rescatado. Vano intento. Tuve, finalmente, la fortuna de adormilarme, con la cabeza apoyada sobre el petate, una vez pude desenrollarlo y extender la manta sobre mis pobres piernas inertes.

Ignoro cuánto tiempo permanecí dormido. Pero se diría que había llegado la hora de la aflicción.

La procesión germana había concluido. En mi derredor, el silencio en la noche límpida alumbrada por cuarenta mil estrellas. En el fondo del horizonte una línea de pálidos fuegos daba testimonio de la presencia de un cuerpo alemán acampado allí, pues el ejército francés debía hallarse lejos.

Al despertarme, las dos primeras sensaciones fueron la de frío y sed, y en grado tan intenso que no pude por menos que lanzar un quejido.

Inmediatamente algunas voces débiles, inarticuladas como la mía, respondieron en la oscuridad. Vi entonces, aquí y allá,

algunas manchas negras tendidas en el suelo, muy próximas a mí y, mirando con atención, pude observar otras más lejanas, aún más distantes, hasta casi hacerse invisibles. Eran los moribundos y los muertos. Y, entonces, como si hubiera dado la señal de los lamentos, de toda la llanura me llegaban estertores, sollozos y suspiros...

Éramos, quizá, dos mil, los que esperábamos que vinieran a socorrernos o a enterrarnos. Una desesperación desmedida se apoderó de mí.

Pienso, señor, que hay que pasar por eso para atreverse a hablar de la miseria de este mundo. Esto, sin embargo, como verá, es solo el comienzo.

Los murmullos se apagaron. Cada moribundo, sin duda, había puesto en esta doliente invocación su supremo esfuerzo. Las tres cuartas partes, acaso, acababan de expirar y el inmenso silencio polar quedó restablecido.

¿Qué son, allí, en la orilla del bosque, esas sombras *puestas en pie*, esas sombras inquietas que se mueven silenciosas? ¿Cuántas tenebrosas figuras, a las que me pareció oír susurrar, se inclinaban unas sobre otras?

El bosquecillo seguía vomitando sombras, según veía a derecha e izquierda. De diez se pasó a treinta o cuarenta.

Estos seres se agachaban sobre los cuerpos tendidos, rompían los petates, rebuscaban en los bolsillos, estrangulando o aporreando a los que les imploraban. Gritos horribles se dejaban oír incapaces de atravesar este erial.

¡Oh, justo cielo! ¡Oh, Dios misericordioso! ¿Acaso estos lastimosos soldados se han desangrado de la mañana a la noche para terminar siendo la presa viva de estas arañas del Gólgota?

Una mujer se aproxima a mí. Presiento que será aún más feroz, si cabe, que sus compinches. Indefenso, helado de terror y encomendando mi alma al Invisible, cierro los ojos...

Súbitamente, estallan disparos y gritos de rabia. Una escuadra alemana surgió del bosque y disparó sobre los mero-deadores. La espantosa hembra graznó a mis pies su último suspiro.

Incorporado vi, a la luz, esta vez de una linterna, evaporarse a la siniestra congregación, furiosamente perseguida por los soldados.

- Por aquí es por donde más hay, dice una voz.

Creí que se refería a los fugitivos. Pero se trataba pura y simplemente de los difuntos, *es decir, de mí y de todos los demás, sin distinción*, a quienes el portador de la linterna debía enterrar lo antes posible. Era un simple campesino, acompañado de su mujer, armados ambos de picos y palas.

De inmediato, se ponen a cavar una amplia fosa. Créame si es que puede, pero no logré de esos dos sujetos el socorro de un monosílabo. No eran sin embargo mudos, ni sordos, ni forasteros, porque les oía hablar francés.

Estaban lisa y llanamente decididos a no contestar, cual dos obreros que trabajaran para un cliente quisquilloso, obstinados en negarme el derecho a estar vivo.

Cuando finalmente comprendí o creí comprender que estos fantasmas, aún más fúnebres que los anteriores, tenían la intención de echarme, vivo, a la fosa, les supliqué, les conjuré con lágrimas en los ojos por todo lo que podía quedar de sagrado o de temible para la peor canalla, para que no me condenaran a este inhumano suplicio.

Pero sin duda estaría desvariando, ¿no? Y ese desvarío, evidentemente, se exacerbó cuando observé, tras media hora de pavorosa tarea, recoger a su alrededor a los muertos o *heridos* más cercanos y echarlos juntos y revueltos en el osario, no sin haberles aligerado previamente de todas las pertenencias de valor que podían encontrar en esos indigentes.

Tal espectáculo, señor, lo veo todavía y lo veré ciertamente toda la vida. Supe, más tarde, que esos hechos inverosímiles se produjeron con mucha frecuencia, y yo mismo oí decir a un viejo campesino temeroso de Dios que esa fue la causa de los crudos inviernos y de la *significativa* esterilidad del suelo francés desde esos días ominosos.

Sin embargo, sería injusto acusar a las tropas alemanas, unánimemente implacables con los merodeadores, pero protectoras, sin saberlo, de los *sepultureros de vivos*.

Cuando llegó mi turno no debían haber más. Desconozco, por lo demás, qué pasó exactamente. Los sanitarios me recogieron al día siguiente. Me evacuaron a no sé qué hospital

donde me curaron la pierna, teniendo la fortuna de verme incluido en uno de los muy raros canjes que se produjeron. No volví a recuperar la razón sino hasta seis meses después, rodeado de los míos.

Pero recuerdo, con precisión infinita, haber visto a este hombre que me tomó, sin duda, en el último momento, por un auténtico cadáver, inclinándose sobre mí en actitud sospechosa, antes de partir. Puedo asegurarle que tengo sus rasgos, sus abominables rasgos, grabados, con cuajarones de negra sangre en el fondo de mi alma, y al ser imposible acusar en Francia a un rufián millonario y triunfador, tomo a los muertos por testigos de que me hallará, en la consumación de los tiempos, ante un Juez insobornable.

LA SALAMANDRA VAMPIRO

A Léon Chaux

Se cuenta que, a la muerte de Alarico, los godos lo lloraron como héroe de su nación y que siguiendo la costumbre de los bárbaros del norte, que ocultaban cuidadosamente los sepulcros de sus hombres insignes, desviaron, para sus exequias, el curso de un riachuelo cercano a Cosenza. Excavaron en su lecho una fosa que semejaba un pozo, depositaron en él el cadáver de su cuadillo junto con una gran cantidad de riquezas, sellaron el sepulcro y devolvieron las aguas a su curso natural. Para preservar el secreto degollaron a los prisioneros que fueron empleados en esa labor.

El instinto de la raza ha cambiado tan poco que, quince siglos después, hemos visto entre nosotros reproducirse escenas análogas, exentas, a decir verdad, de toda grandeza, pero extrañamente indicativas de la pesada puerilidad de este pueblo alemán al que ni la estaca de sus amos ni el parloteo de sus eruditos ha podido nunca doblegar.

Los esclavos de Prusia, mecánicamente disciplinados, trajeron a Francia, en las alforjas de sus alcuaciles, el más secular moho de sus orígenes.

¿Cuántas veces nos preguntamos sin poder responder cómo era posible que algunos ulanos, a todas luces muertos o heridos por nuestros tiradores y cuyos regueros de sangre seguíamos, pudieran permanecer en la cabalgadura y desaparecer sin dejar rastro?

Unos aventuraban que estaban amarrados; otros, que sus compañeros se los llevaban. Lo cierto y verdad es que estos salvajes gozaban del poder inexplicable de hurtarnos a sus muertos y heridos. Sus sillas, suponíamos, iban provistas de correas con la función de fijar al jinete; sin embargo, cuando el animal caía, el caballero al instante se veía libre. Recuerdo que a esas portentosas e intrincadas correas llegamos a denominarlas, durante un tiempo, como la cuestión prusiana.

Se ha dicho que quemaban a sus muertos. Nunca vi tal cosa y dudo mucho que en ningún momento de la contienda esas odiosas bestias que quemaban tan cabalmente a nuestros heridos y ancianos tuvieran la oportunidad o el medio de consagrarse, en carne propia, a prácticas tan teutónicas.

Pero, a menudo, cuando no podían trasladar a sus difuntos, los enterraban, bien es verdad, como a Alarico, con todo el secreto imaginable y con todo el misterio que daban de sí semejantes cerebros. Los escondían, por ejemplo, entre dos manzanos donde se excavaba un hueco, en la esperanza con frecuencia burlada de hallar, tiempo después, sus preciadas carroñas.

Los perros vagabundos sabían seguir su rastro a las mil maravillas y devorarlos, escarbando la tierra de sus poco profundas fosas.

Había entre los nuestros un hombre medio quemado al que habíamos bautizado con el sobrenombre irónico de la Salamandra.

No creo que me sea dado ver nunca un semblante tan espeluznante. Antes de encontrarlo ignoraba que la fisonomía de un ser vivo pudiera expresar tanto odio, tanta desesperación y distinguirse hasta tal punto de los rostros heridos de los que cayeron “en la parte más profunda del lago”.

Se contaba casi en susurros la historia de este infeliz cuya única salida fue enrolarse en el primer cuerpo de francotiradores con el que se topó, después de haber asistido a la violación y muerte de su mujer y su hija por una cincuentena de granujas alemanes instalados en su granja de Morsbronn, la misma tarde de la desoladora batalla de Froeschwiller.

A causa de un refinamiento muy propio de los prusianos, y que Bismarck hubiera aplaudido, lo habían amarrado a la pata de la cama, como castigo por el enorme crimen de haber faltado al respeto a uno de esos bellacos. ¡Y había podido vivir con eso en el corazón...!

Doce días más tarde, en Saint-Privat, combatió durante varias horas como un descosido y debió aportar su granito de arena al inmenso grito de dolor que se elevaba desde el fondo de Alemania, cuando vio correr el interminable reguero de sangre de sus caídos.

Alcanzado por una bala en los instantes previos al final de esa terrible jornada, lanzado al vuelo en la iglesia en la que se amontonaban los heridos franceses, fue su sino sobrevivir milagrosamente a la inaudita catástrofe que los historiadores militares han tenido miedo de contar y por la que un pueblo entero deberá responder el día en que venga la divina Justicia.

La precipitada retirada del Mariscal, que prohibió a las ambulancias la evacuación, dejó a trescientos o cuatrocientos infelices a merced de la clemencia del vencedor, los cuales fueron condenados a ser *quemados vivos* por el repulsivo cretino y bastardo Steinmetz, que deseaba vengarse en ellos y, con carácter previo, del real puntapié que infaliblemente le debía traer el estúpido desperdicio de sus propias tropas.

No sé si es más fácil representar o describir un horror semejante. Nuestra Salamandra, que reunía en sí a la víctima y al testigo al escapar por los pelos del horrible suplicio, interrumpía en ocasiones el hosco silencio de fraile en el que encerraba su alma para decir alguna cosa.

Pronunciaba entonces algunas palabras sumarias que ponían los pelos de punta, pero los estigmas que adornaban su cuerpo eran más elocuentes que su mismo silencio.

Había podido salvar los ojos, pero no los párpados, semejantes a dos clavos de metal oscuro hundidos en dos tumores sanguinolentos; la nariz, los ojos, las orejas habían desaparecido y las tres cuartas partes del rostro estaban ennegrecidas, calcinadas, como si una antorcha de lava ardiente hubiera pasado por él.

Hubo que amputarle tres dedos de la mano izquierda y su claudicación perpetua, dificultada por tics extraños, hacía pensar que el resto de su persona debió haber sufrido en carne propia la cruel familiaridad de las brasas.

- Me asaron en la grasa de unos pobres diablos, decía.

Pues el fuego había acabado por prender en esta masa de cuerpos humanos sobre la que caían maderos incandescentes...

¿La pavorosa llama fue avivada, como en Bazeilles, por algunos chorros de petróleo? Solo Dios lo sabe. Sin embargo, los alemanes conocían esta costumbre, constituyendo para sus ejércitos un oprobio indecible, una infamia nunca vista desde el Bajo Imperio, el que estos regimientos de Baden o de Baviera fueran provistos de bidones y de teas de petróleo para prender fuego a casas y construcciones...

Lección útil que no resultó de provecho para los festivos federados de 1871.

Sea como fuere, la infausta localidad de Saint-Privat fue saqueada sin especiales dificultades, durante toda la noche, a la luz del blanco resplandor de ese espantoso foco de dolor.

El Salamandra, apodado así porque pudo sustraerse a una agonía cuyo horror deja en mantillas a la imaginación, logró refugiarse en una especie de bodega en la que fue perseguido por el infierno bajo la forma atroz de líquidos hirvientes —aceite mineral o alquitrán humano, no se sabe— y en estas tinieblas del Hades, modeló su fantasmal rostro.

Por más lisiaduras que sufrió, no pasaron ni cuatro meses cuando este hombre, al que la muerte no quería ni regalado, se encontraba entre nosotros en calidad de voluntario. Valía, a fe mía, tanto como el mejor, sobre todo en las incursiones nocturnas, pues la aparición de su rostro demoníaco infundía a menudo un gran terror.

La única mano que le quedaba valía, creo, por varias y parecía multiplicarse. Impedido para realizar algunas maniobras con el fusil era, sin embargo, el primero de todos en morder y en golpear.

Entonces, su macabra faz se desplegaba en una suerte de risa que no era contagiosa del todo, respondo de ello, y gritaba histéricamente de voluptuosidad, como un enamorado.

Cuando acababa el combate su alegría cesaba y nada, absolutamente nada, podría dar una idea de la tristeza del desdichado, al que se oía llorar sordamente toda la santa noche. Surgía de él, como una flor negra, una sombría y tuberosa melancolía que nos sofocaba...

Muy bondadoso, siempre que no viera a los prusianos, espectro honrado y soldado excelente, ajeno a las murmuraciones, se aceptaba tanto por misericordia como por miedo la opresión moral y física que causaba su temible presencia. De hecho, nadie lo molestaba y pasaba las horas muertas, inmóvil, sentado en el suelo, con la frente inclinada sobre las rodillas pegadas y con la cabeza hundida en el hueco de sus brazos.

Uno de sus compatriotas explicaba que había sido un muy valiente burgués, labrador, amante de su mujer y su hija como

un bonzo fanático adora a sus ídolos, y que habiéndose convertido en un fantasma, conversaba amigablemente con sus fantasmas.

Me pregunté con frecuencia en qué podía consistir la vida, la patria, el mismo Dios, para una miseria tan profunda...

No supimos sino hasta muy tarde y en el último instante cuán espectral era, cuando descubrimos que nuestra Salamandra era, apasionadamente, un violador de sepulturas.

Sin otro alimento, en los últimos meses, que su odio por los alemanes, nada era capaz de saciar esta pasión única, ni siquiera el que murieran, hecho que prodigó cuanto pudo y que, en determinadas circunstancias, sabía hacerla saborear con parsimonia. ¡Su muerte! ¡Ah, sí! ¡Apenas le bastaba!

Hubiera querido poder dañarlos en su parte *imperecedera*, en lo que por convención llamamos su alma inmortal, siempre, claro está, que se nos permita presumir que semejantes bestias tienen alma.

Carente del poder sobrenatural de evocar ante su corazón de verdugo los fluidos espíritus de los difuntos se encarnizaba con los cadáveres, horriblemente persuadido de que el *Requiescant in pace* no era una fórmula vana y que cabía, de algún modo, afligir a los muertos profanando sus sepulturas.

En cualquier caso no faltaban oportunidades para intensificar el duelo de sus deudos.

Algunos de los testimonios recogidos tras la destrucción del vampiro, y los pormenores que podían adivinarse, bastaban para trastornar el entendimiento.

Se halló en él un puñado de papeles robados a los cadáveres y cartas escritas de su puño y letra que hubieran podido dastarse en el infierno. Tales cartas, redactadas en el estilo moderno de las esquelas mortuorias y que fueron quemadas entre temblores, informaban a las madres, a las viudas, a los hijos, amigos o novias de Alemania, de ciertos sacrílegos actos realizados en la oscuridad en los lamentables cuerpos, convenientemente exhumados, de sus difuntos, con el discernimiento diabólico de un aparecido.

Naturalmente, conocía la tradición gótica de las inhumaciones misteriosas de las que he hablado y su olfato era el de un chacal para desvalijar tesoros de esa clase.

Murió con su pecado, al inicio del armisticio, al carecer de objeto su existencia.

- ¿Para qué vivir?, se decía a sí mismo.

He aquí el meollo, tal como nos ha sido posible reconstruirlo por vía de inducción o deducción.

En un muy feroz combate librado en las inmediaciones de la desgraciada localidad de Bellême, en el Departamento de l'Orne, los prusianos, tras haber visto morir a uno de sus oficiales más jóvenes, muy querido por ellos, según parecía, intentaron enterrarlo clandestinamente, según su costumbre, en un comedero de madera, un *comedero de cerdos* que encontraron en el corral de un campesino.

Lo pusieron en ese extraño féretro, con el sable a un lado, tendiendo cerca de él, a ras de suelo —como un guardia de corps para la eternidad—, a un soldado raso muerto ese mismo día. El suelo había sido cuidadosamente apisonado sobre la doble tumba y el emplazamiento marcado con una enorme precisión.

Dos meses después, al día siguiente de la firma del armisticio, tres alemanes vinieron a visitar, antes del amanecer, el fúnebre lugar y encontraron, al lado de la fosa abierta, que despedía un hedor insoportable, a la Salamandra agachado sobre los dos cadáveres a los que la putrefacción, burlescamente, mutilaba...

Teterrima facies daemonum!... La aparición de este horripilante rostro en semejantes circunstancias, en semejante hora y en semejante lugar debió de ser terrible para esos bárbaros, hasta el punto de que el médico certificó que uno de los alemanes murió repentinamente a causa de un aneurisma. En cuanto a los otros, vertieron valerosamente toda la sangre que corría por sus venas y sus cuerpos reventados a base de golpes fueron separados con enorme dificultad del cadáver amorado del Salamandra Vampiro.

LA LIMOSNA DEL POBRE

A Henry de Groux

*En este momento, mi mujer duerme
en los brazos del teniente Morfeo.*

Bismarck a su hermana, 28 de junio de 1850.

¿Sigue en pie todavía la diminuta casa del tejedor belga de Donchery, la humilde vivienda taller, pintada de amarillo, en la que el desdichado Napoleón III, agónico de cuerpo y alma, debió sobrellevar, en la jornada siguiente a Sedan, la vejación y la imborrable afrenta de una entrevista con el sanguinario Tartufo de Pomerania?

He aquí la versión directa del último, registrada, el 3 de septiembre, en una carta privada dirigida a su sicambra esposa, a la que llamaba “caro corazón”, *Mein liebes Herz!*

Esta carta –interceptada por unos sacrílegos francotiradores que jamás obtendrán su perdón– fue inmediatamente publicada por varios diarios franceses. No teniendo a mano la traducción, ofrezco la mía, lo más literal posible, elaborada,

pido que se me crea, sin entusiasmo, pues Bismarck no es precisamente un escritor.

“... Ayer mañana, a las cinco, después de haber despachado una hora, con Moltke y el general francés sobre la capitulación definitiva, el general Reille al que yo conocía me despertó para decirme que Napoleón deseaba hablarme. Tomé el caballo y me dirigí, sin haberme aseado y *sin haberme desayunado*, a Sedan. Hallé al Emperador en un carruaje abierto, con tres ayudas de campo y otros tantos más a caballo en la carretera general de Sedan. Desmonté, y lo saludé con tanta cortesía como en las Tullerías y le pregunté cuáles eran sus órdenes. Deseaba ver al Rey. Le dije, haciendo honor a la verdad, que Su Majestad estaba acantonado a tres leguas de distancia, en el mismo lugar donde escribo en este momento. A su pregunta de dónde debía dirigirse, le ofrecí, al no conocer la comarca, permanecer en Donchery, en donde yo mismo estaba acantonado, en un lugarejo próximo a Sedan. Aceptó y se puso en camino con sus seis compatriotas, guiados por mí y por Carlos (Bismarck-Bohlen), que vino a reunirse conmigo en dirección a nuestro acantonamiento, en la solitaria mañana. (Literal). Cuando estábamos a punto de llegar, comenzó a agobiarse a causa de la muchedumbre que temía encontrar y me pidió si podía entrar en una vivienda taller aislada que se hallaba en el trayecto. La hice inspeccionar por Carlos, quien nos dijo que era sumamente miserable y desaseada. – ¡Da igual!, dijo Napoleón, y trepé con él por una angosta y frágil escala. En una pieza de diez pies de ancho por diez de largo, provista de una mesa de abeto y de dos sillas de anea, permanecimos sentados durante una hora, quedando los demás en pie. ¡Cuán diferente esta de la anterior entrevista, en el 57, en las Tullerías! Nuestra conversación era difícil, pues no deseaba abordar

asuntos que hubieran resultado penosos para alguien que había caído abatido por la poderosa mano de Dios. Etc.”

Al escribir la última frase, Bismarck engañaba a su “caro corazón”, como hubiera podido hacer un sacamuelas, pues el volumen de su correspondencia publicado en Berlín y en Leipzig, en 1892, y que está a disposición de cualquiera, contiene una carta a su augusto rey, escrita la víspera, inmediatamente después de la entrevista, en la que refiere una conversación en cuyo curso, muy al contrario, los asuntos más penosos fueron vigorosamente agitados y trillados.

Pero, ¿qué importa una impostura más o menos en la vida de este hipócrita homicida que acaso es tenido todavía por un número indeterminado de sus necios compatriotas como el alemán insigne —como Lesseps es el francés insigne?

Nadie, que yo sepa, ha podido decir o se ha atrevido a decir, hasta hoy, la verdad sobre esta entrevista sin par en la que se consumó —muy probablemente ignorándolo ambos—, uno de los mayores sucesos de la historia.

Me preocupa poco el relato que ofrece Bismarck en su informe oficial al rey, arriba citado. Considero que *es más seguro adivinar que ver*, y que tal o cual íntimo del Absoluto es infinitamente más digno de ser escuchado que los mismos actores o los testigos directos, cuando se trata de esclarecer —en honor a Dios— tan confundidoras peripecias.

Napoleón III, por lo demás, nunca habló y solo poseemos el testimonio del Canciller que se gloría a sí mismo de haber

mantenido, durante veinte años, la más horrible de las mentiras, para que parecieran exterminadas con justicia las trescientas o cuatrocientas mil personas víctimas de su ambición de ser flagelo divino.

Este testimonio, empero, no halló ni escépticos ni contradictores. La chocante rudeza de alma de Bismarck debió naturalmente dar crédito a su deposición y la plebe se mostró encantada con un individuo cuya misión parecía ser la de liberarla, de un modo tan prosaico, del lazo de la Belleza sublime y de las angustias de la Verdad profunda.

He aquí, pues, lo que yo propongo. Hemos, si cabe, de apartar por un instante las trolas y considerar, con una especie de sabiduría que nos hará parecer insensatos, que los episodios, incluso los más auténticos, no pueden ser *comprobados*; nos negaremos a creer que este Emperador derrocado que se encaminó hacia los abismos se contentó con intercambiar lisa y llanamente una fórmula contra un protocolo, nada por nada, como ha pretendido el Notario Mayor de la Calumnia.

Daremos por supuestos dos seres humanos, en vez de dos comparsas, y nos esforzaremos en imaginar qué pudo salir de sus almas en semejante momento, si sus almas inmortales hubiesen estallado.

Pero, antes, ¿qué puede pensarse del *tejedor*, de la ELECCIÓN de una tejeduría para una entrevista tan extraordinaria?

Pues si es cierto que no hay azar en absoluto, como desde hace seis mil años vienen gritando a los cuatro vientos todas las trompas de los clarines del cielo, es necesario de todo

punto que esta estancia hubiera sido elegida y estuviera predestinada para enterrar el secreto de la más inaudita Limosna que jamás se haya dado.

No me toca a mí, ciertamente, explicar las circunstancias del sitio. Pero si lo imagino me parece que sublimes colgaduras y milagrosos tapices en los que se representa la añeja gloria de Francia me rodearan y se desplegaran, cayendo desde las cornisas como tempestades de sonoros estremecimientos.

El Emperador, cautivo en adelante, ascendió por una suerte de escala al primer piso de este taller, tomado la víspera por un ejército de ochocientos mil hombres. Bismarck, naturalmente, le hacía los honores.

Napoleón III estaba tocado con un quepis rojo bordado en oro; llevaba una levita negra con forro rojo y capuchón, y pantalón. La víspera trató de hacerse ametrallar en la batalla. ¡Menudo alivio para su consorte española! Pero la metralla no se interesó por un todopoderoso destituido de todo poder, correspondiendo a Inglaterra, devoradora de su Linaje, la misión de deglutirlo, dos años más tarde.

Gastaba guantes blancos y fumaba un cigarrillo. Sus cortas piernas lo sostenían con dificultad y se dejó caer, rendido, en una de las dos sillas.

El desaliñado y desaseado prusiano le preguntó si tenía necesidad de algún auxilio.

- No, señor, contestó el Emperador, tome asiento, por favor.

Y, con un ademán lastimoso, le señala la otra silla.

Instantes de silencio. Un inglés, aun victorioso, aguardaría a que se le indicase que hablara. Pero, desde ahora, estamos en Prusia, país de patanes, y el ministro es locuaz por temperamento y por educación. No tarda en sentirse en la necesidad de mostrarse a un tiempo generoso y espiritual.

- Sire, dice al fin, atenuando su voz de cánula de pipa, estoy verdaderamente azorado por ver aquí a Vuestra Majestad. Es cierto que así es la guerra y que todo el mundo ha de sufrir sus inconvenientes. Si osara pensar que una anécdota exclusivamente personal tuviera el poder de aliviar su melancolía, diría con entera franqueza que, buscando un albergue en Gravelotte, la tarde de la terrible batalla, y tras llamar inútilmente a varias casas, acabé por dar con una puerta abierta. Pero cuando di varios pasos en el oscuro corredor, caí en una especie de fosa de lobos. Por suerte, no era profunda. Me percaté de que había en ella estiércol de caballo. Como primera cosa, me dije: ¡Toma!, ¿si me quedo aquí...? Pero el hedor hizo que descubriera que había otra cosa. Si la fosa hubiese tenido veinte pies de profundidad y estado llena, mis compatriotas habrían buscado al día siguiente vanamente a su ministro y creo que los franceses hubieran llevado por mí un ligero luto. Salí y me eché bajo las arcadas de la plaza. (*Histórico*).

Napoleón observa la jeta del prusiano. La clara insolencia de este apólogo se diría que lo saca de su abatimiento. Durante un minuto, se cree todavía en las Tullerías y replica lentamente, con una cortesía augusta:

- Es de una exquisitez extrema, señor Canciller. ¿Por qué, pues, dejó ese primitivo albergue? Siempre oí decir que debemos permanecer en el lugar que la Providencia nos asigna.

Bismarck, que ha venido sólo con el designio de engañar, tiene excelentes razones para no entender. Sin embargo, la chufra, formulada por un Príncipe derrocado, le ha desagradado.

Es el cabo quien se siente herido, el terrible palafrenero de la cuadra de los Autómatas. Quince días después, en Reims, uno de los parlamentos más notables pronunciados fue, según creo, éste:

“El Príncipe de Hohenzollern me ha dispuesto muy favorablemente al comunicar, *por el conducto reglamentario*, a su coronel su exaltación al trono de España.”

Al no ser necesario que este relato sea, documentalmente hablando, histórico, abrevio la dilatada conversación que el vencido Napoleón hubo de soportar, en esta mísera estancia en la que un Bismarck cada vez más áspero, lo fue preparando con crueldad para las exigencias de su bellaco rey.

Torturante cháchara que la historia no ha registrado en absoluto. ¿Qué pudo haberle respondido su víctima salvo que, ciertamente, nunca quiso la guerra?

Hoy que la trampa ha sido revelada por voluntad de quien la fraguó, resulta chocante pensar que este hombre sobre el que pesa la sangre de tantas personas y único que quiso esta inexplicable contienda, no haya dejado de acusar todo el tiempo a Francia de provocación y perfidia.

Mientras la sangre de los caídos anegaba los infestados caminos hasta el punto de hacerlos impracticables; mientras los prisioneros morían de hambre, cubiertos de impropiedades,

condenados a los trabajos más viles bajo la bota del más indecente pueblo del orbe, llevando la culpa y el castigo del Impostor glorificado; mientras París agonizaba de desesperación; mientras los alemanes estaban a un paso de la ciudad intangible, en Versalles, un horrible guasón se divertía de lo lindo, se atracaba a comer y se despechugaba delante de sus fámulos, explicándoles la *duplicidad de los galos*.

Nada prevaleció contra esa mentira y me pregunto qué abismal peregrino se necesitaría para imaginar tan solo al parlurdo Perjuro instalado en las tinieblas de su conciencia frente a frente con su Secreto.

Pero es probable que el moribundo Emperador, ignorando lo que hoy es de dominio publico, penetrara un tanto en su adversario en esta entrevista cuyo misterio aún perdura.

Llego ya al punto esencial y son ahora las almas las que toman la palabra.

- Os son precisas garantías materiales, dice el Cautivo levantándose trabajosamente, es decir, si me permito entender, os es precisa una cesión territorial. Me ha dicho –creo haberlo escuchado– que el honor de Francia no puede mostrarse más puntilloso que el honor de otros pueblos. Y en eso, señor conde, os equivocáis extrañamente. El honor de Francia no es comparable con el honor de ninguna otra nación; es un honor de todo punto exclusivo, del que no tiene ni la más mínima idea.

Su llamado Territorio es un legado asaz valioso que no debe ser enajenado. Desposeída de alguna de sus provincias,

la hermosa Francia parecería, en todos los mapas, una horripilante estatua amputada...

Mi hermano Guillermo mantiene la pretensión de que viene a castigarnos por mandato divino y vos mismo me habéis hecho creer con generosidad que esa es también su idea. Basta recordar a Atila para no haberme atrevido nunca a asumir semejante misión.

Os complacéis también en llamar a París Babilonia. ¡Cadauca retórica! ¿No teméis, conde, que un día le sean demandados tan vanos propósitos? Se afirma que ser violentamente anticlerical no beneficia a nadie y mi desdichada dinastía es un ejemplo. Estoy convencido de que ser ferozmente antifranqués es igual de peligroso y por las mismas sobrenaturales razones, a cuya meditación atenta le exhorto...

No tenéis, después de todo, más que a cien mil hombres y a un Emperador. ¡Tened cuidado!, este país puede convertirse en una hoguera y puede llegar el día en que lamentéis haber echado leña al fuego.

- Procuraremos, dice Bismarck, no avivarla. Contamos también, ¿a qué ocultarlo?, con el estupor de Francia entera, cuando se vea derrotada y descabezada.

- ¡Su cabeza! Hace mucho que su cabeza fue tronchada. *¡Soy una alma en pena!*, respondió el último de los Napoleones, apoyándose con ambas manos en la mesa, mientras se intensificaba su palidez y su semblante se agarrotaba dolorosamente.

... Piden demasiado, señores de Alemania, agregó con una voz desprovista de timbre, que parecía venir de muy lejos y que turbó a la Mentira personificada... ¡Eh!, bien, voy más lejos. Va a recibir de mí lo que no osaría pedir a su Dios... Reducido a la pobreza y a la humillación entre los pobres y los humillados, aparto de mi abrumada frente esta Corona imperial que el Jefe de mi Casa recogió de entre los huesos de Carlomagno, y la ciño sobre la testa de su victorioso monarca, a fin de que Europa, mañana por la mañana o por la tarde, no sea sometida al vértigo, perdiendo para siempre la misteriosa cuenta de sus Emperadores...

Recuerde únicamente que se trata de una LIMOSNA y que solamente yo, entre todos los seres humanos, puedo darla. Es la limosna al obrero de la oncenena hora, a la Prusia advenediza que seguía adorando a ídolos cuando todo el Occidente cristiano llevaba combatiendo siglos.

Agónico y derrotado depositario de este Signo de dominación, lo cedo gustosamente a quien ha sido señalado para sustituirme. Si mi Linaje no resulta proscrito y mi hijo único me sucede un día, él sabrá recuperarla con la ayuda de Dios...

La altura de este Pobre extraordinario pareció agigantarse desmesuradamente hasta taladrar el techo de esta aciaga estancia cuyas paredes nunca habían oído palabras semejantes.

Bismarck enmudeció por completo, ensimismado y acaso en una actitud auténticamente respetuosa por primera vez en su vida.

Como si se despertase de una pesadilla, Napoleón se pasó varias veces la mano por la frente, tomó un cigarrillo de su pitillera de oro, lo encendió tranquilamente y, mirando con extremada dulzura al Canciller del futuro Imperio de Alemania, se rebajó a sentarse a su lado, sobre un banco situado en el exterior de la casa, cerca de un florido huerto de patatas, sobre el cual una alegre alondra concluía su canción de las Galias.

A TERRIBLE NIGHT

*A la señorita Jeanne B.
Homenaje de la más respetuosa compasión.*

La pobre anciana hubiera querido poder dormirse, tal como le había aconsejado su hijo, por la mañana, cuando salió para ir al combate.

¡Cosa fácil de decir! Pero cuando se tienen setenta años bien cumplidos, cuando el corazón estalla de desdicha y cuando la angustia te roe en un lecho de parálitica, se necesitaría una bendición singular de Dios para alcanzar un poco de paz.

Y vaya si habían combatido; todo el día, casi a ojos vista, a dos o tres kilómetros como mucho. Durante diez horas, había oído el cañón, las descargas de fusil, los alaridos de los heridos que traían a la vecindad. Había incluso percibido a lo lejos, por encima de los viejos álamos de la carretera, una enorme nube de humo que solo se disipó a impulsos del viento vespertino.

En el alboroto espantoso de esas horas interminables había atronado sus oídos sobre todo el cañón, el ominoso cañón que tan eficazmente mata a los hijos de las desgraciadas madres.

Nunca antes, salvo con ocasión de algún gran festejo público, lo había oído. Pero sabía muy bien qué era y desde la mañana creía que toda esa metralla penetraba en su cuerpo, en su miserable cuerpo incapaz de llevarla a socorrer a las víctimas.

Su hijo, su apuesto y robusto hijo, este hombre aguerrido que hubiera podido permanecer a su lado, en casa, como tantos otros que se burlaban de la patria, ¿dónde estaba ahora?

Sus quehaceres le eximían de cualquier servicio militar. Pero cuando supo, el valiente, que los prusianos llegaban en masa para arrasar su tierra y cuando vio que las tropas francesas se aprestaban para la batalla, nada pudo detenerlo; ni siquiera una anciana madre clavada en el lecho hubiera logrado apartarlo de su deber. A ella le recordaba demasiado a su padre, un valeroso soldado del primer Imperio.

Descolgó su escopeta de caza y fue a presentarse como voluntario. Pero, con todo, era muy penoso no verlo regresar, no tener la más mínima noticia y asistir al inicio de una gélida madrugada que iba a encarnizarse con crueldad extrema con los pobres heridos, caídos por esos andurriales, a los que ningún cristiano prestaría socorro.

- ¡Por los clavos de Cristo! Virgen del llanto eterno, ¿podría ser que mi hijo se contara entre ellos? La desdichada anciana sollozaba en las tinieblas.

También ella era una desamparada. La muchachita que la cuidaba de ordinario no había aparecido desde el mediodía y este era otro factor añadido de angustia.

Seguramente, le habría ocurrido alguna desgracia. Intrépida y valerosa como era, debió de querer ayudar a alguna víctima y debió de recibir un tiro, pues, como es bien sabido, los alemanes no se recatan en disparar a mujeres.

La mujer permaneció sola toda la noche, sin una alma que se compadeciera de ella. Desde hacía horas el hogar se había apagado por completo. Un negro frío entraba por doquier y todo era necesidad.

Los vecinos parecían haber muerto. Ni una luz, ni un movimiento humano en el pueblo. Un silencio sepulcral en la oscuridad...

Trató de convencerse a sí misma, de persuadirse de que su André no podía estar muerto, ni tampoco herido y que todos los males estaban solo en su imaginación, pero no lo lograba. La inquietud, los presentimientos fúnebres persistían aprovechándose de su postración. La angustia se hizo espantosa.

¡Ah, si sus lastimosas piernas, inertes desde hacía dos años, pudieran mantenerla todavía en pie, tan solo por una hora, cómo se hubiera echado gustosa a la calle para buscar a su hijo, a su muchacho querido que ella, esa misma mañana, había tan piadosamente bendecido, cuando se vio obligado a partir!

Si sufriera algún daño ella sabría dar con él, con su niño querido. Recobraría toda su fuerza de antaño para llevarlo en brazos, como cuando tenía veinte meses y balbuceaba las primeras palabras.

Nunca en la vida le había dado ni un disgusto. Era una persona amable que vivía en paz con todos. Sin embargo, la vida le había tratado mal. Traicionado y abandonado por su mujer, que huyó después de algunos meses de matrimonio, él no se abandonó a sí mismo. Tuvo fuerzas bastantes para preservar su noble corazón, consagrándose a su madre y viviendo, con gran sencillez, de sus modestas labores sin ningún deseo de hacer mal a nadie.

Pero ahora, Dios mío, si podía moverse, ¿por qué no regresaba?

Agotada de hambre y de aflicción, había caído en ese alejamiento lúcido y cruel de las personas muy mayores que aspiran a morir de dolor. Su cabeza, visible cual una mancha pálida en medio de las tinieblas, oscilaba con regularidad, sacudida por un hipido que se parecía al de la agonía.

Una viva claridad le hizo abrir los ojos. Era uno de esos cohetes luminosos multicolores que empleaban los prusianos tan a menudo para transmitir, en plena noche, determinadas órdenes a los diferentes cuerpos bajo el mando de un mismo general.

A este cohete siguieron naturalmente otros muchos y, durante algunos minutos, la turbada moribunda, cuyo cerebro comenzaba a desbarrar, pudo creerse en una de esas fiestas imperiales de tiempos pasados que habían dejado honda impresión en su imaginación de mujer sencilla. Los fuegos artificiales iban sin duda a sonar, no se harían esperar.

Es conocido el aguzado ingenio de las señales luminosas utilizadas por el ejército alemán. Los cohetes no bastaban. El enemigo se servía también de puntos luminosos aplicados en virtud de un sistema sumamente simple. Por medio de pantallas que ora opacaban ora dejaban atravesar la luz, producía eclipses más o menos prolongados. El primer obturador, por ejemplo, ocultaba una lente blanca y el segundo una lente roja. Los colores proyectados y la duración de la emisión eran suficientes para articular una especie de alfabeto análogo al empleado en la telegrafía eléctrica.

En circunstancias normales la comunicación se establecía mediante reflectores que aparecían y desaparecían en la lejanía, auténticos fuegos fatuos en los linderos del bosque o en las crestas de las colinas.

Recuerdo incluso que, a veces, al andar, nuestros pasos producían destellos a causa del fósforo que habían extendido adrede por la carretera.

A luz del día nos dimos cuenta de que con bastante frecuencia los centinelas se comunicaban entre sí mediante movimientos ejecutados con el fusil y de que los vigías, a pesar de estar apostados a gran distancia unos de otros, se aperciaban todos, al mismo tiempo, de que se cernía un peligro inminente. En esos casos era el caballo el que *hablaba*, dando vueltas a derecha e izquierda, presentándose de frente, caracoleando, o doblando el corvejón. Cada una de sus evoluciones poseía un sentido particular.

Tuvimos finalmente pruebas de que los paisanos fueron a menudo cómplices del enemigo. El molinero, por ejemplo, ha-

ciendo girar las aspas de su molino de una determinada manera; el leñador, colocando en la orilla de la carretera un número determinado de haces de leña o practicando un corte en cierto árbol, etc.

Pero este sistema de comunicación *abierto* presentaba inconvenientes. Se dio el caso de francotiradores avisados que lograron descifrarla, volviéndola contra sus artífices. Puedo citar, precisamente, el caso de un molinero de Eure-et-Loir que fue obligado por la amenaza de estos patata negra a comunicar a los prusianos un falso aviso que les costó terriblemente caro.

No cuesta imaginar lo que tales maniobras, sobre todo en la noche, pueden imprimir de fantasía en esta guerra suficientemente atroz de suyo y el desmedido pavor que acometió a la desdichada anciana, afligida durante horas por las más amarga desolación.

- ¡André!, gritó, mi pequeñín, cariño mío, ¿eres tú? Te han herido, ¿verdad?, esos malditos. Haz un último esfuerzo, te lo ruego. Ven a encontrarte con tu infeliz madre que no puede traerte ni ir por ti. Ven, hijo bendito, te cuidaré como pueda. Te daré todo el calor de mi cuerpo gastado...

Un nuevo lamento más desesperado, más profundo si cabe que el primero, fue la respuesta. Sin duda, el ser humano que lo profería agonizaba.

Esta madre dolorosa, que reconoció inmediatamente a su hijo, se retorció las manos, a punto de estallar de desesperación.

- ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿es esto posible? ¿Permitirás que mi hijo muera justo a mi lado, sin que pueda siquiera darle un último beso, mientras espero que me lleves a mí? ¡Oh!, no, ¿verdad que no? Sería pedir demasiado a tus criaturas. Espera, cariño, no te mueras aún. Tu madre irá por ti...

Y la desgraciada, tan inerte de medio cuerpo para abajo como las momias milenarias, se puso a reptar en su lecho, arrastrando la mitad de su cadáver gracias al esfuerzo sobrehumano de sus brazos.

Minutos más tarde caía cuan larga era, sobre el entarimado. Pero no le fue concedido añadir a su trecho ni la distancia de un paso de tortuga. Las larvas inclementes de las noches polares fueron los únicos testigos de esta doble agonía.

UNA FRANCO TIRADORA

A Maurice Leblanc

Esta aventura, bien lo sé, es poco verosímil. ¿Pero, qué puedo hacer? La guerra francoalemana es en sí misma un caos de inverosimilitudes. Más adelante lo sabremos, cuando ciertos labios que se nos antojaban de hierro o de bronce sean completamente despegados por la muerte.

Hay unos, en los que aún late la vida, cuyo testimonio o confesión, incluso entre susurros, levantaría las lápidas de los sepulcros y haría saltar los adoquines de los caminos todos de Francia.

La Confesión de Bismarck, con la que se aterrorizó al mundo hace seis meses, no es más que el pródromo de otras confesiones que no aguardarán quizás al fin del siglo... Podrían nombrarse sin dificultad una cuarentena de sujetos que deben leer con ojos particulares las leyendas actuales de esta guerra única en su género, *cuyo vigor fue ocultado*.

Supongo que algunos de esos personajes que podríamos obligar a hablar calzándolos con borceguíes candentes dejaron, por lo menos, un puñado de documentos auténticos, cuyo puesto viene señalado por adelantado en la historia de los asombros humanos.

La guerra de 1870 ha sido quizás la única en que *todos* sin excepción, *ambos bandos a la vez*, cometieron todos los crímenes.

No podemos permitirnos ignorar hoy que, hasta el final, los alemanes quedaron tan atónitos por sus victorias como los franceses consternados por sus derrotas. Pero después de Sedan, incluso después de Metz y hasta la decisiva batalla de Mans, Alemania tembló, Alemania tuvo miedo de sentirse en medio de una nación tan superior de donde podía surgir de repente UN HOMBRE.

Mientras previeron la aparición de un ejército del otro lado del Loira, hasta los más audaces y astutos de los mandos alemanes, se creían en peligro, *a pesar de todo*, y estaban listos en todo momento para picar precipitadamente espuelas a sus triunfantes caballerías.

¡Ah, si eso que llamamos estúpidamente la Fortuna hubiera querido hacer surgir entonces uno de esos “pequeños galos”—en palabras del Canciller—, invisible a plena luz a fuerza de insignificancia, pero cuya alma está afiliada al trueno, y que, en ocasiones, la tempestad toca repentinamente con una crin de fuego, qué sublime cacería la de ochocientos mil enloquecidos vencedores!

El pánico inmenso, como un ciclón llegado del profundo Mediodía, que congregara en derredor de París la Invasión,

habría de pronto lanzado el Olimpo de Versalles sobre Mantuffel, Federico-Carlos sobre Werder, Mecklembourg sobre Falkenstein y Von der Thann sobre su alteza real de Sajonia, en una trastrueque infinito.

¡Insólita inversión del desastre francés, que habría hecho estallar de admiración al mundo! Pero hubiera sido necesario que los bárbaros, al menos durante un minuto, se apercibieran del *Alma de Francia*, cosa que Dios no quiso porque la hora todavía no había llegado, porque se trata de una alma asaz valiosa de la que está celoso y porque en el Sagrado Libro se aconseja no echar las perlas a los puercos⁶.

En consecuencia, todo el mundo cometió incomparables estupideces. Los generales franceses dejaron escapar todas las ocasiones, que se renovaban incesantemente, de conseguir la victoria y el mando alemán no dejó escapar ninguna para deshonrar inmortalmente a su patria.

Pero unos y otros parecieron siempre disimular con sumo cuidado los arranques propios del delirio de vencedores o del vértigo de los vencidos, hasta el punto de que se estaría tentado de suponer la más increíble colusión y de que esta historia parezca completamente indiscifrable, cuando se intenta examinarla en su total hondura.

Era, pues, inevitable que un desconcierto tan sobrenatural de las prácticas exteriores de la Providencia tuviera por corolario la universal dislocación de las costumbres o de las convenciones triviales, por lo que no se nos hubiera ocurrido extrañarnos de que entre nosotros hubiera una mujer con el uniforme de francotirador.

⁶ Mateo 7, 6. (*N. del T.*)

Hubiera resultado peligroso faltarle el respeto. Alguno lo había intentado al principio, pero el susodicho había recibido tal sobatina que hubo inmediatamente que recomponerlo.

Era una enorme y robusta muchacha campesina superior a muchos hombres por su vigor. No era guapa, por cierto, pero sí muy expresiva y grata a la vista.

Sin las carnes propias de su sexo el atuendo masculino le sentaba a las mil maravillas y los despistados y los miopes la tomaban a menudo por un auténtico recluta.

Huelga decir que su nombre no figuraba en ningún registro, que no había respondido a ninguna convocatoria de alistamiento y que estaba totalmente dispensada de servicio. Pero se la tenía por un soldado más, por un soldado orgulloso, que respondía al nombre de Jacques Maillard, que no era otro que el de su novio, embadurnado de petróleo y quemado vivo en su casa de Lailly, localidad cercana a Beaugency, de la que los bávaros no habían dejado más que ruinas calcinadas.

Historia de las más sencillas. Sucedió que un día, mientras dábamos caza a unos ulanos, un disparo procedente de una espesura, a unos cien pasos de distancia, había abatido a uno de los fugitivos al que sus camaradas, agrupados muy cerca, se habían visto obligados, en contra de su costumbre, a abandonar medio muerto.

De pronto, vimos salir del bosquecillo a un lugareño armado con un fusil que avanzó hacia nosotros.

- Mis respetos, valiente, le dijo el comandante, ha sido un disparo soberbio. ¿Cómo te llamas?

- Jacques Maillard.

- ¿Eres de la comarca?

- Justamente de aquí, no, oficial. Soy de Lailly, cantón de Beaugency.

- ¿Lailly? ¿No es ese el pueblo que han quemado esos bandidos? Lo vimos no hace muchos días. ¡Pobre muchacho!

Al decir esa última palabra, algo oscuro había cruzado por el rostro del desconocido, al mismo tiempo que de las profundidades de su garganta ascendía un hipido semejante a un sollozo en ciernes.

- ¿Qué haces por aquí?, agregó el comandante.

- Doy caza a prusianos, como usted.

- ¡Eres un francotirador!

- Sí, señor, desde hace un mes.

- ¡Estupendo! ¿Cuál es tu compañía?

- La suya, si desea alistarme.

- Pero, comandante, dijo un oficial atento al interrogatorio, ¿no ve que este individuo es una mujer?

Fue necesaria una explicación y he aquí los detalles que el viejo comandante había retenido especialmente.

La muchacha, en vísperas de casarse, vivía ya en la casa de su prometido cuando un día llegaron inopinadamente los prus-

sianos. Uno de ellos, un teniente de húsares, excitado sin duda por la cabalgada matinal, encontrándola sola, intentó inmediatamente violarla.

Por desgracia, se las vio con una muchacha de las más enérgicas, y es más que probable que la innoble lucha hubiera podido terminar con un agresor malparado si la aparición de Jacques, que acudió al oír los gritos, no hubiera decidido al prusiano a retirarse a reculones, los ojos fuera de las órbitas y protegido por la punta de su sable.

El infortunado protector, plenamente consciente de que la violencia directa hubiera atraído inmediatamente el rayo contra su amiga y contra el pueblo entero, logró contenerse todo el día. Pero, a la mañana siguiente, se encontró, en un lugar apartado, el cadáver cosido a puñaladas del teniente.

Ni que decir tiene, los enamorados desaparecieron.

Vivieron cerca de tres semanas en el bosque, llevando la terrible existencia de los proscritos, de los furtivos al acecho del hombre.

Jacques, furibundo en adelante, consiguió abatir a dos o tres centinelas, llegando a regalar incluso un excelente fusil prusiano a su compañera, que no le iba a la zaga en puntería.

Una imprudencia enorme lo puso a merced de una media docena de soldados de caballería que lo llevaron a Lailly, el mismo día en que habían decidido prender fuego a su malhadado pueblo. Convicto del asesinato del teniente se le dio la muerte más espantosa posible.

La muchacha, lejos de él en el momento en que fue sorprendido, por lo que no pudo prestarle auxilio, resolvió sobrevivirle y, sintiéndose con un corazón viril, invocando, tomando para sí el alma entera del difunto, concibió y ejecutó el designio de enrolarse en el primer grupo de voluntarios que consintiera en incorporarla.

Durante dos meses, los dos largos meses finales, asistimos al más asombroso y simple de los espectáculos.

La muchacha —que se había rapado la cabeza, no teniendo ningún otro medio para manifestar su duelo; que parecía haber olvidado su sexo y en la que todo, hasta la voz, se había tornado viril— se comportó durante todo el tiempo que duró la guerra con un sereno valor en el que no hizo mella ningún sufrimiento interior o exterior.

Los que la conocieron no recuerdan haberla visto sonreír. No aceptaba entablar conversación con nadie, y pasaban incluso días enteros sin que abriera la boca. Pero no se mostraba severa con ninguno de nosotros y su instinto femenino era tan acusado que hacía gala de una incomparable solicitud por nuestros heridos. Salvó, por los menos, a una docena, que aún viven.

Esta criatura debía de tener el alma macerada por el amor o la desesperación pues de lo contrario no se entiende de dónde le venía la fuerza para salir siempre indemne.

Nunca una crisis, nunca una queja, nunca una lágrima, nunca un suspiro.

Cuando era preciso combatir, luchaba con nosotros, mejor que nosotros, con el mismo aire sereno, con una indestituíble inocencia —como si hubiera cometido una infamia horrible, pero necesaria, que no estaba en su mano rehusar.

En absoluto era una amazona. La retórica más pertinaz no pudo ver en ella un solo rasgo de ángel exterminador. Es algo más sencillo y harto más sublime.

No creo que pueda olvidar nunca el terrible momento en que, sorprendidos en medio de una batalla, nos vimos en tal apretura con la mitad de un regimiento sajón, en un desfiladero tan angosto, que resultaba imposible hacer uso de las armas, de realizar siquiera un movimiento; alemanes y franceses nos contemplábamos cara a cara, sin poder combatir, lo que no dejaba de ser una situación desconcertante e inusualmente trágica.

Veía a la infeliz muchacha en medio, con expresión inalterada, observando maquinalmente a un enorme campesino de Turingia, de barba pelirroja, que tenía justo enfrente y a quien hubiera podido morder en la cara, de tan próximo, y creí ver en sus hermosos ojos serenos una especie de doliente piedad ante tantos miserables.

Pero hablo de lo que dura un relámpago. Habiendo tenido yo mismo que vérmelas y deseármelas para desembarazarme en un momento tan comprometido, lo que siguió se me escapó y no volví a ver a nuestra voluntaria hasta varios días después, en la cloaca de lodo nivoso en la que chapoteaban sesenta mil hombres en desbandada.

Apoyada la mano derecha en su fusil sostenía con la izquierda a un diminuto y vivaz bretón que sin su ayuda, evidentemente, hubiera acabado siendo pisoteado. Siempre la misma expresión de ave triste y dulce a la que hubieran cortado las alas...

Y así fue hasta el final.

Cuando llegó la hora del licenciamiento, retomó tranquilamente las ropas de mujer y partió, a la buena de Dios, sin habernos dicho su nombre, saludándonos con dulzura.

VANOS ESPECTROS

A René Ponsard

Se diría que la misma muerte sentía repugnancia por esos pobres diablos que desconfiaban de ver terminadas sus agonías. Cuando se es rabiosamente joven, el oficio de espectro es, a la larga, insostenible, sobre todo si no han sido adiestrados previamente en la pesadilla y la educación de esta masa de estudiantes, arrancados de sus familias, dejaba, a este respecto, mucho que desear.

Eran, sin embargo, la flor y nata de la sociedad francesa de su tiempo y habían cumplido, generosamente, con lo que consideraban era su deber. Algunos dejaron la vida, a pesar del gran apego que tenían por ella. Otros volvían cojos, rendidos, perdidos sin remisión, perennemente convalecientes. Pero la mayoría de los supervivientes traían un alma infinitamente hastiada que engendraría una generación subsiguiente ayuna de todo entusiasmo.

Dudo mucho de que los ciclistas o los tresillistas actuales se lanzasen a vivir tan de buen grado como sus padres las pe-

ligrosas aventuras, las locuras, a veces heroicas, que la guerra francoalemana ofreció. Fue el *gesto* supremo y último, lo digo bien alto, de una Francia exhausta, a un paso de la muerte.

Venían de lejos los valerosos muchachos a los que vi sufrir y luchar en ese crudo invierno. Me refiero a un cuerpo especial reclutado especialmente en el Mediodía. Lo componían tolosanos, marseleses, perigordinos y vascos, retoños de la vieja burguesía provincial y tradicional, exquisitamente educados, por tanto, y que parecían, en general, mucho más fuertes que los demás soldados improvisados de los departamentos centrales o norteños.

El gran Capitán que hubiera podido sacar provecho de esta fuerza no se presentó nunca y los infelices, saturados, en su tierna infancia, de *Victorias y Conquistas*, se vieron forzados a resignarse a la continua derrota en la propia patria. Aquellos que no eran de hierro, hallaron esto de una dureza terrible.

Un domingo por la tarde, 4 de diciembre —esta fecha no podrá ser olvidada nunca— tuvieron que asimilar la noticia de que el ejército francés, con cuyo apoyo creían contar, había vuelto a atravesar el Loira, de que los prusianos marchaban sobre Orleáns y de que estaban absolutamente solos en medio del bosque.

Era preciso, pues, dar la espalda a París, que debería apañárselas como pudiera, licuarse para pasar deslizándose entre las líneas enemigas y caminar treinta horas, con un frío polar capaz de cristalizar la baba del Gran-Duque de Mecklembourg. Primera etapa de veintisiete leguas.

La cacería había durado ocho días con sus noches, durante las cuales hubo que acostumbrarse al insomnio y al hambre. Llegados, en fin, en estado calamitoso a Châteauroux, después de muchos rodeos, idas y venidas que podían equivaler a buena parte de la distancia que nos separa de la Luna, pareció necesario a ciertos personajes eminentísimos y exquisitos hacinar a este lastimoso ganado en trenes catalépticos cuya lentitud hubiera exasperado a un cochero de pompas fúnebres.

Châteauroux, Saint-Sulpice-Laurière, Poitiers, Niort, Angers y Le Mans, ese había sido el itinerario de un trayecto de setenta y dos horas en furgones, en coches malditos con todos los cristales rotos, con una temperatura de entre 18 y 23 grados bajo cero.

Inmediatamente después de este intento de petrificación de los defensores de la patria, se reanudaron los paseos militares a través del Departamento del Sarthe. Escaramuzas ridículas, multiplicados reconocimientos de no se sabía qué, noches de imaginaria, cielos inclementes, hambre atroz y la certidumbre previa de que, de aquí en adelante, todo resultaría perfectamente inútil. ¿Cuánto tiempo más? ¡Oh, Señor!

Se dieron casos de locura de atar. A fuerza de entregar la vida en dosis, en la esperanza siempre burlada de hallar una ocasión de morir honorablemente de una vez por todas, algunos llegaron a convencerse de que sus compañeros de agonía eran prusianos. Dos o tres hombres fueron gravemente heridos por estos lastimosos orates a los que hubo que encerrar; espantoso delirio que, por un instante, pareció *contagioso*.

Se desataron tempestades, ciclones de desesperación que lo dislocaron todo. ¡Hubo hasta suicidios!

Habían sido inducidos a error de tal manera por hombres y cosas, estaban tan rendidos, padecían tanto por el frío constante y el hambre perenne que el sentido de la realidad acabó por desaparecer.

De vez en cuando, es cierto, se tenía la impresión de una calma en medio del diluvio, todo el mundo buscaba a todo el mundo, y los desaparecidos pedían a los aislados información sobre el paradero de los inencontrables...

Tres meses de semejante existencia bastaron para convertir a esta juventud, templada en el sacrificio, en una ringlera de tardígrados fantasmas a los que se hacía pasar por exploradores y cuya presencia en todos los caminos llenaba de inquietud a los campesinos.

Arrastrados por todas las corrientes de la catástrofe, llevados de aquí para allá por el oleaje que sacudía los campos de batalla, sin lograr ni una sola vez verse alineados, parecían difuntos en peregrinación a los que costaba dar con sus sepulcros.

Habían perdido la cuenta de los espectáculos de esta clase de los que habían sido ávidos testigos y, cuando la menor esperanza de vencer desapareció, se resignaron a sufrir como vacas sin caporal ni cencerro.

Pero antes habían rugido y sollozado contra el monstruoso papel de ser comparsas de las inmolaciones que les habían asignado. Uno de esos días no pudieron dejar de presenciar el exterminio completo de una compañía de infantería de marina abandonada en un punto estratégico donde el general en jefe

debió haber concentrado sus mejores fuerzas. Vieron a sesenta hombres plantar cara a sesenta cañones y a diez mil bávaros, durante tres horas y media, entonando canciones marineras.

Ante sus ojos, los sesenta hombres fueron cayendo hasta el último, que era precisamente su capitán, y estos jóvenes, ahítos de admiración e ignominia, estuvieron en un tris de matar a su comandante, quien también lloraba por verse obligado a contenerlos.

Recordaban también –y esto guardaba semejanza con esas historias de fuegos y vientos divinos que se leían en las Escrituras–, recordaban haber visto pasar, en Beaune-la-Rolande, a un coracero que a pesar de haber sido decapitado por el cañón al intentar cargar proseguía durante un instante su acometida contra lo invisible, el sable en todo momento empuñado y el cuerpo llevado a galope tendido por su caballo, mientras la tronchada cabeza rodaba a sus cascos...

Varios habían conservado esta visión apocalíptica como una estampilla de la demencia.

¡Ah, habían visto a los prusianos de cerca! Habían, valga la expresión, acampado bajo el árbol letal que ofrecía esos sabrosos frutos, con la prohibición eterna de tocarlos.

No les fue siquiera concedido luchar contra ese funesto Tercio Rojo, cuya captura decidió la suerte de la guerra y que fue confiado, por una ceguera sobrenatural, a los asfixiados soldados del campo de Conlie.

Recibieron, según era usual, la orden de replegarse en el momento justo en el que su intervención hubiera sido útil, después de un letal plantón de doce horas en la nieve, prietas las filas.

Se había prohibido prender fuego, encender siquiera un cigarrillo, disparar un solo tiro. Llegó el día, el día terrible del 11 de enero en el que los alemanes se hicieron visibles a sesenta metros, inmóviles, silenciosos, gélidos ellos mismos con la consigna de no atacar todavía.

Las tropas de asalto, a las que quedaban acaso unos instantes de vida, estallaron entonces en una salva de risas dolorosas y sollozos y se batieron, como niños, a golpes de bolas de nieve...

Francia había sido vencida del todo, pero la sumisión no era completa, y los vanos espectros iban y venían, sin descanso, en una alucinación de locura y dolor.

Tuvieron que errar aún dos semanas, helados, hambrientos, somnolientos, desesperados de sufrir tan atrocemente.

Formaba parte de esta tropa un desgraciado muchacho, un seminarista de veinte años, que se había enrolado como voluntario con trescientos cirios en el corazón. Había soñado con encarnar a Judas Macabeo y sus camaradas le aseguraron que él sería *macabeo* no tardando mucho, cosa que ocurrió efectivamente.

Su campaña militar constituyó la más cruel decepción y me despreciaría si olvidase su muerte.

De constitución débil, como la mayoría de los muchachos trabajados por el heroísmo, las insólitas penas de las que fue víctima lo minaron antes que a los demás. Movía a piedad verlo caminar como un sonámbulo, rodando en la nieve, cada cien pasos, con su fusil, despertándose como consecuencia de la caída y levantándose entre estertores escupiendo una invocación.

Enfermo muy pronto de tisis su persistente tos se convirtió en la fanfarria de este batallón fantástico. En dos o tres ocasiones algunos compañeros compadecidos trataron de llevarlo a rastras. Pero el espectáculo era ciertamente de una lóbreguez extrema: los mismos porteadores pedían a gritos que los enterrasen; había que renunciar.

Ni pensar en hablarle de ambulancias o de hospitales. Tenía la idea fija de morir *con las botas puestas*.

Un día, decidido a morir en el campo de batalla, se precipitó, bayoneta en ristre, sobre un grupo de prusianos, tan exhaustos a decir verdad como él, que miraban pasar a los infelices derrotados sin demostraciones hostiles, como hubieran observado una comitiva fúnebre.

Cosas así se vieron; había tal grado de hartazgo, en uno y otro bando, que se acabó por no luchar cuando se encontraban grupos reducidos de soldados.

Uno de estos prusianos, que recordaré siempre, un enorme diablo rojo de melancólica mirada, apartó tranquilamente el fusil con el que este rapaz amenazaba con rasguñarle y, aferrándolo con un brazo, le acercó a la boca el gollote de una garrafa de aguardiente.

El moribundo bebió con avidez algunos tragos y el enemigo, muy dulcemente, lo dejó marchar. Tal fue el resultado de su última crisis de coraje.

Tres días después, tenía estertores. Por suerte, llegó a una población cuyo nombre no recuerdo, población, por decirlo todo, rebosante ya de un infinito número de andrajosos y miedicas.

Logró encontrar un lugar en el que echarse. Y este lugar maravilloso, que le tenía reservado el más increíble de los destinos, estaba en la iglesia, al pie del ingenuo altar consagrado a la Virgen Dolorosa de los Siete Puñales. Luego, impulsado probablemente por la necesidad de contrabalancear la extraordinaria aflicción de su cándido corazón se percató de que una diminuta llama rosada, olvidada, continuaría, no se sabe cómo, brillando a su lado hasta después de su último suspiro y pudo, en plena agonía, acordarse de la tierna historia –aprendida antes de su paso por el seminario– de ese Papa de las Catacumbas que, esperando la hora del martirio, escribía, con mano serena, las reglas relativas a la Lámpara del Templo...

Al día siguiente los más descreídos de sus camaradas tuvieron que reconocer que el seminarista, sin duda, se había llevado la mejor parte.

LA PALABRA

A todos mis falsos amigos

*Cuando vivía en Vaugirad, en la época de las hambrunas,
la calle Cambronne era naturalmente el camino más corto para
llegar a mi casa.*

CAÏN MARCHENOIR

*Sola Gallia monstra non habuit, sed viris semper fortissimis et
eloquentissimis abundavit.*

SAN JERÓNIMO, Adv. Vigil.

Calcémonos el coturno y ahuequemos la voz.

FLAUBERT

Me niego, no obstante, a escribirla. Me reconozco incapaz e incluso enteramente indigno de escribir esa Palabra histórica, esa Palabra tiránica, esa Palabra fatídica, esa Palabra formidable y deliciosa, esa Archipalabra siempre sorprendente que ni los ángeles se atreven a susurrar y que parece tener cinco millones de letras.

Ninguna otra palabra francesa fue tan pronunciada en 1870 y por ese motivo, sin duda, ese año fue calificado como terrible.

Desde el 4 de agosto hasta el abono de los últimos céntimos de la fantástica suma de millares que han querido llamar la indemnización a los expoliadores de Francia, esa Palabra ha sido vociferada, cada día, del modo más enérgico, un incalculable número de veces.

Si la incapacidad para adivinar o comprender cualquier cosa no era, felizmente, el privilegio de noventa y nueve partes sobre cien de la humanidad, sería como para morir de espanto considerar, en esta ocasión, que las palabras no son solamente combinaciones alfabéticas u ocurrencias vocales, sino las más palpitantes realidades.

Una vez pronunciada, la mísera palabra que flotaba al principio en los limbos tenebrosos de lo Disponible, se torna acto seguido ágil, vagabunda e irreparable.

Ubicua por naturaleza, se dirige en todas direcciones al mismo tiempo, agitándose con la fuerza plenaria de su origen Celeste, pues las palabras no son humanas.

Hay que padecer de academicismo para creer en la vileza de algunas de estas entidades sutiles, como si hubiera medio de concebir una jerarquía en este vestigio lamentable y sobrenatural del antiguo plan de las constelaciones llamado Vocabulario; como si hubiese palabras que fueran obispos; otras, condenadas a labores serviles, y epítetos habituados a hacer la carrera.

La verdad es que todas son terribles, misteriosas, que tienen el poder de trocarse en serpientes como los cayados de Yannés y de Mambrés⁷ en presencia del Faraón, cuando el hechicero lo manda, y que, normalmente, es la más despreciada la que ha de devorar al resto.

Esta fue, en 1870, la asombrosa historia de la Palabra que he decidido no escribir.

No nos dé miedo afirmarlo: se multiplicó, se hizo tan numerosa como las olas del Diluvio Universal. Pronto, no hubo otra cosa, anegando a todo bicho viviente.

Imposible, hoy, prever cómo podremos librarnos de ella, pues todo el mundo experimenta su creciente omnipresencia. ¿Qué digo? La Palabra ha terminado siendo la Cosa; así lo quiere una inflexible y justísima ley. *Purgamenta et stercora facti sumus*⁸, ha dicho el Apóstol.

Algunos años antes de la guerra, fue Victor Hugo el liberador de ese Vocablo, que permanecía hasta él cautivo en las mazmorras y despreciado por los apóstoles literarios.

La Derrota fue la ocasión, para toda Francia, de implorar el auxilio del paria convertido en poderoso, cuya reciente gloria resplandecía ya, elevándose un concierto unánime de invocaciones como jamás se había escuchado.

⁷ 2 Timoteo 3, 8. (*N. del T.*).

⁸ I Corintios 4, 13: "Hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos." (*N. del T.*).

Cada vez que el Prusiano metía el dedo en las llagas de un pueblo del cual era naturalmente su criado, el alma agónica de varios millones de desgraciados se refugiaba en las dos sílabas como en una fortaleza.

Los moribundos —bien de miseria, bien de desesperación—, los heridos, los amputados, los quemados vivos, los abandonados en medio de los campos en las noches glaciales, todos susurraban o gritaban la vengativa Palabra.

Volaba de campanario en campanario como el águila de Napoleón, posándose sobre los pináculos de los más altivos monumentos, tomando pie incluso en la base y a lo largo de los derrumbados muros de sesenta ciudades bombardeadas.

Los vencidos, incapaces de resignarse a la inadmisible derrota, pero forzados a sufrirla, se impregnaban la cara con las colicuciones de su repugnancia para que, al menos, la crápula de los triunfadores no viera sus lágrimas.

¿Alguien puede pensar que una guerra tan infausta con España, por ejemplo, o con los hipotéticos selenitas, hubiera podido determinar, en toda la Nación, una necesidad tan apremiante de evacuación?

Sufrimos entonces y sufrimos todavía la espantosa ley de las afinidades de torpezas.

¡Superados, como castigo de nuestros pasados crímenes, por el más inmundado pueblo de la tierra, por una nación pegada a la escudilla y el orinal, por un ejército de seiscientos mil bribones mancillando nuestros hermosos campos con el torrente

de sus excrementos, era inevitable que la noble lengua del Jardín de los grandes Lirios de oro se hundiera ella misma en ese hediondo estiércol!

Conocí la historia por boca de un pobre diablo capturado por los dragones de Rheinbaben y que, enloquecido por la vergüenza y la desesperación de no haberse hecho matar, escupía a los alemanes la Palabra única y la volvía a escupir sin parar, con espumarajos y todo, con una voluntad tan feroz de reprobación y de ultraje que se le concedió la merced de fusilarlo.

¡Ahora bien, era *un profesor de retórica* e incluso, tengo para mí, un poeta en ciernes!

Evidentemente, ese desgraciado que se burlaba de su propia vida, se había esmerado en traducir, en condensar en *una especie de alemán* las sublimes cosas que hacían estallar su alma y, no encontrando más que esta inmundicia, había hecho de ella un cáliz...

La Palabra fue tan pronunciada durante la guerra que personas y cosas se sobresaturaron. ¡La Palabra terminó por tornarse *literaria*, lo cual lo dice todo!

Recuerdo, en este momento, una particularidad insignificante y que no parecía, de hecho, más que la ocasión, continuamente renovada, de demostrarnos a nosotros mismos nuestro completo embrutecimiento.

Cuando uno de nuestros centinelas cerraba el paso a cualquiera de los camaradas bastaba normalmente con que este le

espetara la palabra, me comprende, la Palabra suprema que responde a todo, que engloba, *a fortiori*, todas las contraseñas, todos los plazos de lo Eventual.

- ¡Come, cerdo!, replicaba entonces el centinela echándose a un lado.

No era necesario nada más para entenderse. En alguna ocasión, incluso el puesto de enfrente estallaba en risas.

Todo esto, a decir verdad, es bastante estúpido, decididamente estúpido. El lirismo, convengo en ello, está furiosamente ausente de esta anécdota militar. Pero al pensar de pronto en ello, veinte años después, creo columbrar una profundidad simbólica.

Termino preguntándome si esta miserable multitud doliente, que ignoraba incluso por qué sufría, no fue el instrumento de una combinación muy especial de la mecánica Providencia, la cual, desde hace seis mil años, mantiene su sistema de prefigurar los acontecimientos futuros valiéndose de sucesos análogos; me pregunto si la inaudita catástrofe del gran pueblo de los Invencibles no tenía como misión significar la catástrofe definitiva del mismo Dios, ostensiblemente incapaz de subsistir en medio de sus astros vilipendiados, cuando Francia cae; si, en fin, la Palabra indomeñable, ecuménica y solitaria, *cuyo anagrama es una promesa de Redención*, y que tantas bocas han clamado en la desesperación, no fue entonces algo como ese *Schibboleth*⁹ equívoco del libro de los Jueces que es indispensable pronunciar correctamente para no morir.

⁹Jueces 12, 6. (*N. del T.*)

EL SITIO DE RODAS

*Al conde Roselly de Lorgues,
historiador de Cristóbal Colón*

El vizconde Armor-Luc-Esprit du Glas Saint-Sauveur tenía perennemente ochenta años. Eso se decía comúnmente en la región, un rincón del Perche, en donde la presencia de este inextinguible anciano perpetuaba leyendas y tradiciones, olvidadas ya bajo los primeros Capetos.

A duras penas los más viejos del lugar recordaban haberlo visto joven. Y ese recuerdo era tan remoto, tan recalcitrante y conjetural que todo el mundo se negaba a darle crédito.

No hubiera sido mucho más fácil prever su fin, pues pertenecía visiblemente a uno de esos linajes extintos sobre los cuales está demostrado que la muerte no ejerce más que un dudoso poder.

El vizconde, sin embargo, no tenía más galas que una estatura muy por debajo de la media y su gastado cuerpo era tan flaco que, a cierta distancia, podía tomarse por un feto. Pero era la armadura de una alma tan grandiosa como las que

se dan, aquí y allá, en todas las séptimas generaciones, cuando la humanidad se renueva por completo.

A simple vista, empero, nada en él delataba otra cosa que un trivial octogenario amancebado con el orgullo de su blasón.

Este, a decir verdad, era egregio. Los Du Glas gastaban: *oro con buey de gules, con un jefe de azur, coronado con tres cruces del Calvario*

La divisa F.E.R.T. era la de los Duques de Saboya, a los que tachaban de usurpadores. Fue incluso objeto de una hereditaria indignación que no admitía que los emmanuel y los amadeos fueran nada mejor que salteadores y vagabundos.

Doscientos sesenta años atrás, el tatarabuelo del vizconde Armor había entablado el más sorprendente de los procesos. Aprovechando las dificultades de Francia y de Saboya, y del enojo de Enrique IV, había concebido el designio de recuperar, por medio de ese poderoso rey, las célebres cuatro letras que significan, como es sabido: *Fortitudo ejus Rhodum tenuit*, basando su demanda en que fue uno de sus antepasados el que siglos ha salvó la isla de Rodas de la amenaza de los Otomanos.

Pero Enrique IV, ocupado en hacerse asesinar, no tuvo tiempo de intervenir y la reina madre desestimó la demanda.

El resentimiento por tal desamparo judicial minó a esta vetusta familia, que no tardó en perder la cabeza. Los siglos XVII y XVIII vieron la ruina progresiva de la gran Casa de los Du Glas para quienes Francia había fenecido con los últimos Valois de Angulema.

La Revolución no se molestó siquiera en golpear unos muros ya tambaleantes. Rabioso dilapidador de un patrimonio de suyo mermado desde hacía mucho tiempo, el padre del vizconde actual murió sin gloria en 1815, dejando apenas a su aborto de hijo —señalado inexorablemente para ser el último del linaje— lo suficiente para vivir como un labriego de los de antes.

Tan calvo como Carlos el Calvo, del que se consideraba sobriño por parte de madre y al que mencionaba a veces con indulgencia, el descendiente de los Caballeros de San Juan de Jerusalén llevaba siempre, contra viento y marea, una peluca juvenil, de factura tan perfecta que se hubiera necesitado mala voluntad para hurtarse a la ilusión de que era una cabellera de pelo natural.

Sus diminutas prendas de anticuado corte, raídas, me atrevo a decir, de tan usadas, y relucientes como el estuche de un grillo, colgaban de los cuatro alfileres que eran sus miembros. Resultaba conmovedor ver a este vejestorio pinturero, titular sin descendencia de uno de los nombres más glorioso del Occidente, esforzándose en cohonestar su miseria con el decoro triunfal de los siglos.

Aun cuando los campesinos lo tomaban por loco y acaso por eso mismo su ascendencia era enorme, parecida a una suerte de prestigio que nada ni nadie hubiera podido explicar.

Naturalmente, le robaban hasta la camisa, y las transacciones a las que se veía obligado eran tan onerosas como vejatorias para un viejo iluso que no oponía defensa; pero hasta

el más baladrón patán no se hubiera atrevido nunca “ni por todo el oro del mundo” a relajar, en su presencia, una actitud de respeto extremo.

No sería lícito afirmar, sin embargo, que careciera de bonhomía o de cortesía, pues no hablaba con nadie sin descubrirse hasta el suelo, como si se tratara de un encumbrado príncipe.

Cuando, por milagro, se sentía gravemente ofendido, reaccionaba dando un escarmiento, para lo cual hinchaba el pecho, se encasquetaba visiblemente el sombrero y espetaba al ofensor, guiñando los ojos:

- Señor, cuanto más hace, menos lo veo.

Y eso era todo. No era preciso resucitar de nuevo el derecho feudal de la justicia suprema. Pero eso bastaba, se decía, para descolocar al paleta, mientras él permanecía muy digno.

Residía naturalmente en el castillo de *Rodas*, la única morada que quedaba de las casas solariegas propiedad, antaño, de los Du Glas.

Misero castillo de ilusiones inmortales, ruina sobre ruina, apto tan sólo para hospedar a cuervos y a búhos, pues ningún peregrino de regreso de los Santos o de los infernales Lugares hubiera albergado el deseo de resguardarse en él.

En realidad no quedaba en pie más que una única dependencia todavía habitable, de las más de cien habitaciones derruidas por los equinoccios, atestada con los libros del vetusto Armor. Libros heredados de su padre y de su abuelo, que con-

taban todos la misma historia, la única historia que le interesaba, las historia de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, designados en el siglo catorce Caballeros de Rodas y tiempo después Caballeros de Malta.

La vocación de los paladines de su sangre, desde el principio de la Orden, había residido siempre en su pertenencia a la misma y gozaba más que los niños del limbo cuando se topaba con sus nombres en cronistas tan poco frecuentados por la fama como Sanudo, Bosio, Guillermo de Tiro, Jacobo de Vitri, Roderico de Toledo o Rogerio de Hoveden.

Desde hacía medio siglo, esos cronicones constituían la única pitanza de su cerebro, y había logrado muy tempranamente sacar de esa lectura una visión *especular*, infinitamente actual y precisa de los sucesos épicos relatados en ellos.

Se creía positivamente en Rodas, donde sus antepasados habían combatido, y fue él mismo quien había impuesto el nombre de esta fortaleza preclara a su miserable torreón en ruinas.

No abandonaba sus libros más que para ir a la Iglesia del pueblo, no porque fuera devoto, sino porque era el único lugar de todo el orbe en el que la grandeza de su Linaje quedaba acreditada de una forma perceptible.

Imposible imaginar un santuario más cochambroso, que amenazara más ruina, más conmovedor, más a imagen y semejanza del vecino castillo cuya decadencia reflejaba.

Era una antigua parroquia de la época de los carlovingios, antes romana, que unos rudimentarios constructores, a fines del siglo XV, habían tratado de que *luciera*.

Esta diminuta casa de oración, carcomida, reducida a polvo por todas las fieras de la Creación, surcada por la hiedra, verdeada de moho, en la que gastados Bienaventurados, situados en la sombra, contemplaban, desde hacía siglos, un Cristo bárbaro mancillado por las golondrinas, ofrecía, de entrada, a la admiración del visitante un sepulcro verdaderamente colosal que consumía la mitad del espacio.

Bajo esta masa de granito oscuro yacía el Muy Ilustre Señor Tiphaine-Gaétan-Christophe du Glas Saint-Sauveur, marqués de Albon y de Saint-Christophe en Vermandois, llamado *Vialevouleur* por los infieles, Gran Prior del Priorato de Aquitania, quien salvó por tres veces las galeras del Gran Maestre y murió en Rodas en 1399, el día de la Candelaria, tras dar muerte por propia mano a doscientos réprobos. *¡Tubam expectat!*

Este no era el hombre más insigne de la línea de Du Glas; pero las circunstancias lo habían encumbrado más que a ninguno, y el mismo rey de Francia, a pesar de su indignancia, había querido contribuir a sus exequias.

Cerca de él yacía “su muy recatada y muy esclarecida esposa”, la Dama Eremburge-Melissende, hija de Foulques du Crocq de Maisonseule en Vivarais, —nobleza añeja fundada por gentes impávidas que habían luchado contra el diablo.

El Consejo de la Orden, en virtud de una derogación insigne, dio su permiso para que ambos, a su muerte, reposaran

juntos, pues su compañera de juventud había aceptado desprendidamente el velo de las viudas, cuando su solicitud por los dolientes peregrinos de Cristo la llevó a entrar en religión. Sus dos efigies de bronce estaban tendidas en posición invertida sobre un túmulo principesco alrededor del cual dormitaban los ángeles custodios de por lo menos veinte generaciones heroicas, que hoy se veía reducido a polvo por la acción de los mudos roedores.

Al pie de ese monumento, fastuoso todavía, pero carente de majestad, se veía la sepultura del Comendador Nicolás, hermano segundón del anterior, quien se hizo matar soberbiamente en Nicópolis. La hacienda de la Orden hubo de pagar el rescate de su cadáver.

Y esto continuaba así hasta más allá del porche. Veinte tumbas progresivamente menos ostentosas, progresivamente más humildes, indicaban el lugar de los Comendadores, de los Bailíos, o de los simples Caballeros de esta familia que no había cesado de declinar desde el glorioso Tiphaine.

La última, distinguible apenas por una simple cruz de madera clavada en la tierra, estaba completamente pegada al camino y, a veces, las bestias de las proximidades la pisoteaban al pasar.

Por diminuto que fuera el Du Glas actual, el único Du Glas que quedaba por enterrar, no había suficiente lugar para él y eso era, sin duda, lo que le determinaba a no morir, pues no podía tolerar la idea de que un día pudieran profanar con su esqueleto el venerable sepulcro del Gran Prior.

Un día, el vizconde Armor que se hallaba tomando el aire en su ventana, se dio cuenta de que Solimán venía a sitiar Rodas. Esta célebre isla carecía de soldados, de artillería, de naves en condiciones de hacerse a la mar, incluso de víveres, de todo, y por ningún lado se esperaba el auxilio de los príncipes cristianos.

El buen hombre había adoptado bien pronto una decisión. Resolvió no rendirse, cerró su puerta y se puso a leer tranquilamente la Constitución de la Orden de Malta.

.....

Los cuarenta mil soldados y los ciento treinta y dos cañones del gran-duque Mecklembourg marchaban sobre Nogent-le-Retrou y Bellême, para cerrar el flanco izquierdo de Chanzy, mientras que el príncipe Federico-Carlos operaba paralelamente de Vendôme a Écommoy para pasar por su derecha, a unos sesenta kilómetros de distancia –movimiento combinado cuya terrible imprudencia, remunerada con un éxito completo, probó con tanta crueldad nuestra indigencia.

El veinte veces infame comandante del 13 cuerpo, al que apodábamos entre nosotros el duque *Carnaza*, se acercaba a las proximidades del castillo, escoltado por sus afables generales de división: Schimmelmann, Gersdorff, Stolberg, el príncipe Albercht y el barón de Rheinbaben, y ese hermoso mundo ahíto de carne fresca se abandonó a las delicias de una conversación chispeante de buen humor.

- ¿Qué es eso?, dijo Mecklembourg a su jefe de estado mayor, señalando la vivienda del hijo de los valientes.

- Evidentemente, es una ruina, Vucencia. Me figuro que ahí debe estar el antiguo castillo de los condes de Du Glas, tal como indican nuestros exactos mapas.

- ¡Inspecciónelo usted mismo, coronel! ¡Me produce curiosidad visitar al *burggraf*, si es que vive todavía! Me han hablado de él como de una suerte de lunático.

Unos minutos después, el coronel Krensky, en compañía de varios dragones, llamaba al señorial portón, que podría pasar por un carro de bueyes.

- ¿Quién sin ser peregrino del Santo Sepulcro, dijo una voz de ultratumba, se atreve a presentarse en el umbral de los Hospitalarios de la Cruz?

El embajador, retrocediendo, vio en la ventana al diminuto anciano, quien se asemejaba a una pintura estriada en un marco muy vetusto, inspirándole cierto respeto.

- Soy peregrino de Francia y no del Santo Sepulcro, contestó, pero espero que el último representante de la ilustre casa militar de Du Glas no rehusará dar alojamiento al Gran-Duque de Mecklembourg, que avanza cubierto de gloria y de quien no soy más que su heraldo.

- Ignoraba, dijo a su vez el vizconde, que existiesen grandes-duques entre los esclavos de vuestro sultán. Es una vanidad que habrán adquirido con el trato de los salvajes moscovitas. ¡Pero no importa, díganle que si tiene el descaro de venir él mismo y ponerse a mi alcance, será recibido como

merece! ¡En cuanto a ti, heraldo, te considero un espía y te ordeno que te batas en retirada, inmediatamente!

- ¡Oh, *graf!* ¡Señor *graf!* ¡Habla usted como alguien que despreciara mucho la vida!

- ¡Infiel, yo no desprecio los dones de Dios, ni siquiera la muerte, que a Él le plugo soportar para rescate de todos los hombres! Por última vez, te conmino a que te apartes o haré que te disparen.

Macklembourg, informado de ese resultado, se encolerizó y habló de bombardear en el acto la mísera casucha.

Pero por muy acostumbrados que estuvieran sus más cercanos a semejantes prácticas, resultaban tan monstruosas, en esta ocasión, que los tenientes de este Alejandro de las letrinas protestaron.

Temió entonces ponerse en ridículo y dio simplemente la orden de derribar la puerta y de traer al orate.

Ahora bien, a los soldaduchos a los que se encargó la misión, el tiro les salió por la culata, pues sucedió que el vizconde Armor se convirtió milagrosamente en un muchacho, durante los escasos minutos que necesitaron semejantes bárbaros para exterminarlo.

Un aliento puro, venido de muy lejos, sopló en esta alma virgen que ignoraba por completo la turpitud contemporánea, colmándola de rumores sublimes: Tiberíades, Santa Juana de Arco, los dos sitios de Rodas y la portentosa resistencia de

Malta atacada por todo el Imperio Otomano en la que los moribundos caballeros luchaban *sentados en sus asientos*, en las mismas murallas.

El admirable anciano se sentía el último de una larga serie, *el postrer centinela de la Cristiandad*, y con esos prodigiosos pensamientos, echando mano de vetustas armas oxidadas que habían empleado sus antepasados más insignes, dio muerte a varios de sus asesinos antes de expirar él mismo sobre los dialectos libros que le cantaban, desde su juventud, el inolvidable poema de los Valerosos hijos de Francia.

La quintaesencia del ibsenismo

G. BERNARD SHAW

Traducción de Miguel Ángel Martínez-Cabeza



Jel

colección empero

S
ediciones
cinco

El rey se divierte

VICTOR HUGO

Versión de Ventura de la Vega

Introducción de Julia Escobar



C. B. V. I. L.
LÍMITE MÁXIMO
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

e

COLECCIÓN empero

ediciones
cinca

Geografía de rebeldes

MARIA GABRIELA
LLANSOL

Traducción del portugués: ATALAIRE



ei

colección empero

ediciones
cinca

